



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arce, Sra. Ayellana, Sres. Asquerino, Añon (Marqués de), Alvarez (Miguel de los Santos), Ayala, Alonso (J. B.), Araquistain, Anchorena, A. Buerne, Ardanaz, Ariza, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (marqués de), Becerra, Benavides, Bona, Borra, Borrego, Bueno, Bregon, Brion de los Herreros (Manuel), Blasco, Calvo Asensio (D. Pedro), Camposmor, Camus, Canalejas, Cañete, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Cazorro, Cervino, Cheste (Conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Gorra, Cuesta, Cuelo, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Dacarete, Diaz (José María), Durán, Duque de Rivas, Echevarría (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echevarry, Equiaz, Escourra, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez de los Rios, Ferrnán Toro, Flores, Figueroa, Figueroa (Angusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gayangos, Galpete de Molina (D. Javier), Graells, Gimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güell y Renté, Güelvenza, Guerrero, Incega, Hartzenbusch, Iriarte, Zapata, Janer, Labra, Larra, Lavrañaga, Lasala, Lezama, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanáz, Marios, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Ochoa, Olavarría, Orgá, Ortiz de Pinedo, Ológaga, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustin), Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poey, Reinoso, Retes, Revilla, Rios y Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Ros y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagaminaga, Sanz Perez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Segovia, Serrano Alcázar, Selis, Tamayo, Trueba, Tubino, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zobel, Zorrilla.

PRECIO DE SUSCRICION.
 España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultra-
 mar: 12 pesos fuertes oro por año.
 PRECIO DE LOS ANUNCIOS.
 España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sen-
 cillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Enero de 1880.

La suscripcion en provincias se hará, como en Madrid, en las principales li-
 brerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en li-
 branzas del Giro Mútuo, letras, ó sellos de Comunicaciones; optando por este
 medio deberá hacerse bajo certificado.
 Redaccion y Administracion, Carrera de San Jerónimo, 31.

SUMARIO.

Revista Europea, por D. Emilio Castelar.—Estudios sociales. El suicidio por don
 Vicente Romero y Giron.—Las Conferencias, por D. Manuel Prieto y Prieto.—
 El trabajo en Cuba, por D. Bernardo Portuondo.—Cobden en España, por
 D. Gabriel Rodríguez.—Galería de hombres célebres: El rey que rabó, por
 D. José Selgas.—Los descubrimientos pergaménicos hechos por el ingeniero
 prusiano Carlos Humann, por D. Juan Fastenrath.—La psicología en sus
 relaciones con la Filosofía, por D. Enrique José Varona.—Los bufones en
 Inglaterra, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.—Una exposicion abolicionis-
 ta, por D. P. Ruiz Albistar.—Crónicas, por D. Miguel Moya.—Dolores, nove-
 la, por D. Manuel Fernandez y Gonzalez.—Sueltos.—Anuncios.

REVISTA EUROPEA.

La política iniciada en Francia de contínuas concesiones á los elementos más avanzados de la izquierda, me aterra; porque, debilitando inútilmente al Ministerio, exacerbará esa oposicion vaga, cuyos límites no pueden fijarse con seguridad, y cuyas ideas no pueden conocerse con certeza. Cuando se estudian los programas de ese grupo, que tiene, cual todas las escuelas y partidos, una extrema derecha, á cuyo frente se encuentran diputados como Brisson, y una extrema izquierda, á cuyo frente se encuentran revolucionarios como Blanqui, persuádesese el ánimo más imparcial y desinteresado de que hacen zozobrar la libertad, no tanto porque sus ideas sean errores, como porque son oscuras é indefinidas. La raza sajona lleva grandes ventajas á la raza latina en ciencias físicas y en reformas políticas, á causa de estudiar aquellas con el criterio de la experiencia y aplicar á estas la idea de la série, el procedimiento de un método riguroso, y la lentitud, sin la cual, ni fructifican ni maduran. La teoría latina de cambiar en una hora todas las instituciones, de reformar de arriba abajo las sociedades humanas, de traer un sistema hecho de una sóla vez, y aplicable á todos los instantes de la historia y á todos los pueblos de la tierra, creedme, esa teoría que nace de nuestro afán de generalizar, y que crece en nuestras fáciles imaginaciones, encierra muchos peligros y promueve muchas zozobras, por tener carácter esencialmente revolucionario; y las revoluciones, si pueden servir para salvar á los pueblos esclavos, pierden necesariamente á los pueblos libres.

La República en Francia debía reducirse á sostener, mejor que ninguna otra forma de gobierno, los principios inmortales de ochenta y nueve, y á educar el sufragio universal en sus tres grandes gimnásios, en la escuela, en el comicio y en

el campamento. Extender la instruccion universal obligatoria y afirmar el servicio universal obligatorio tambien; hé ahí las dos únicas obras verdaderamente democráticas á que debia consagrarse en el seno de las nuevas instituciones el partido republicano. Pero, desligarse del centro izquierdo que tan grandes ministros ha dado, é irse hácia la extrema izquierda que tantas sirtes encierra, francamente me parece una política temeraria y arriesgada. Luis Blanc es un hombre de buenas intenciones; pero de esas intenciones de que está empedrado el infierno. Pureza en sus móviles, patriotismo en su corazón, cierta elocuencia aunque artificiosa y redicha no pueden negársele; pero en realidad no puede concedérsele ni el más mínimo conocimiento de la política, ni la menor aptitud para conducir á derechas ningun negocio de estado. Jacobino en sus tradiciones, y socialista en sus doctrinas, aun cree que el derecho al trabajo debe colocarse entre los grandes inventos del género humano, como las leyes de atraccion descubiertas por Newthton, y que los talleres nacionales deben tenerse por la panacea de todas las enfermedades sociales. Y pagado de sus teorías, sacará de ellas una sociedad á su gusto como aquellos psicólogos que creian el cielo una dilatacion del alma, y las estrellas ideas, y las cosas productos del entendimiento, y las leyes físicas reglas lógicas, y el Universo una pálida sombra de lo que llaman allá en su endiablada gerga el yo. ¡Escuelas socialistas! Parece imposible que aún aparezcan en nuestro camino y que aún perturben á los partidos liberales, despues de tantos y tantos deservicios como les han hecho, retardando su emancipacion y deteniendo su progreso.

Por socialismo se entiende una série de escuelas, más ó menos contradictorias, que, ora dividiendo la sociedad en castas, ora juntando bajo un ideal religioso en comunidad de intereses y de ideas varias familias; ora apareciendo como una ilusion de falsas felicidades, ensueño poético más que sentimiento político, deseo incierto de mejoramiento más que fórmula de progreso, han venido en último término á tratar exclusivamente las relaciones del capital y del trabajo, no para fundarlas en las leyes del derecho, sino en las leyes artificiales del Estado, que cuando se oponen á la naturaleza humana, cuya característica es la libertad, han de dar por resultado inevitable lo arbitrario que engendra toda tiranía. Como aspiracion vaga, no puede ser fórmula precisa que encarne en la realidad social; como nombre comun de escuelas contradictorias, no puede ser el dictado de un partido; como ciencia, que sólo se atiende á una par-

te del inmenso problema, no puede ser bandera política; y como contradiccion radical de la libertad, como antítesis manifiesta del derecho, no puede ser el ideal de la democracia, sino el ideal de los que tienen la vista vuelta hácia atrás, y lo esperan todo aún del poder del Gobierno y del criterio del Estado. Si las sociedades humanas pudieran sujetarse, como los enfermos de una clínica, á los experimentos y á los ensayos teóricos, deberia entregarse unos cuantos dias el Estado á estos socialistas para que vieran dónde iban á parar con sus programas y qué rastro debia quedar de sus ideales. Por consiguiente, hay que salvar la república con una política modesta, tranquila, sencillísima, que dé á la conservacion y al progreso todo cuanto pidan y todo cuanto necesitan. Pero ir á la extrema izquierda equivale á ir al abismo, del cual no puede salir más que una dictadura. No olvideis lo fácilmente que el terror social enloquece á un pueblo como Francia. Quitado el contrapeso de la conservacion, disminuidas las probabilidades de la estabilidad, fraccionada en grupos irreconciliables la Cámara, perdido el crédito que tenia la política de Mr. Thiers, disminuida la autoridad política del presidente de la República y la influencia del presidente del Congreso, puede caerse en una larga sucesion de ministerios débiles, á cuyo término haya necesidad de disolver, convocando los comicios que engendrarán el nuevo Parlamento ó en las exageraciones democráticas ó en las exageraciones reaccionarias, igualmente nocivas y terribles. ¡Que Dios ilumine á los legisladores franceses y los defenga al borde del abismo!

Pero los síntomas ponen miedo hasta en los ánimos valerosos. El más moderado de los radicales, Brisson, muestra su disgusto con el nuevo Ministerio; el más peligroso de los socialistas, Luis Blanc, recorre las ciudades populosas esparciendo esas ideas comunistas que, tarde ó temprano, engendran catástrofes pavorosas; el comunero Rogead, aprovecha la gracia que le ha concedido el nuevo Ministerio para entrar en Francia con ánimo de combatirle y agraviarle; el asunto de la amnistía completa renace con toda su fuerza; la impopularidad de los que prometen mucho en la oposicion y no responden á sus promesas en el poder, comienza; y la utopía pide, en su hambre voraz, nueva entrega de republicanos-moderados y nuevo sacrificio de aspiraciones sensatas á sus terribles manes. ¡Grave crisis la crisis que atraviesa el Occidente europeo!

Desgraciadamente la Europa oriental no se encuentra mejor que la Europa occidental. Por todas partes se extiende el malestar y la ansiedad. Los

rumanos continuaban doliéndose de la pérdida de Besarabia, y asustándose del crecimiento que toma Austria en los negocios de Turquía. Los búlgaros, recién salidos de la esclavitud, se encuentran como esos ciegos que acaban de recobrar la vista y que no tienen la medida de las distancias. Así el príncipe á su trono elevado se apercibe á imitar de otro monarca ejemplos y á irse, cansado de un radicalismo que no puede sufrir, de unas Cámaras que no puede entender, y de una Constitución mediante la cual no puede gobernar. Los griegos, á su vez, se cansan de pedir á la implacable indiferencia turca una rectificación de fronteras, indispensable á su seguridad, y jamás obtenida en íntimas é interminables conferencias. Luchan sangrientamente los albaneses con los montenegrinos, que no quieren cambiar la autoridad del sultan por la autoridad del príncipe Nicolás, como los tiroleses aquellos, de quienes hablaba con tanta gracia Enrique Heine, muertos á racimos heroicamente en sus desfiladeros, por si habian de tener un rey con casaca blanca ó un rey con casaca celeste.

No se puede comprender, sino estudiando la historia, cómo se repiten á través de los siglos los fenómenos políticos. Los negocios de Oriente se hallan casi en los mismos términos que en el pasado siglo. El Austria y la Francia sienten hoy contra Prusia la misma enemistad que sentian María Teresa y Luis XV contra Federico el Grande. Rusia entiende desde entonces que no puede ser potencia europea sin Prusia, y que no puede influir sin Austria en Oriente, puesto que debe combatir al mismo tiempo con Turquía y con Inglaterra, y debe excitar los griegos á la independencia, pero no hasta el punto de que eclipsen á los eslavos: lo mismo que ahora. Y no es mucho, pues épocas más remotas se reproducen y casi se renuevan en éstos nuestros días. Hace poco, embargado con el aspecto que ofrece la cuestión religiosa á nuestra misma vista, estudiaba ya con atención una época muy apartada de nosotros, muy diversa de la nuestra, y á la nuestra muy contraria, en su carácter religioso y artístico y científico, la época en que la pintura se llama Rafael, la ciencia Erasmo y Vives, la poesía Ariosto, la política Borgia ó Maquiavelo, la escultura Miguel Ángel, la elocuencia Savonarola, el pontificado Leon X, la monarquía Carlos V, la arquitectura Brunelleschi, la revolución Lutero y la reacción Ignacio de Loyola. Es la edad en que los Concilios de Basilea y de Constanza condensan las aspiraciones revolucionarias; en que las academias de Florencia resucitan la antigüedad; en que los artistas encuentran en las ruinas de Roma la estétia clásica y la coronan con la aureola católica; en que Vasco de Gama resucita la tierra de lo pasado donde han nacido los dioses, y Colon encuentra la tierra de lo porvenir á donde van á desaguar todas las ideas; en que Copérnico revela el cielo y la universal agitación del espíritu humano revela también todo el poder de la humana conciencia.

Y sin embargo, historiando la segunda mitad del siglo décimo-quinto y la primera del siglo décimo-sexto, historiamos los aspectos principales del problema religioso, tal como hoy está planteado en todo el mundo cristiano. Entonces el Concilio de Florencia trató la naturaleza de ese cisma griego, que se extendiera y arraigara en los pueblos del Norte y del Oriente de Europa, merced á la caída en poder de los turcos de esa Constantinopla próxima hoy á entrar de nuevo en poder de los cristianos. Entonces la reforma moderna de Lutero fundó la Iglesia protestante y monárquica de Alemania, y la Iglesia aristocrática y parlamentaria de Inglaterra, tan poderosa la una en el centro de Europa, y tan influyente la otra en todos los pueblos liberales del mundo.

Entonces Zuinglio y Calvino predicaron en Suiza el protestantismo democrático, que educó á los cantones helvéticos, á los republicanos holandeses, á los peregrinos de Inglaterra, y á los profetas de la democracia en el Norte de América. Entonces Savonarola recogió la pura tradición evangélica en los labios mismos de Cristo contemplado por sus éxtasis y traído del cielo á la tierra al llamamiento de sus oraciones; esa tradición evangélica, por la cual San Benito desarmó con las ideas del mundo de la barbarie y San Francisco llevó la democracia al seno del Feudalismo; esa tradición evocada en San Marcos de Florencia para demostrar cómo la libertad y la República y las instituciones democráticas son compatibles con el catolicismo; de suerte que entonces nació también la escuela católica liberal, á cuya doctrina han pertenecido tantas grandes almas, y que parece abrirse ahora paso desde la conciencia solitaria de algunos pensadores aislados á las alturas mismas del trono pontificio. Entonces se fundó también por Ignacio de Loyola ese catolicismo probabilista, jesuítico, casuístico, ultramontano, absolutista, cuyas dos últimas fórmulas han sido el Syllabus y la Infalibilidad de los Papas. ¿No os parece estudiar los mismos problemas y asistir á las mismas agitaciones de nuestro tiempo?

Así puede comprenderse que suceda igual fenómeno en la cuestión de Oriente. En mil setecientos sesenta y nueve sigue Federico de Prusia proceder muy parecido al que siguió Bismark en mil ochocientos setenta y cinco al comienzo de la guerra oriental, sosteniendo por un lado á Rusia y por otro lado maquinando contra Rusia. Diríjase entonces á Prusia el imperio moscovita y el imperio austriaco cual hoy se han dirigido al imperio alemán. Como Bismark, Federico se desligaba más de los dos imperios aliados en el fondo,

siempre que aparecía con ellos más unido en la apariencia y en la forma. Entonces los rusos triunfaron difícilmente en Khotin sobre los turcos á la manera que ahora han triunfado difícilmente en Plewna, y á consecuencia de aquel triunfo difícil fueron dueños de Moldavia y Valaquia, como ahora, á consecuencia de este último triunfo, dueños de Bulgaria. En mil setecientos setenta Kautz, el primer ministro de Austria, hace lo mismo que acaba de hacer un siglo más tarde Andrassy: halaga fingidamente á Francia como Andrassy halaga fingidamente á Inglaterra, y concluye por irse en definitiva con Prusia á fin de buscar en Oriente, más que un límite á la ambición rusa ó una garantía á la conservación del imperio turco, un pasto á las propias ambiciones y una base á su futura grandeza. No acabaríamos nunca si hubiéramos de referir á la menuda todas las analogías existentes entre la cuestión oriental como se encontraba en el siglo pasado y la cuestión oriental como se encuentra en nuestro siglo. Limitémonos, á guisa de secos cronistas; limitémonos á narrar los más recientes sucesos.

Ninguno tan curioso como el combate diplomático, empeñado entre el embajador de Inglaterra y el Sultan de Constantinopla. Un turco, perteneciente á las castas teocráticas del Imperio, cayó en el singular atrevimiento raro en Turquía de traducir á su lengua los libros santos, sin dudar, con ánimo y propósito de esparcir doctrina tan austera como la doctrina protestante, en mongoles tan mahometanos como los súbditos de la Puerta. Un luterano, sobre todo, si pertenece á la Iglesia de Inglaterra, no duda nunca de la virtud de su propaganda. Lo mismo se dirige al chino, casi privado de toda noción deista, que al indio circuido de dioses tan numerosos como las gotas de agua que componen los caudales del Ganges. Con la misma fe entrará á buscar un núbio en las ruinas de Egipto, que un malayo en las selvas de los archipiélagos asiáticos. Yo los he visto bajo el cielo más espléndido de España y á las puertas de las catedrales más magníficas, alargar á gentes ahumadas de incienso y extáticas á los acentos del órgano, libros que rechazaban como una horrible tentación al pecado. Hombres de esta fe, ya pueden creer que la Biblia entrará en el corazón de los mahometanos, donde anidan de antiguo el patriarca Abraham, el Angel Gabriel y otros personajes bíblicos. Cuando estudiais los orígenes del Islamismo, sentís indudable extrañeza, considerando, cómo aquellos nómadas de Arabia, que veían refugiarse en sus desiertos y en sus oasis tantos judíos ortodoxos y alexandrinos, tantos herejes de todas procedencias, tantos cristianos de todas sectas, tantos pensadores que sacudían de su manto el polvo de lejanas tierras, y de su mente las ideas de lejanas iglesias, tanto misioneros de creencias diversas, permanecieron indiferentes, á pesar del poco apego que tenían á sus ídolos, y sólo se exaltaron y se movieron á la voz de un profeta, cuya doctrina cuadraba por completo á la particular índole de su naturaleza y á la gloriosa inspiración de su genio. Y aún hay una gran distancia entre los árabes puros y estos mongoles que forman la raíz verdadera de la gente turca. Los que con tanta facilidad abandonaron el budismo por el mahometismo, y luego con tanta dificultad abandonan el mahometismo, han hallado en esta religión el centro de sus almas. El paraíso material rebosante de placeres, poblado por las huríes cuya saliva endulzaba los mares y cuyo amor venía al cansancio y al hastío, aparece como ideado con el pensamiento puesto en la raza materialista y voluptuosa que compone hoy el sacerdocio más puro y el ejército más entusiasta del Islam. Por consecuencia, como no hay miedo de que abandonen el Koran, reconozcamos dos cosas: primera, el candor de los traductores de Biblias al turco, y segundo, la inutilidad de las leyes dadas por los Sultanes para preservar á su tenacísimo pueblo de las apostasías.

Y un pastor alemán, Koelle, ha creído útil traducir la Biblia al turco, y un molah, Tewfik, la ha traducido, y un prefecto de policía turca, Hafiz, ha castigado al molah, y un embajador de Inglaterra, Layard, ha pedido los papeles del pastor, la libertad del molah, y las penas más severas para el prefecto, so amenaza de abandonar, en caso de no encontrar satisfacción, la embajada y romper las relaciones de Inglaterra con Turquía. Los turcos, que la echan, y con razón, de hábiles diplomáticos y que saben, como si los tuvieran escritos en la uña, sus derechos y los límites de estos derechos, objetaron que no veían razón valedera para que un extranjero protejese á un súbdito turco ni un embajador inglés reclamase por un sacerdote alemán. Afortunadamente para mister Layard, intervino en sazón oportuna el embajador de Alemania, pues entre visitas admitidas y luego revocadas por unos, entre audiencias dadas y luego negadas por otros, entre notas más ó menos apremiantes, y defensas más ó menos fundadas, el asunto se iba terriblemente enmarañando en dificultades insalvables. Parece que los papeles se le han devuelto al pastor, que el castigo se le ha remitido al molah, que la prefectura se ha quedado con su prefecto, y que el embajador ha puesto su último empeño en que se dieran algunas excusas por el Gobierno dadas ya oficialmente. Y creo que esta reclamación equivale á la gota mínima de agua por la cual se vierte un vaso rebosante. Inglaterra está empeñada en que Turquía reforme su política y su administración, pero la reforma nunca llega. Hay pueblos, como el pueblo turco, que saben morir y no saben reformarse.

Todos los proyectos más sabios se han perdido allí en cuanto han llegado á la práctica. Todas las constituciones más avanzadas se han desvanecido con el humo y el estampido de los cañonazos que anunciaban su promulgación. La joven Turquía, que se asemejaba á un retoño de primavera en un árbol de cien siglos, se ha podrido con la pobre savia y la triste carcoma de que brotara. Tener legislaciones inmóviles, inspiradas por una sabiduría infalible, códigos fundados en la divina omnipotencia, política consagrada por la religión, y luego pedir reformas y más reformas á quien se cree eterno, sobrenatural, impecable, ¡ah! es uno de los mayores desvaríos que acaricia hoy la diplomacia europea. El tiempo puede tender sus velos sobre estas instituciones seculares y mitigarlas un poco, pero no hay medio de reformarlas cuando se necesita destruirlas. Podéis pedir al sultan que borre la sujeción aparente de Rumanía, que reconozca un nuevo reino en la Sérvia, que arrastre sus albaneses hasta el pobre trono alzado en la montaña negra, que entregue la Bulgaria al primer príncipe designado por Rusia, que deje la Rumelia á cargo de una administración diplomática y la antigua Chipre á cargo de una administración europea; pero no podéis pedirle que reforme, por ser la reforma, no sólo superior á sus fuerzas, sino incompatible con su existencia.

Ahí teneis al Sultan en su Kiosko de las estrellas, desde el cual se descubre un panorama tan espléndido como su antiguo imperio, gallarda muestra de la naturaleza, tan sujeta á la fatalidad como su conciencia musulmana. En otro tiempo reinaban allí la autoridad y la fuerza, y se abría completamente á las caricias del aire y al culto de los hombres. Hoy triple muro lo rodea; treinta mil soldados lo guardan; vana sombra de antiguos emperadores personificada en un débil joven lo ocupa; y el Divan y la Sublime Puerta y el Manbein lleno de servidores y el harem lleno de odaliscas y los eunucos negros y los trescientos cocineros y los cuatro mil dependientes que comen de sus sobras, y el lujo oriental y la riqueza incalculable que aún queda por su palacio, como los resplandores del día sobre el ocaso, no han logrado reanimar esa grandeza, perdida por incompatible con el espíritu de nuestro siglo, y por contraria radicalmente á la libertad del hombre, una de las primeras leyes del Eterno.

Al verle decaído, trémulo, enteco, guardado contra sus propios vasallos, reducido á pedir protección á las naciones extranjeras, rodeado de un ejército que le atribuye su hambre y sus derrotas, y de un sacerdocio que lo aclama en sus plegarias públicas y lo maldice en sus conversaciones secretas, puesto en la necesidad de oír cómo cada día se emancipa de su tutela histórica uno de sus pueblos siervos, y se cae de su fez imperial uno de sus preciados diamantes, aún el ánimo más cierto de que tamañas desgracias son merecidas, duelese de que personifique, no por sus propias culpas, por culpas de sus antepasados y de sus creencias, este decaimiento, el cual deja en los Honorios y en los Augústulos, en los últimos de las grandes familias, una mancha indeleble y una desgracia inevitable, cuya duración se confunde con la duración misma de la historia.

Miradla. Grecia le pide el Epiro y la Macedonia; Rusia le arranca la presa de Bulgaria; Austria se cierce sobre Salónica después de haberle desposeído de Bosnia y Herzegovina; Sérvia y Rumanía le niegan hasta el antiguo nominal vasallaje; el Montenegro le obliga tristemente á que vuelva las armas contra los mismos fieles á su bandera; hasta sus amigos históricos se quedan con Chipre; y si la última guerra ha pasado el Danubio y los Balkanes, la próxima llegará hasta el Bósforo y le obligará necesariamente á volverse á sus tierras del Asia. No hay salvación, no puede haberla para el imperio turco en Europa.

Si el imperio turco está en decadencia, el imperio alemán está en auge. ¡Contrarios y extraños destinos! Este imperio germánico nació bajo el ala maternal de la Iglesia en los tiempos más tristes y oscuros de la Edad Media. Los carlovingios, que en la Noche Buena del año ochocientos, reciben la corona imperial guardada por el Papa entre las ruinas de Roma, dejáronla caer de sus sienes en menos de un siglo. Y los Papas, que por su ministerio universal, por su carácter cosmopolita, por sus luchas internas con Italia, necesitaban de un poder extranjero, entregaron á los Othones de Sajonia el título brillante, llevado desde Carlo Magno por los sucesores de Clodoveo de Francia. Agapito II, sino estoy trascurado, fué el primero en conocer la necesidad que tenía para contrastar el poder del patriarcado laico sobre el trono pontificio, de un magnate poderoso y lejano, que le diese su fuerza y no le molestase con su presencia. Y así entra en escena, al mediar el siglo décimo, la gran fuerza política llamada imperio alemán, que disgregada y dividida del imperio carlovingio, venía, rebasando los Alpes, venía á posesionarse de la dirección política de toda Europa, merced á los conjuros de la Iglesia.

Señora del espíritu la Roma católica, llamaba necesariamente á su regazo á todos los hombres, sin distinción de familias, de razas, ni de naciones; y señora también de un territorio reducido y limitado á las necesidades de la política diaria, debía combatir como reina á los mismos á quienes debía amar y bendecir como madre. En los tiempos feudales, tiempos de guerra, el poder político de los Papas sosteníase por la fuerza y amparábase tras

el seguro de las armas. No consentía tal cosa la naturaleza del poder espiritual; y de aquí una contradicción permanente ó un conflicto perpétuo entre los deberes del Pontífice y los deberes del rey. Así todos los príncipes extranjeros fueron llamados á Italia por los Papas reyes. Si los primeros Pontífices la preservaron de las irrupciones bárbaras, y si no la preservaron, supieron de tal suerte endulzar estas grandes calamidades que se modificaron á su prestigio y cedieron á su poder moral; luego las invasiones lentas, continuas, tenaces, pertenecen exclusivamente á los Papas.

Leon III corona á Carlo Magno. Esteban IV llama á Ludovico Pio. Pascual I exalta á Lotario. Sergio II invoca al rey Luis II, á quien Leon IV corona emperador. Benedicto III convierte los ojos á Bizancio. Juan VIII exalta á Carlos el Calvo y á Carlos el Craso. Formoso conjura á Arnolfo para que se mueva contra Roma. Juan IX se esfuerza por asegurar el dominio de Lamberto. Benedicto IV corona á Ludovico de Provenza. Juan X ofrece al inquieto Berenguer la corona imperial. Juan XI trae al rey Hugo hasta el castillo de San Angello, y Juan XII, hijo de Alberico, desmintiendo la política de su padre, recurre á los alemanes y funda el nuevo imperio germánico, protector de la Roma católica, que tan funesto debía ser en el trascurso de los tiempos á toda la gente latina.

Así el imperio alemán ha sido hasta Meternich, hasta nuestros días, á un tiempo la oposición y la fuerza de la Iglesia. Por circunstancias históricas, de todos alcanzadas, el antiguo imperio católico ha pasado á una dinastía protestante. El humilde elector del Brandeburgo ha eclipsado al César de Austria. ¿Por qué? Porque ha representado, así en los conflictos que sucedieron á la reforma como en los conflictos que engendraron la paz de Westphalia, así en el siglo décimosexto como en el siglo décimo-séptimo, así en el siglo décimo-séptimo como en el siglo décimo-octavo, las ideas y el espíritu moderno. El príncipe de Bismark parece que olvida muchas veces semejante tradición, pues la combate hoy con sus tendencias económicas y con sus tendencias políticas. Las leyes dadas con motivo de la agitación socialista, leyes enteramente reaccionarias, lejos de embotarse y perder sus filos con la ausencia del peligro, se recrudescen y se enconan. Y por este camino, sobre todo si el Austria perseverará en su política liberal y parlamentaria, puede irse muy lejos. Es menester que el solitario de la Pomerania, semejante en su retiro á un pensamiento abstracto y á una voluntad ciega como las fuerzas de la naturaleza, baje de ese aire irrespirable de las alturas al valle, para sentir una verdad idéntica en el fondo, aunque opuesta en la forma, á la verdad que empieza hoy á olvidar la nación, su enemiga y su víctima. La República francesa será conservadora, ó no será; y no será, si no es liberal y progresivo y avanzado, por no decir revolucionario, el imperio alemán, á quien puede perder todavía el mismo que lo ha hecho.

EMILIO CASTELAR.

ESTUDIOS SOCIALES.

EL SUICIDIO.

III

Concluyentes me parecen los datos por donde se demuestra la creciente progresión del suicidio; datos cuya autenticidad no es dudosa, pues están recogidos por estadistas tan minuciosos y concienzudos, como Legoyt, Guerry, Lisle, Douay, Buonafede, Oettingen, Wagner y últimamente por Morselli, que ha logrado agruparlos y clasificarlos con cierto método, y del cual, principalmente, me sirvo en la referencia de los hechos.

El mal existe y aumenta: el remedio es necesario; pero en balde será intentado mientras las causas determinantes de aquél no sean perfectamente conocidas y apreciadas. En tan importante obra, se han ocupado no pocos hombres distinguidos, y sus observaciones nos servirán para hacer el breve resumen que consiente la especialidad de este estudio, y permiten los reducidos límites de la publicación á la cual se destina.

No son tan decisivos como los ya reseñados, si quiera resulten también en gran número, los hechos que tienden á demostrar las causas del suicidio, aquellas sobre todo que se contraen á influencias naturales. Aún con esta reserva, que importa consignar previamente, es oportuno, y hasta necesario, tenerlas en cuenta, cuando se trata de una cuestión de reconocida gravedad y que afecta á los más profundos intereses sociales. Si la estadística de los hechos morales, digan cuanto gusten sus enaltecedores, no ha llegado, ni acaso llegará jamás, á la evidencia matemática, no ha de desconocerse por eso, que manejada con discreción y utilizada con método, es un auxiliar poderoso para el procedimiento inductivo, y lleva, á las veces, á un grado de probabilidad que se aproxima mucho á la certeza.

Viniendo ya al estudio analítico de las causas más ó menos determinantes del suicidio, preséntase en primer término, por su mayor generalidad, la cuestión referente al clima y á su acción más ó menos directa y eficaz sobre las determinaciones humanas. En cuanto al suicidio, que es el punto que ahora nos ocupa, bien puede asegurarse que la preponderante influencia atribuida por Montesquieu á aquel factor, está muy lejos de

ofrecer, ni aproximadamente, los caracteres de certeza con que el célebre escritor la presentaba.

La proporción media que los estadistas encuentran, tomando como punto de partida los diversos grados de latitud, no corresponde, en verdad, al resultado concreto y peculiar de muchos de los componentes en los cuatro grupos principales que establecen. Sin duda, que desde el grado 33 al 43 de latitud, en cuya zona se comprenden España, Portugal, Italia y Dalmacia, la proporción media es de 21; que desde el grado 43 al 50, entre cuyos límites se asientan Francia, Baden, Wurtemberg, Baviera, Bohemia, Hungría, Moravia, Galicia, Carniola y Trieste, la proporción se eleva á 97; que desde el grado 50 al 55, bajo los cuales están Inglaterra, Bélgica, Holanda, Hannover, Prusia, las dos Sajonias y algunos otros Estados alemanes, asciende ya á la cifra fabulosa de 172; y por último, que á partir del grado 55 en adelante, cuya latitud comprende á Dinamarca, Escocia, Suecia, Noruega, Finlandia y Rusia, desciende la cifra á 88. Por manera, que si los datos fuesen perfectamente concordantes y por lo mismo exacta la inducción, podríamos, tomando como base de nuestro juicio la proporción media, llegar á la siguiente conclusión: el suicidio tiene su asiento principal y acusa el mayor desarrollo en los países situados entre los grados 50 y 55 de latitud.

Sin embargo, debemos decirlo: semejante conclusión es por demás aventurada, si se comparan entre sí los datos especiales de los diversos países que figuran en cada uno de los cuatro grupos enumerados. Así, por vía de ejemplo, mientras en el segundo figuran Hungría con la cifra proporcional de 52, y Trieste con la de 74, Bohemia resulta con 160 y Wurtemberg con 162. Más notable es la desproporción en el tercer grupo: aparecen en él Holanda con 35, Inglaterra con 66, Bélgica con 68, al paso que las dos Sajonias y Hamburgo escuden de 300. Finalmente, la desproporción en el cuarto grupo es mucho mayor todavía, pues si Rusia figura con 29, Dinamarca alcanza la cifra colosal de 258. Tan sólo en el primer grupo, correspondiente al Mediodía de Europa, se aproximan algún tanto las varias proporciones, puesto que, á escepción de Italia, que resulta con 32, Portugal, Dalmacia y España acusan respectivamente las de 12, 14 y 17.

Tampoco son más concretos y terminantes los datos que se derivan de una más exacta apreciación de las influencias y variaciones climatológicas, que no dependen, por cierto, tan absolutamente como suele suponerse, de tal ó cual distancia de la línea ecuatorial, sino del conjunto de fenómenos atmosféricos que se revelan, sobre todo en el aumento ó disminución del calor y de la humedad, ó tienen por causa la regularidad periódica ó la irregularidad de ciertos vientos. Partiendo de esta base, más rigurosamente propia para determinar la condición climatológica, se han agrupado muchos y muy diversos datos, poniendo como límite á cada grupo tal ó cual línea isotérmica, pero salvo más detenidas experiencias, ni los que se entregan con mayor predilección y afecto á este género de trabajos y se sienten más inclinados á formular conclusiones definitivas como Morselli y Legoyt, por ejemplo, se deciden á fijar reglas invariables.

A primera vista parecen más útiles, para determinar el incremento ó disminución del suicidio, las condiciones orográficas de los países, notándose con cierta regularidad que las comarcas montuosas dan menor contingente al mal que las planas y bajas. Y otro tanto acontece con las hidrográficas, puesto que la mayor intensidad del suicidio se nota en donde la abundancia de aguas y de ríos es mayor. Sin embargo, para mí, esta influencia de factores cósmico-naturales, es más aparente que real, porque precisamente los centros más civilizados y populosos en la época actual, los encontramos, por lo común, en aquellos terrenos que presentan fácil acceso á las vías de comunicación, al desarrollo de la industria y del comercio social.

Mucho más concluyentes son los datos relativos á las estaciones, pues resulta demostrado hasta la evidencia, entre otros, por Legoyt y Guerry, siendo de advertir que el último ha hecho la observación de más de ochenta mil casos tan solo en Francia y en un período de treinta años, que la estación de verano es la en que el suicidio ocurre con más frecuencia, al paso que disminuye considerablemente durante el invierno. Guarda exacta relación y analogía este fenómeno con el de aumento de la criminalidad, sobre todo en los delitos llamados de sangre ó sea contra las personas, los cuales crecen en número y aumentan en gravedad durante los meses del estío, á la vez que decrecen, salvas muy contadas excepciones, cuyas causas son perfectamente apreciables, en los meses de invierno. Y en cuanto á las enagenaciones mentales sucede otro tanto, si hemos de dar crédito al distinguido alienista Lombroso, que de ello nos habla en su curiosísima obra *Ideas y Meteoros*, notable por muchos conceptos, si quiera en no pocos momentos abandone las serenas regiones de la ciencia para lanzarse por los espacios conjeturales é imaginarios.

Entiendo, pues, que hoy por hoy, siguen con demasiada frecuencia este derrotero aquellos que pretenden derivar consecuencias positivas, así de las variaciones atmosféricas, como de los cambios ó fases lunares. Respetando y aplaudiendo sus esfuerzos, pareceme que, hasta el presente, sus ob-

servaciones tienen algo de cabalísticas y se asemejan, por muchos conceptos, á esas combinaciones casuales de letras, de palabras ó de fechas con que muchos desocupados entretienen, á las veces, la curiosidad, ó dan pábulo á la sátira, ó sirven de alimento á las preocupaciones. Pitagorismo insustancial que, por lo ménos, amengua la energía de muchas voluntades y oscurece también no pocas y despiertas inteligencias, cuando no provoca cierto fatalismo que empequeñece la grandeza y dignidad humanas. Podrá suceder, no me aventuro á negarlo, que más seguras investigaciones y datos más numerosos y concluyentes permitan, con el tiempo, atribuir cierta influencia directa en el aumento ó disminución del suicidio, así á los cambios meteorológicos que se suceden en muchas regiones hasta por instantes, como á las fases lunares, cuyo cambio es regular y constante, pero este es un secreto del porvenir y la circunspección científica nos veda engolfarnos por caminos oscuros y tenebrosos.

IV

Observaciones análogas á las que me ha sujerido el exámen comparado de los datos específicos referentes á cada país, para poner en duda la exactitud de la proporción media de suicidios en los cuatro grupos de pueblos que se forman según el grado de latitud debajo del que viven, emplea Morselli, á mi entender con perfecta razón, para criticar las conclusiones de Oettingen y de Wagner, tocante á las razas, de las cuales resulta para el primero, que la llamada escandinava ocupa el grado más alto de la escala y la slava el más inferior, al paso que para el segundo caen bajo idéntica consideración, alemanes, ingleses y escandinavos, forman otro grupo los franceses, italianos y portugueses (nada dice de los españoles) y constituyen el último los slavs.

Resulta de esta variedad de cifras, que no es hacedero atribuir con certeza á la distinción nacida de las razas una influencia reconocida sobre el suicidio. Fácilmente se alcanza la razón de este hecho: cuando es todavía cuestión insoluble para los etnólogos, no ya el número de razas, sino los caracteres diferenciales de aquellas cuya diversidad parece más evidente, es inútil el intento de arribar á conclusiones ciertas, deducida de premisas vagas, inseguras y hasta contradictorias. Aun suponiendo la existencia perfectamente averiguada de caracteres antropológicos que distinguan al germano del anglo-sajón, y á uno y otro del francés, del italiano y del slavo, todavía fuera de necesidad averiguar: en primer término, si el estado de pureza se conserva de tal suerte, que no hay acción recíproca de las unas sobre las otras; y en segundo término, si el suicidio se produce con preferencia en aquellos centros de cada nación ó país que por la importancia de su población, por su desarrollo industrial y comercial mantienen comunicación más activa con países extraños, y por lo tanto hacen posible mayor número de cruzamientos, ó por lo ménos la coexistencia social de mayor número de tipos. Sin buscar los ejemplos fuera de nosotros, ¿quien será osado á afirmar que entre nosotros se conservan distintamente los caracteres de las múltiples razas que sucesivamente fueron haciendo asiento en nuestro territorio? Podrá ser que en algunas regiones, al Norte y Noroeste, por ejemplo, predomine el distintivo celta, que en el centro se noten con más frecuencia los caracteres del celto-ibero, celtibero como se dice, pero en ninguna parte la raza se presenta en estado de pureza, antes bien en todas hallamos caracteres célticos, semíticos, germanos, restos todos ellos de emigraciones ó de conquistas más ó ménos permanentes. Otro tanto acontece en la región que comprende los valles del Skalda, del Sena, del Rhin, del Somma y del Mosa hasta el Loira.

Morselli, cuya pasión por la estadística me parece algún tanto excesiva, pretende obviar á tales dificultades, aceptando en principio la división general de germanos, latinos y slavs; pero omitiendo consignar la proporción media de los suicidios en esos tres grupos generales, subdivide cada uno de ellos, con lo cual viene á parar, no á una clasificación verdaderamente étnica, sino más bien histórico-política, aunque no enteramente pura, pues á tanto equivalen los catorce grupos que presenta, á los cuales asigna un medio proporcional sobre los datos peculiares á cada país. Por donde, dejando á un lado las razas, se fija con preferencia en las nacionalidades. De todos modos, en este terreno, lo mismo que acontece al examinar la progresión creciente del suicidio, la mayor cifra corresponde á los países de puro origen germánico, á los que siguen, por este orden, los de origen escandinavo, anglo-sajón, hasta llegar á los latinos de Occidente, que resultan los más favorecidos.

No son muy concretos los datos referentes á la estatura, color del cabello y de los ojos que los experimentalistas toman en cuenta bajo la denominación de caracteres antropológicos; sin que hagamos especial mérito de la conformación y tamaño del cráneo, porque desgraciadamente, y si quiera abundan las observaciones de no pocos y distinguidos naturalistas y fisiólogos, todavía este punto es por extremo dudoso y aventurado, de lo cual se adquiere convencimiento á una simple lectura de las obras de Vogt, Lombroso, Mantegazza, Welcker y Topinard, por no citar otras muchas. En cuanto á los demás caracteres enunciados, ménos esenciales, á mi juicio, que el de la conformación del

cráneo, puede llegarse á la conclusion siguiente: el suicidio se produce con mayor intensidad en los pueblos cuyos habitantes alcanzan la mayor estatura, tienen los cabellos rubios y blondos y el iris de color claro. Bueno es notar, sin embargo, que, correspondiendo estos caracteres á algunas regiones de la Suecia, no están señaladas por la estadística como las más propicias al suicidio.

Ponen los experimentalistas en este lugar, apreciándolo como factor de naturaleza étnica y demográfica, los usos y costumbres, para deducir que sus datos y observaciones, por demasiado exiguos y contradictorios, no permiten llegar á conclusiones precisas. Entiendo todo lo contrario, y me explico la falta notada por la invencible y sistemática repugnancia que aquellos muestran hácia todo fenómeno de índole moral preponderante, sino exclusiva, el cual reputan, por hábito y por necesidad derivada del criterio científico á que rinden culto, insuficiente y baldío, cuando no hipotético é imaginario. Despues de todo, sus conclusiones no me parecen las más adecuadas: cierto que Roma y Grecia vieron aumentar considerablemente el suicidio cuando en sus costumbres hicieron asiento la pereza, la ambicion y el afán desapoderado de lujo y de riquezas, motivos que no se pueden aplicar hoy al pueblo alemán, en donde el suicidio alcanza la mayor cifra, porque su situacion económica no es de aumento decisivo en la produccion, ni vive realmente como rico, ni puede, con justicia, ser tildado de perezoso. Mayor furia de adquisicion, de lujo, de comodidades y de riquezas se nota en Inglaterra y en Francia; más aflojados resultan en la última de las naciones citadas los poderosos y moralizadores vínculos de la familia; y aunque en ella, como en Inglaterra, sean frecuentes los suicidios, por modo alguno ocupan el grado superior de la escala, que de derecho corresponde á los alemanes, y ni siquiera se acercan en su proporcion media á los daneses.

Todavía son más incompletos que todos los anteriores, los resultados de la estadística en cuanto á la relacion del suicidio con los nacimientos, matrimonios y muertes. El estudio comparativo no está hecho: el mismo Morselli, que ha logrado reunir el mayor número de datos y observaciones, confiesa la incompetencia en que se halla para fijar la ley de relacion bajo este supuesto. Por de pronto, los datos recogidos no son totales, los específicos resultan opuestos y contradictorios, y los términos medios inseguros por la irregularidad notoria de los factores que sirven á su composicion. Verdad es, que si la ley ha de deducirse de aquellos, como la relacion es compleja, pues se ha de establecer sobre tres distintos órdenes de fenómenos que, sin embargo, guardan entre sí íntimo enlace, es evidente la dificultad de llegar á un resultado admisible. En último término parece constante la relacion inversa del número de suicidios con el de nacimientos y muertes, es decir, que la disminucion de los dos últimos corresponde al aumento de los primeros; fenómeno singular y anómalo cuya explicacion no atino, por que se ha de deducir de hechos diametralmente opuestos, el nacimiento y la muerte, y de la regularidad constante del uno y del otro, pero en el mismo sentido, sea de aumento, sea de disminucion.

No obstante la insuficiencia que no puedo ocultar de cuanto dejo expuesto, porque aún no es permitido afirmar con certidumbre la existencia de leyes constantes y conocidas que rijan los fenómenos de tan diversa índole como los en que me vengo ocupando, importa, á pesar de todo, conocer los resultados hasta el día obtenidos, para apreciar con el posible conocimiento de causa el hecho social, objeto de mi estudio. Por eso, aún convencido de la deficiencia de los datos, no quiero prescindir de ninguno de ellos cuando sea el momento oportuno de deducir las consecuencias, y sobre todo, porque interesa sobremanera disponer de los elementos útiles, en cuanto sea posible, para determinar los remedios más eficaces que disminuyan, si no eviten, la intensidad del mal.

Resta ahora examinar, con la brevedad que su importancia consienta, el influjo de las causas sociales y puramente individuales que pueden obrar sobre el suicidio.

VICENTE ROMERO GIRON.

LAS CONFERENCIAS.

Conferenciar, segun un Diccionario que tenemos á la vista, es, tratar, conferir, hablar dos ó más acerca de algo. || Discutir, debatir, cuestionar. || Tener ó celebrar conferencias.

Conferencias, segun el mismo Diccionario, es, la accion y el efecto de conferenciar.

Reduciendo las anteriores definiciones, á una explicacion más vulgar de la cosa, conferenciar es lo mismo que hablar, que conversar dos ó más personas acerca de algun asunto.

Nada más difícil que definir acerca de éste como acerca de otros asuntos, acerca de ésta, como acerca de otras palabras.

Si la definicion es lata, degenera en explicacion; si breve, no siempre comprensible en el sentido estricto de la explicacion dada, y breve ó amplia, rara es la definicion que contenta á placer á cuantas personas la oyen ó leen.

Son las conferencias tan antiguas como el hombre, tan añejas como la humanidad, y esta indicacion que á nadie debemos nos la sugiere el sentido

comun; no es invencion nuestra, es una de esas verdades, que de puro sencillas y comprensibles, de tal modo se juzgan vulgares, que nadie fija su atencion en ellas.

La conformacion orgánica del hombre, su constitucion fisiológica, los órganos de sus sentidos, le obligan á conferenciar.

En el acto de las manifestaciones sensoriales realízase el juicio de las mismas; impresion, transmision y percepcion, forman la trinidad de un sentimiento poderosísimo, que se revela de preferencia en el sér humano, más que en ningun otro.

Variedad en los movimientos de sensacion externa, unidad en lo resultante de esos movimientos, la reaccion pensante que aparece más ó menos intensa, más ó menos comovedora, más ó menos elocuente, pero siempre, pero constantemente traducida con fidelidad por la palabra.

La palabra, ese don mágico que sólo el hombre disfruta, porque la palabra humana es el vaciado admirable de la idea; la palabra, esa música del alma, es el lazo de union entre el hombre y el hombre, de tal manera, que cuando la palabra falta y la inteligencia no está perturbada, la mímica con sus relieves, viene á suplirla en la manera posible que puede ser suplada; la palabra es el fluido misterioso que estalla en esas manifestaciones admirables que se llaman escritura, imprenta, taquigrafía, geroglífico, etc.

La palabra es como la luz; el hombre es el foco; la palabra la irradiacion de ese foco; la inteligencia es el éter luminoso; la palabra, la vibracion de ese éter; la chispa de ese fluido, el rayo de esa hoguera; el resplandor de esa pira inmortal como Dios, el alma.

Economizar la palabra es crimen de lesa amor; prodigarla inútilmente, es degradacion del sentimiento, es profanacion intuitiva, porque á la palabra la ilumina la conciencia, y ésta es el reverbero de la divina justicia que arde en el sentimiento humano, terrible, avasalladora, formidable, despótica ó dulce, bendita, armoniosa y santa, henchida de amenazas ó consuelos, como incorruptible juez y fiel testigo, que nos acompaña y no nos abandona, mientras la razon nos acompaña y auxilia por el áspero sendero de esta nuestra pobre vida, más veces acibarada por el fermento de la pena y el desencanto de la duda, que feliz y tranquila por las satisfacciones de la dicha y los intermedios fugacísimos del goce.

Todo lo que la palabra hiere, rompe, destroza y aniquila, cicatriza, compone, restaura y vivifica la palabra misma, porque es causa de muerte y origen de vida, veneno corrosivo y bálsamo milagroso, tiniebla que ciega y lumbré que alienta, martillo que pulveriza y horno que funde residuos de infamia, para dar fulgores de amor y esperanza y ventura y consuelo.

¡Hablar!... ¡Qué hermoso es hablar, cuando la llama de la fe vibra en el alma, el sentimiento de la esperanza en el corazon, el éfluvio del amor en la conciencia!

¡Qué hermoso es conferenciar entónces! ¡Qué dulce y qué consolador entenderse el hombre con el hombre, las familias con las familias, los pueblos con los pueblos!

Y cuando las conferencias se multiplican en nombre de la fraternidad, y las conversaciones se establecen sobre la base de la progresiva perfectibilidad humana, y depuestos los odios de raza, y abolidos los prejuicios de casta, y anatematizadas las envidias de clase, los hombres se aproximan y se entienden, y se auxilian, y se bendicen, y viven la vida del trabajo, y se nutren del jugo del presente, y fijando menos los ojos en las ardeces del presente, levantan la vista hácia horizontes suspirados de porvenir y verdad; ¡cuánto valen los pueblos, cuánto valen las sociedades, y con qué hermosísimos caracteres de paz y consuelo, de laboriosidad y nobleza, escriben los gloriosísimos anales de su vida pública, fidelísimo trasunto de su privada vida!

Parécenos oír la excéptica y sardónica carcajada, de algun ó algunos lectores, al fijar su vista en el anterior párrafo, llamándonos locos, cándidos, soñadores, infelices, tontos de remate, utopistas de profesion, porque hablamos como sentimos, y como sentimos escribimos.

No nos extraña la salida.

Está en carácter.

Hija es de la época que atravesamos.

Producto de la edad que conocemos.

Es... digámoslo con franqueza, el latido aún poderoso de un egoísmo burlon; es... ¡por qué no confesarlo? una corriente de helado ciego que produce el excepticismo irracional, de una exígua generacion que lucha con la agonía de una falta de postulados generosos, sin Dios y sin creencias, sin valor y sin abnegacion, generacion enteca que se empeña en cerrar los ojos á las maravillas del progreso, de un progreso basado en una libertad que no puede apoyarse en negaciones, ni vivir de sarcasmos, ni alentar al helado soplo de un materialismo brutal, soez, grosero y repulsivo, para la conciencia altiva de todo hombre honrado.

No nos compadezcan los que no quieren entendernos, y permítannos les devolvamos, con creces, su antisocial y antihumana desdeñosa compasion.

Ya se nos alcanza, que al hacer la diseccion de este artículo, escrito á la carrera, porque otra cosa no nos permiten nuestras multiplicadas tareas y ocupaciones, nos hablarán de los males y perturbaciones que á los pueblos han producido, fatales y luctuosas conferencias diplomáticas, terribles y fratricidas conferencias religioso-interconfesio-

nales, candentes conferencias filosóficas, y políticas y sociales; pero por lo mismo que conocemos esas aberraciones del espíritu humano, y deploramos los efectos de esas conferencias; por lo mismo, decimos, creemos con toda la seguridad de la fe que nos alienta, que contra esos pretéritos y presentes males, hay un remedio heroico, eficaz, admirable, prodigioso y probadísimo.

Todas esas catástrofes que se llaman conflictos internacionales, guerras de nacion á nacion, luchas religiosas y civiles, despedazamiento de territorios, anulacion de nacionalidades, predominio de la fuerza bruta, imperio de la astucia, artes de mala fe y toda clase de tiranías, desde las que se fraguan en dorados palacios, hasta las que se incuban en oscuros antros, no reconocen más que un origen, no tienen más que un punto de partida, la ignorancia de los pueblos, la ignorancia de los individuos, la fatal, feroz, terrible y asoladora ignorancia del género humano.

Es necesario borrar de la mente humana la ignorancia, con la hoja impresa, con el periódico, con el folleto, con el libro, con la palabra, de todos los modos nobles y levantados, y caritativos y patrióticos y dignos, de que podamos disponer.

Contra la mole ignorancia, el ariete pensamiento.

Y esto un día, y otro día y siempre.

Ni podemos ni debemos darnos punto de reposo, momento de tranquilidad en la lucha emprendida hace siglos contra la ignorancia, lucha tenaz, pero débil, lucha heroica, pero interrumpida á veces por causas que no son de este momento, lucha que es necesario acentuar y hacer terrible, sin volver la vista, sin esperar recompensas mezquinas personales, sin arredrarnos por lo vasto de la empresa y los contratiempos que nos esperan.

Aún hay ejércitos permanentes.

Aún hay policia para cazar á hombres que compiten, si no aventajan en acerbia de instintos feroces con las fieras.

Aún existe la pena de muerte.

Y todo eso existe, confesémoslo con rubor, pero también con franqueza, porque debe existir, porque el mal impera y vive y triunfa no pocas veces, desdichadamente por la ignorancia que nos aflige, que nos degrada, que nos envilece.

Se dice que la sociedad necesita defenderse.

Exacto, absolutamente exacto.

Pero, ¿y de quién?

De ella misma.

Esto es terrible, pero es verdad.

Se habla de prevaricacion arriba, de embrutecimiento abajo; se habla de violencia, de dolo, de rebajamiento de caracteres, de bizantinismo resucitado, de apostasias religiosas y políticas; se habla de corrupcion moral, de escándalo, de falta de caracteres, de ambiciones vergonzosas, de laceria social.

Es verdad; todo esto existe, todo esto nos envuelve, nos oprime, nos deshonra, nos fatiga, nos empobrece y nos mata; pero todo esto se condensa en una palabra:—ignorancia.

Necesario es que la instruccion se multiplique; necesario que al profesorado se le exijan garantías de moralidad, carácter, inteligencia, aplicacion, actividad, energía y vocacion docente; necesario, muy necesario que se le dote prodigamente, que se le libre de multitud de miserias reglamentarias y miserias burocráticas, y se le atienda, y se le estimule noblemente y se le premie.

Preciso, indispensable es, que todos los establecimientos de instruccion estén dotados hasta con lujo, de un abundantísimo y selecto material de enseñanza, sin economizar nada, en todo lo que pueda contribuir al mayor y mejor desarrollo de la misma, por lo enormemente reproductivos, que en pró de la masa social, son los gastos que en la educacion é instruccion, tanto del hombre como de la mujer, se empleen.

Pero es preciso hacer más, mucho más, infinitamente más.

Hay que difundir esa misma enseñanza con prodigalidad; generosa y abundantemente.

No basta con el maestro, que al fin es hombre y puede sin pretenderlo ó no enseñar bien, ó no enseñar bastante; no basta con el profesor, cuyos ideales pueden ser estrechos, sistemáticos, excelentes, pero no bien dirigidos.

Urge impedir que lo aprendido se olvide, que lo estudiado no satisfaga, que lo que se ha leído deje de entenderse.

Vosotros, grandes oradores, vosotros, génius privilegiados, vosotros, elocuentes publicistas, vosotros, periodistas distinguidos, vosotros, sábios admirables, y á vuestro lado nosotros, los que os respetamos, los que hemos sido vuestros discípulos, los que noblemente envidiamos la magia de vuestra palabra, el encanto de vuestros discursos, el poder de vuestra inteligencia, debéis y debemos contribuir á la obra comun de la regeneracion de esta insegura sociedad, al engrandecimiento de esta patria querida, de esta España adorada.

Conferencias y conferencias y conferencias, uno y otro día; conferencias para el hombre, para la mujer, para los niños para los adultos, para nuestro compatriotas que las necesiten, que son muchísimos.

Conferencias de ciencias, de artes, de religion, de economía doméstica, conferencias claras, sencillas, llenas de doctrina útil, saturadas de entusiasmo, henchidas de amor á la verdad, á la patria, á la justicia, á todos esos consoladores, hermosísimos sentimientos, que brotan de las almas de los que aman el bien y viven de una vida loable y justa,

apetecido premio de los creyentes en las maravillas del progreso, que es la justicia, la justicia que es el amor, el amor que es la paz, aspiración inmensa y sublime de la criatura racional, buena y honrada.

Conferencias en Madrid y Barcelona, y Sevilla, y Zaragoza, y Granada; en las grandes capitales, como en las poblaciones pequeñas, diurnas, nocturnas, en los días de labor, en los festivos, en los presidios, en las cárceles, en los establecimientos benéficos, en los casinos de recreo, en las escuelas de primera enseñanza, en las cátedras, en los ateneos, en todas partes y todos los días; y si preciso es establecer misiones de propaganda agrícola, comercial, etc., etc., establézcanse, que el campo está yermo y la semilla hace falta.

Depositad y depositemos la semilla buena, á manos llenas, sin tregua, que ella fructificará en muchos corazones, que ella prenderá en muchos cerebros.

Olvidaos, eminentes oradores, olvidaos de los aplausos que merecéis y obteneis con justicia sobrada en el Parlamento, en las academias y en todos esos establecimientos que prueban la creciente cultura del pueblo español; descendid de vuestro pedestal de gloria, y hacedos, con los pequeños, pequeños; con los humildes, humildes; vulgarizad los sentimientos humanos útiles á vosotros y á vuestros conciudadanos; dadnos saludable y provechoso ejemplo, y no lo dudeis, hombres y mujeres, de buena voluntad acudirán á vuestro lado y os ayudarán en tan hermosa y magnífica tarea.

El trabajo es rudo, la molestia poca, penosa la tarea, pero admirable y portentoso el resultado que obtendréis y obtendremos.

Y así como los padecimientos de un cuerpo combatido por achaques descuidados, no desaparecen de una vez y todos en absoluto, bajo la dirección y tratamiento de un médico experimentado é inteligente, sino que lentamente se curan, y paulatinamente se aminoran, así también, la ignorancia no desaparecerá en un año ni diez, en absoluto en España, pero no lo dudeis, se aminorará muchísimo y concluirá por huir avergonzada, contemplando su repugnante desnudez, ante los torrentes de luz que derrameis y derramemos, allí donde haya necesidad de difundir la enseñanza.

No queremos una sociedad de sábios, porque generalmente los llamados sábios, haciendo abstracción de una modestia más precisa en quien más sabe, que debieran tener muy presente y practicar de continuo, suelen, salvos contadas excepciones, encastillarse en sus opiniones, y mirar con desden soberbio, á quienes como ellos no piensan, discurren y practican.

Queremos hombres de sentido práctico, deseamos que la mujer se instruya y valga para sí, para la familia y para la sociedad.

Por esto, es necesario que las conferencias revistan carácter práctico, sean de aplicación inmediata y las ilustren el ejemplo, el experimento, la demostración en lo posible.

No somos tan optimistas que creamos que insistiendo en nuestro pensamiento, sin desaliento y sin descanso los que le acepten, España se convertirá en un nuevo Paraíso, ó en un colosal Liceo; no somos tan cándidos que pensemos que con las conferencias multiplicadas y constantes, como las comprendemos, la criminalidad desaparezca en absoluto y la nación española se trueque en una moderna Arcadia.

Léjos de nosotros tan quiméricos raciocinios; pero lo que, desde luego afirmamos, es, que la ignorancia disminuirá, y con la ignorancia el ateísmo, la superstición, la vagancia y la degradación moral, orígenes genuinos de criminalidad.

Así también, escasearán los políticos de profesión, no siempre los más honrados, no siempre los más dignos entre sus conciudadanos; así también, no tendrán eco en el pueblo los sofismas de tribunos sin conciencia, las exageraciones de alborotadores de oficio, las exigencias de hipócritas apóstoles de ideas antisociales, revestidas con el oropel de tendencias de social reforma, verdaderas trampas en que caen, fatales reclamos con que se caza por miserables ambiciosos, á trabajadores holgazanes ó á operarios honrados y laboriosos, pero crédulos en demasía, efecto de una invencible ignorancia.

Las conferencias multiplicadas, repetidas, constantes, producirán sus efectos; pues no han de producirlos? Esos efectos serán la difusión de la enseñanza, de un modo agradable, sencillo, interesante, apetecible, sin las necesarias repeticiones de la escuela, sin la acción más ó menos moderadamente coercitiva del maestro, sin la presión saludable del profesor, porque con esa enseñanza, coincidirá como esperamos, la fundación de gabinetes de lectura y centros de instrucción, apropiados á las necesidades de las poblaciones.

Así también será una verdad la asociación para los fines honrados y útiles de la vida, y las muchedumbres se acostumbrarán á oír y á practicar. Verdad es que en los días festivos mermará la concurrencia de extramuros de las poblaciones, y ni menudearán las riñas, ni será tan común la embriaguez, con que muchos infelices santifican las fiestas; verdad también que disminuirán los casos de lesiones en las Casas de Socorro, y los ingresos en las prevenciones y en las cárceles, lo cual significará más instrucción, es decir, menos estadística criminal.

Procediendo como decimos, como aconsejamos, como por nuestra parte practicamos, se des-

pertará la afición al trabajo, se despertarán determinadas vocaciones á determinadas industrias y ocupaciones, y como la razón concluye por tener razón, esas actividades nuevas buscarán un porvenir en el trabajo. Nadie se avergonzará de vivir modestamente del producto de una honrosa ocupación, en cuyo caso las facultades de jurisprudencia, teología, medicina, farmacia y ciencias, se verán libres de muchos y malos estudiantes, y la sociedad, libre también de abogados sin pleitos, teólogos sin ocupación, médicos que no saben recetar, farmacéuticos que no ejercen, veterinarios ociosos, diplomáticos sin fundamento, arquitectos sin clientela, militares adocenados, verdadera polilla de los pueblos, corrosivo cáncer de las sociedades, materia dispuesta á toda clase de sobornos, á toda insurrección, á todo alboroto, á toda algarada, á todo desorden, en fin.

Trabajen las eminencias del foro, de la tribuna parlamentaria, de la cátedra, del periodismo, de la ciencia, del arte en el sentido que aconsejamos, que, á falta de aplausos, á veces interesados, no pocas, producto de aspiraciones de partido, de cábalas, de preparadores de éxito y fabricantes de ficticios entusiasmos, sobrarán bendiciones de gentes sencillas, lágrimas de gratitud de corazones creyentes, y la indecible é inapreciable satisfacción del buen sentir, del buen pensar y el buen obrar.

No permanezca ociosa la aristocracia cuya ruina se viene á más andar, sobre una clase, la cual no dá señales de vida, más que en determinados sitios y en contadas ceremonias de relumbron más ocasionadas á la sátira, la maledicencia y la caricatura, que á la veneración y respeto, que únicamente conquistan virtudes sólidas y proceder honrado.

No crean los banqueros acaudalados y de fortuna sólida, que solamente se vive de negocios y transacciones bursátiles, que solamente hay que rendir culto á la especulación ante el altar de el Debe y el Haber.

Mediten la aristocracia y la banca algo en su presente, mucho en su porvenir, y ayuden á las conferencias públicas, facilitando á los hombres laboriosos y de buena voluntad, libros, instrumentos, máquinas, material de enseñanza, para que las conferencias sean fructíferas; locales, luz y calefacción á los oyentes que acuden á esas conferencias.

Bueno que se cultive el arte, como generalmente se dice, en un teatro de ópera, cuyo abono, si son exactas nuestras noticias, significa cinco millones de reales durante seis ó siete meses gastados, para enriquecer á cantantes extranjeros en general, en un contado número de representaciones, juzgadas también en general por los aficionados al admirable arte, que menos dinero tienen, durante las que, la flor de la concurrencia, se despegala sin piedad del modo más fino posible, y se oyen historias nada caritativas de muchos concurrentes al espectáculo, y se conoce más por los motes y los seudónimos, que por sus nombres de pila, á numerosas bellezas femeniles, perpétuamente abonadas á las más costosas localidades.

Bueno que haya carreras de caballos que no han de levantar de su humillante postración á nuestra famosa cria caballar un día, en cuyas carreras se oigan más palabras inglesas y francesas que españolas, y se establezca, finamente también, un vergonzoso juego de envite y azar en apuestas de cierto género, con corrupción momentánea de jockeys, etc., etc.

No hay problema político que no encierre un problema social, y en esta época de universal movimiento, en la que todo se afirma y todo se niega, en esta época, lenta preparación, evolución constante de una edad que deja paso á otra edad, el viejo derecho constituido, cede el puesto al nuevo constituyente, merced á la terrible lucha que se establece siempre, entre dos civilizaciones antitéticas que se rechazan con tanto ímpetu como encarnizado afán.

Es urgente empezar á separar al pueblo de la sima de ateísmo indiferentismo á que se le empuja fatalmente, por la maldad de algunos, la soberbia de bastantes y el egoísmo del mayor número.

Es necesario decirle al pueblo, que cuando el lujo es escandaloso, y no está cimentado en una exacta y positiva prosperidad nacional creciente, y no está contenido en los racionales límites de un utilitarismo general, la corrupción es espantosa, el embrutecimiento degradante, la prostitución física feroz, la prostitución moral horrible.

Es de momento trabajar, para que el gas asfixiante del escándalo, no penetre en la familia y mate aspiraciones generosas y levantados propósitos, porque si no se acude á tiempo, no habrá exceso, ni horror, ni violencia, ni atropello, ni crimen, que no nos conduzca al estado de idiotismo á que han conducido en otras épocas, á pueblos cultos en su día y naciones poderosísimas, esas terribles aberraciones que la historia registra en sus páginas, de las que restan como monumento de oprobio, las aún perceptibles ruinas de Asia, Africa y Europa.

Y para evitar todo eso, es también urgente combatir ruda y valientemente la ignorancia por medio de la instrucción que el Estado debe multiplicar; por medio de la instrucción que cuantos españoles que algo sabemos, debemos dar, recurriendo á todos los medios posibles, entre otros, el poderosísimo de las públicas y gratuitas conferencias.

Algo se ha hecho de pocos años á esta parte para generalizar las conferencias, ya en provincias, ya en Madrid.

Laudable es el tesón y constancia con que el señor Cárdenas, director general de Instrucción pública, ha procurado que sigan verificándose las conferencias agrícolas dominicales en la Universidad de Madrid un día, en el ministerio de Fomento luego; laudables no menos, el amor al estudio y á la ciencia, de la Sociedad libre de economía política un día, el entusiasmo y la noble emulación después, del Ateneo científico y literario, Círculo de la Unión Mercantil, Fomento de las Artes, Sociedad Económica Matritense, Institución libre de Enseñanza, Escuela de Instituciones, Ateneo Mercantil, Asociación para la reforma Arancelaria, Academia de Profesores de Instrucción primaria y Diputación Provincial, que ha inaugurado recientemente conferencias en el Hospicio de Madrid, así como es digno de encomio el progreso que en esta capital acusa la utilísima Escuela de artes y oficios, con sus cátedras nocturnas para artesanos y las conferencias militares que también se celebran.

En todas las Asociaciones nombradas, las conferencias han despertado la afición á saber y á estudiar; en todos esos centros, las cátedras, las discusiones, los discursos pronunciados por hombres entusiastas del verdadero glorioso porvenir nacional, han venido á aumentar el contingente de ilustración que las Academias y Sociedades, técnicamente científicas, difunden en cumplimiento de sus Estatutos.

Pero no basta esto; es preciso hacer más, mucho más, á fin de obtener los resultados que se desean.

Los españoles somos muy impresionables, y en todas nuestras determinaciones procedemos generalmente con más entusiasmo que perseverancia, y damos, en multitud de ocasiones, más al sentimiento que á la intención, más á la forma que al fondo de los pensamientos y las cosas.

El afán de novedades nos subyuga por completo, y hoy apetecemos lo que mañana nos hastía, y hoy deseamos lo que pronto nos cansa: triste condición humana, que con nada se satisface por completo en esta pobre y agitada vida!

Nos consumimos pronto; con rapidez inusitada nos gastamos; del deseo de lo imprevisto y extraordinario, que nos desazona y molesta, y combate nuestro ánimo, falta de la necesaria serenidad para juzgar, brota el caos de ideas, sistemas, planes y propósitos, que turba en ocasiones las más serenas inteligencias, y produce el desconcierto que lamentamos y nos entristece, al reparar en esas evoluciones políticas no justificadas, en esos cambios de conducta, que únicamente se explican por la falta de grandes caracteres, por envidias execrables, celos personales pueriles, abdicaciones escandalosas de la dignidad humana y multitud de miserias, hijas de la envidia que nos debilitan para el bien, que nos empujeñan y nos aíslan en el concierto de los pueblos dignos, creyentes en la grandeza de la humanidad, que es el progreso verdadero.

Un gran esfuerzo nos puede salvar de la ruina que nos amenaza, ruina preñada de cataclismos lamentables y terribísimos.

El pueblo es bueno, honrado y creyente; el pueblo español, bonísimo, paciente, sufrido y generoso; pero obedece más al instinto que á la educación.

Eduquemos á ese pueblo de un modo racional, práctico, severo, justo.

No caben excusas en el desempeño de la obra común, no caben dilaciones, no caben disculpas.

Los que sabeis mucho como los que sabemos poco, los que valen mucho y los que poco valemos, estamos obligados, obligadísimos, á dar lo que nos han dado, á repartir lo que poseemos, á hacer común la instrucción, á facilitar la sana lectura de libros de común provecho, á popularizar conocimientos útiles, á borrar la ignorancia de multitud de cerebros, á facilitar el estudio, á despertar vocaciones, á contribuir al bien común de la sociedad.

Hemos aprendido, que el sábio pedante, encastillado en un orgullo necio, desempolvando curiosas obras, escribiendo bellísimos libros, encerrado en su gabinete, es un astro opaco que no brilla más allá de la esfera de su orgullo, cuya luz se proyecta sólo sobre limitado número de adeptos.

Otra cosa se necesita y hace falta.

Hombres de buena voluntad, de voluntad firme, de conciencia recta, de costumbres puras, de honradez notoria, sea la que quiera la religión que profesen, sea el que quiera el partido político en que militen, de toda posición social, que acudan al gran palenque, que estudien y enseñen, que trabajen y hagan fructífero su trabajo, que practiquen, en una palabra.

Entiéndanlo los ministros que son, los ex-ministros, los grandes oradores, los periodistas famosos, los literatos de crédito sólido. Entendámoslo cuantos al profesorado pertenecemos, entiéndanlo cuantos españoles se distinguen por alguna particularidad, en cualquiera de las manifestaciones del saber humano.

Quien no posea palabra fácil, apele á la pluma, y dé lecturas públicas.

Cunde por nuestro pueblo la fría niebla de un excepticismo burlon y más que burlon, avieso.

En momentos de elecciones, en horas de perturbación revolucionaria, candidatos á concejales, candidatos á diputados provinciales, candidatos á la diputación á Cortes, candidatos á ministros, pro-

meten mucho y hacen, generalmente hablando, muy poco, terminado el momento de la necesidad personal.

Pasan esos instantes, y el pueblo no experimenta beneficios tangibles en su modo de ser.

Pasan esos momentos, y los que han conseguido su objeto, salen del paso, repartiendo un puñado de credenciales á los más alborotadores ó á los más intrigantes.

A esto se debe el desaliento de las masas, el descrédito de los hombres públicos, el fraccionamiento de los partidos y la confusión actual de la política española.

Es de ver lo que se vé, y de oír lo que se oye, á las puertas de los colegios electorales, durante las votaciones, y despues de terminadas las sesiones del Parlamento, ó á raíz de grandes manifestaciones políticas.

Apláudese á los oradores, pero no desaparecen las dudas de muchas inteligencias y no faltan gentes que digan éstas ó parecidas frases: «Todos hablan bien, pero todos hacen mal.» «No es lo mismo predicar que dar trigo.» «Estamos cansados ya de discursos,» etc., etc.

Consiste esto, en que nuestra educación política es rudimentaria, en que falta base y la base es la instrucción, y la instrucción no se adquiere sólo en las escuelas y establecimientos de enseñanza, en que no se sabe ó no se quiere ilustrar al pueblo.

Y cuando los pueblos no son ilustrados, huelgan derechos y garantías, porque esos derechos y esas garantías quedan hollados, son rotas, por la astucia del más malvado, por la audacia del más cínico, y así aparecen tiranos como Julio César, dictadores como Cromwell, hipócritas como Maximiliano Robespierre, déspotas como Napoleón Bonaparte, ambiciosos como Luis Napoleón.

Hombres de Estado, diplomáticos sapientísimos, oradores de fama, profesores de nota, poetas aplaudidos, filósofos respetados, académicos laboriosos, periodistas activos, jefes de partido,—á la tribuna, á la cátedra popular, con la palabra, con el libro, de viva voz,—á combatir el error, á enseñar lo útil, lo bueno, lo justo, lo bello.

Grandes de España acaudalados, banqueros opulentos, propietarios y terratenientes ricos, ayuda á la ilustración del pueblo, concurrid á esta grandiosa obra en la manera que juzgueis oportuna, y mereceréis bien de vuestros conciudadanos.

¿Queréis que el patíbulo desaparezca? ¿Queréis que las cárceles sean establecimientos de corrección? ¿Queréis que escaseen secuestradores sin corazón, falsificadores desvergonzados, alimañas como las de Berzocana? ¿Queréis dormir tranquilos, vivir respetados, morir bendecidos?

Pues contribuid y contribuyamos á la regeneración de la patria en la forma que me permito indicaros.

Hombres de talento y buena voluntad, menos indolencia y más actividad, menos quietismo y más movimiento; os debéis á la patria primero, á la humanidad siempre.

Hombres de riqueza positiva, menos egoísmo y más amor á vuestros semejantes; menos ceguera y más conocimiento de vuestros intereses.

Oscuro trabajador de toda mi vida, perpétuo estudiante, sin más autoridad que mi buen deseo, nacido en el pueblo, demócrata ardiente, habiendo atravesado una niñez saturada de amarguras, una juventud torturada por la escasez, sin más recursos que el estudio y la ciencia, sin más amores que el dulcísimo de la patria y el sacratísimo de la familia, con la libertad por aspiración, con la justicia por afán, yo os conjuro desde las páginas de esta Revista, á todos los que podeis y debéis, á que os dediquéis con afán á la gran obra de la redención del pueblo, de su redención de la ignorancia, un año y otro año y siempre, que ese es nuestro deber y el deber de todos.

Mirad que el rebajamiento de los caracteres cunde; mirad que la pereza entumece nuestras almas; que el escándalo nos asfixia; que el egoísmo nos devora; que la hipocresía nos deshonra; que el excepticismo nos pudre; que un vano orgullo nos ensoberbece.

Mirad que ya no repugna el crimen por sí, cuando se le reviste de las mal llamadas conveniencias sociales, y no olvidéis que la prostitución moral canchera las entrañas de una parte de la sociedad española; mirad que la sonda del moralista acusa focos de repugnante degradación, senos de vileza inaudita, depósitos de maldad increíble.

Si todos permanecéis y permanecemos pasivos ante la grandeza del mal que contemplamos; sino cumplís y cumplimos la providencial misión que Dios ha encomendado á la racional criatura de hacer el bien por el bien, de amarnos como hermanos; si la Biblia es para nosotros un libro curioso que no se presta más que á una crítica excéptica; si el Evangelio es tan solo un recitado añejo sin aplicaciones prácticas consoladoras... entonces no temáis, no temamos solo al hierro y al fuego, que vendrán, no lo dudeis, á purificar esta corrupta sociedad; temamos algo más feroz y sombrío que la Providencia decretará, y ese algo será el estado de barbarie que hará de esta querida España, algo que se parezca al desolado aspecto de la hoy y hace siglos mutilada antigua Grecia, al repugnante presente de la disuelta Asia, á la soledad infamada del África de los Faraones y las Cleopatras.

MANUEL PRIETO Y PRIETO.

EL TRABAJO EN CUBA.

II

Si en todas las épocas y en todos los pueblos es verdad comprobada que, cuando los errores arraigados en el seno de una sociedad llegan, por obra del tiempo, á formar la base de su constitución y de su modo de existencia, la fuerza del progreso no ha podido ni puede dominar y vencer la resistencia que oponen, sino despues de prolongada lucha; si este hecho, nunca desmentido, es uno de los puntos de armonía más salientes entre las leyes que rijen el mundo físico, la acción y el trabajo de las fuerzas naturales, y las que presiden en el órden moral á los movimientos producidos por las energías y por la incesante actividad del espíritu humano, no es ménos cierto que de esa misma lucha, antes que una capitulación tranquila y reposada del error vencido por la razón, se ha manifestado siempre rudo y desesperado choque de pasiones, antagonismos, ódios, injusticias y violencias, que turban la armonía, trasforman el órden social y conmueven hondamente el cimiento mismo del edificio que sobre ello se sustenta.

Nadie que conozca la historia de Cuba ignora que la fratricida guerra que ha ensangrentado sus campos, no ha sido resultado de circunstancias pequeñas ó pasajeras excitaciones: ha sido el cumplimiento de esa ley histórica que acabamos de recordar. Es un error creer que la triste, la dolorosa situación de Cuba, no bastante conocida en España, es consecuencia sólo de la guerra; sin duda ésta ha ocasionado grandes desastres, sembrando la muerte y propagando el incendio por todo el territorio; pero los males que ha descubierto eran ya antiguos, y estaban en las mismas entrañas de aquella sociedad descompuesta, enteramente desquiciada.

Ya desde 1866 los denunciaban los ilustres representantes cubanos que vinieron á exponer el estado y las necesidades de la isla, y á pedir remedio á tan precaria y angustiosa situación. Las cosechas de azúcar apenas alcanzaban á cubrir los enormes impuestos, los capitales é intereses, á que tenían que acudir los hacendados para sostener y conservar sus fincas; y al cabo se veían estos en la necesidad de cederlas á los acreedores para satisfacer sus compromisos, de tal suerte, que la producción azucarera de Cuba, según cálculos perfectamente demostrados, ocasionaba, por ingenio (como promedio) un quebranto *real y efectivo* de 5 por 100 sobre el capital. Las cosechas de tabaco decrecían rápidamente, y su cultivo era abandonado por los veagueros, mal retribuidos por escasísimos rendimientos, apenas bastantes á satisfacer las más imperiosas necesidades de la vida. El café ya en aquellos días no figuraba en el cuadro de los artículos de exportación, y se veía con razón próximo el momento de ser necesario importarlo para el consumo de la isla. Todos los ramos, en fin, de la agricultura cubana decaían y estaban seriamente amenazados de próxima ruina, que no podían evitar los propietarios, abrumados por muchedumbre de circunstancias y de elementos, hijos todos de una administración asfixiante y de sistemas empíricos de gobierno, antes dirigidos á reprimir y ahogar las fuerzas productoras del país y las manifestaciones del progreso, que á promover el bien, dando los medios de facilitar su expansión y desenvolvimientos.

Porque, preciso y sensible es decirlo, el desórden, la imprevisión, la torpeza, la inmoralidad, la incuria y el abandono fueron siempre los caracteres distintivos de la situación general de Cuba. No ha podido la agricultura prosperar allí en donde todos los elementos que su existencia reclama han faltado, y en donde se han extremado siempre los contrarios á su desarrollo. ¿Cómo se concibe que en un país, cuyos habitantes se distinguen por un alto grado de cultura, y en donde pocos son los propietarios que desconozcan la ciencia agrícola, sus adelantos ni las aplicaciones de procedimientos modernos que la mejoran y perfeccionan cada día en Europa y América, haya sido *siempre* imposible salir de un estacionamiento, de una parálisis mortal, ó más bien, de una evidente consunción que señala el camino de la ruina, de la muerte? ¿Cómo, á pesar de innegables aptitudes individuales y de una espontaneidad nunca puesta en duda para el trabajo agrícola, no se ha podido ver en los campos de Cuba, despues de cuatro siglos, más que señales de atraso lamentable y procedimientos rutinarios apenas concebibles en nuestra época? ¿Cómo se puede explicar que la pasmosa feracidad de aquella privilegiada tierra no dé al hombre que la cultiva, por frutos de su constante trabajo, más que tristes desengaños, tras de ilusiones falaces con que la naturaleza le atrae y le cautiva? ¿Cómo, en fin, se puede comprender que el país entero no encierre en su extenso territorio casi nada que sea permanente, sólido, duradero, reflejo de aspiración al porvenir, sino obras provisionales, pasajeras, imperfectas, señales de parada, indicaciones claras de que el hombre *pasa por allí*, pero no está definitivamente, *no vive allí*?

Sólo penetrando en lo íntimo y esencial del organismo completo de la isla de Cuba, se reconocen las causas de tan extrañas anomalías; pero desde que se las descubre, no se puede ya dudar un solo instante que no es el hacendado con sus esfuerzos, con su inteligencia y su aptitud, bastante poderoso para removerlas, envuelto como ha estado siempre en una red de contrariedades que lo inca-

pacita para todo; ahogado por deudas que no puede dejar de contraer, y cuyos intereses crecen con la inseguridad nacida de condiciones ajenas á su intervención; combatido por altísimos precios de lo que necesita para producir, y por inmensas dificultades para vender bien sus frutos; rodeado de trabas, víctima frecuente de vejámenes, de atropellos, de arbitrariedades; sujeto, no sólo á impuestos enormes, sino también á grandes defraudaciones y á un número infinito de gabelas y exacciones; sin ayuda ni facilidades para nada, sin caminos, sin puentes, en medio de ciénegas y de marismas insondables, gérmenes de insalubridad que debilitan las dotaciones de trabajadores, sin establecimientos de enseñanza, sin Municipios ni Diputaciones que tengan vida propia, en suma, ligado al carro de una administración torpe, ciega, invariable en el mal camino, renuente á cambiar de rumbo é incapaz de promover el bien y de alentar ó estimular el trabajo.

No: el hacendado de Cuba no ha podido ver jamás premiados sus afanes, y la agricultura no ha adelantado un paso, porque las condiciones sociales, políticas y económicas del país lo han hecho imposible. Esta imposibilidad no ha sido consecuencia de la desgracia, ni aún de otras causas que pudieran haberla explicado, como fenómenos naturales, ó la guerra, porque los males que se advierten vienen afligiendo á Cuba desde muy antiguos tiempos. Ha sido efecto indudable de un sistema opresor, deliberadamente sostenido por la ignorancia, aplaudido por la codicia y la maldad, é inspirado por el miedo á toda innovación. Y como estos han sido constantemente los elementos constitutivos del medio en que ha vivido el trabajo agrícola en nuestra isla, fácil es comprender que ni la iniciativa y acción individuales, ni el espíritu de progreso científico, ni los ricos dones de una naturaleza espléndida y exuberante, nada, en fin, de lo que en otros más afortunados países dirige á los pueblos por la senda de la prosperidad, han sido en Cuba otra cosa que fuerzas perdidas en el vacío, ó estérilmente aplicadas á una palanca para vencer resistencias insuperables.

La guerra no ha venido, pues, á producir una situación que, sin ella, ya se manifestaba; sus horrores, la sangre derramada y la destrucción general que ha producido, nos advierten, sí, que ya todo aplazamiento significa la muerte inevitable de la Antilla, que está en las convulsiones de la agonía. Para salvarla, que aún es posible, lo primero que necesitamos es voluntad, energía, amor á la justicia; y despues, gran fe en el porvenir de nuestra raza y en sus destinos en América; no olvidar que el poner término á los abusos, por más que hayan producido oro, no es hacer sacrificio, sino cumplir un deber; que suprimir monopolios no es atacar intereses que en ellos se fundan, sino establecer el derecho y la justicia; que romper las cadenas del esclavo, restituir al hombre su dignidad, no es un favor, una gracia, una expresión de magnanimidad, sino la justa, la debida, la necesaria reparación de agravios que jamás debieron existir; que conservar por la fuerza á Cuba oprimida no es digno de nosotros ni es el deseo del noble pueblo español, mientras que la libertad, asentada allí sobre bases firmes, respetada y garantida con lealtad, es el lazo más apretado de unión y de fraternidad en la gran familia española.

Y todas estas condiciones, y las que de ellas se derivan, son de tal suerte indispensables para que el trabajo en Cuba sea posible, lo cual tanto vale como decir, para que Cuba no se pierda, que sorprende ver todavía gentes que resisten, y hasta hombres, llamados de Estado, tan ciegos, tan insensatos, tan temerarios, que á la vista del enfermo moribundo se entretienen ahora tranquilamente en estudiar y preparar específicos, cuya aplicación, sobre tardía é inoportuna, será totalmente ineficaz, porque carecen de virtud para contener el mal, y más bien precipitan el funesto desenlace: la muerte de la isla de Cuba, y la decadencia inevitable, la postración de España, como término fatal, que no se quiere (no decimos que no se sabe) comprender, de tantos y tan graves errores, de tantos y tan imprudentes acomodamientos con la injusticia, de obstinación tan censurable y tan opuesta, á los más caros intereses generales de la nacionalidad española.

Comprendemos bien que los hombres, dominados por intereses particulares, ya que no pueden sostener *en principio* la esclavitud, se esfuerzan por conservarla *de hecho*, y que vean en esa forma de servidumbre que se llama *patronato*, una solución *para ellos* satisfactoria del problema que nos ocupa bajo uno de sus aspectos más importantes; porque tal es la triste condición de la fiaca naturaleza humana. No alcanzan á esas alturas desde donde los grandes y permanentes intereses generales del país se anteponen á los pequeños y pasajeros que los ligan y sujetan, y no les permiten apreciar la situación, ni los peligros, ni el malestar que les rodea y amenaza. Cuentan con la fuerza, y olvidan ó ignoran que en la vida de los pueblos, según la expresión de un gran guerrero, hay ocasiones en que *nada es más débil que la fuerza*. No les preocupa el porvenir; y todos sus cálculos se fijan en el presente, de engañosa opulencia, que sólo á ellos les sonríe. Nada quieren saber de los destinos de nuestra raza en América, ni de las condiciones morales de la vida del trabajador; porque todas estas son teorías bellas y delirios vanos.

Comprendemos que otros, inspirados por análogos sentimientos y por ideas igualmente estrechas, y creyendo que la isla de Cuba no está destinada á ser más que una inmensa factoría, aspiran á perpetuar el sistema de explotación del hombre con la invasión de razas inferiores africana y asiática; para ellos no hay más trabajadores capaces de resistir los rigores de aquel clima que los negros y los chinos; no quieren ver, y afectan ignorar, que la mortalidad en esas razas espanta; ignoran completamente la ciencia del cultivo, y no se les alcanza que, sin más que los actuales brazos, por procedimientos inteligentes, se puede hasta duplicar la producción de azúcar en Cuba.

Comprendemos que los monopolizadores de hoy, sucesores de aquellos famosos negociantes de Cádiz y Sevilla, no quieran desprenderse de los privilegios que les traen ganancias de consideración, siquiera estas se funden en el hambre de otros españoles, tan españoles como ellos, y en la muerte de la industria cubana, tan respetable y tan digna de atención como la de cualquiera otra provincia peninsular. No admiten que á España convenga conservar la isla de Cuba, sin explotarla de esa suerte; así lo hemos oído á muchos. No ven que el mismo pueblo español de la Península sufre las consecuencias de esos monopolios, bien porque no alcanza la producción á cubrir las necesidades del consumo, bien porque, limitada injustamente la satisfacción de sus necesidades, su alimentación es mala y escasa.

Comprendemos que á algunos contraríe un nuevo orden de trabajo, que se ha de fundar precisamente en el reconocimiento de derechos que estorban la marcha de sus lucrativos negocios, que dificultan la inmoralidad, y en la desaparición de ciertos elementos á cuya sombra se han formado y se forman inmensas y no legítimas fortunas.

Comprendemos todas esas y otras sugerencias del interés particular: la historia de nuestra Antilla nos enseña que esos fueron siempre los enemigos declarados é implacables de todo lo que tendiese á trasformar el trabajo, haciéndole entrar en condiciones científicas, y asentando su organización y desenvolvimiento sobre bases de justicia y de progreso. No nos sorprenden sus clamores: siempre los hubo y en todas partes, porque siempre y en todas partes hubo y habrá ignorancia y codicia, egoísmo, apasionamiento y apego á las tradiciones y á errores inveterados.

Pero lo que nos asombra, lo que no podemos comprender es, que los hombres llamados á gobernar la nación, los que no pueden, los que de ninguna suerte deben ignorar cuáles son las verdaderas necesidades de nuestra isla y de nuestra patria, los que bajo estrechísima responsabilidad ante la conciencia y ante la historia han de atender y velar primero por los altos intereses generales que por los particulares; primero, por la justicia que por el privilegio; primero, por el bien de la masa general del pueblo, que por la opulencia y las ganancias de escaso número de negociantes poderosos; los que están llamados, no á galvanizar un cadáver, sino á impedir que perezca la sociedad española en América, que está hoy anémica y agonizante, y que la nacionalidad gloriosa, cuya defensa les está confiada, salga de sus manos herida de muerte ó condenada á eterna decadencia y á vergonzosa prostración, que los hombres elevados al poder para la resolución del problema vital de Cuba, vacilen, y duden y discutan todavía, ó se detengan ante consideraciones de orden muy inferior frente de los destinos de nuestra patria desventurada.

Porque es preciso decirlo con franqueza, tener valor para aceptar la abolición inmediata de la esclavitud, que otros gobernantes han resuelto en principio, y que se realizará *muy pronto de hecho*; saber y ver que, aún sin ella, la isla de Cuba está hundiéndose en el abismo de la miseria, y que con la reforma de su estado social, se hundirá por completo; saber y ver que el trabajo agrícola allí reclama radical trasformación, y que por sí sola la agricultura en ninguna parte se transforma sin leyes políticas y económicas, que produzcan una administración nueva, en medio de la cual el trabajo pueda desenvolverse; ser radical en el procedimiento de destrucción, y saber y ver que es preciso serlo también en el de la reconstrucción; saber y ver que el momento es único en la vida de nuestra patria; querer estar bien y acomodarse á las corrientes de la civilización moderna, y á las necesidades de los tiempos, rompiendo valerosamente las cadenas del esclavo, y no desconocer que es preciso seguirla en todo lo demás; saber y ver, y sentir la verdad inconcusa de todos esos extremos, que reclaman un criterio amplísimo, profundamente liberal y progresivo, verdaderamente democrático, y no tener valor para abrazar por entero todas las cuestiones y atacarlas en su fondo y en su esencia, y carecer de aptitud para desprenderse de compromisos individuales de escuela ó partido, elevándose á la esfera de la política nacional; seguir la funesta senda de las transacciones cobardes, de las torpes y estériles componendas; disputar locamente á la ciencia, á la verdad y á la justicia su necesario imperio para pretender darle al empirismo, á la mistificación y á la injusticia, es un atentado contra los intereses sagrados de la nación española, es una falta de sentido moral político, que la historia no podrá jamás perdonar; es una insigne torpeza, una ceguera inconcebible.

Y si no saben los hombres del partido conser-

vador que ocupan el poder, que son indeclinables esas reformas en su sentido más amplio y liberal; si de tal suerte desconocen la situación de Cuba, que no tienen criterio formado acerca de las reformas, como parece desprenderse de las palabras pronunciadas por su jefe en el Parlamento; si tan ajenos han permanecido á la suerte de Cuba, que no las han estudiado antes de pisar los umbrales del poder, ó si tan escasa inteligencia tienen que, habiéndolas estudiado, no las han comprendido... ¡ah!... entonces, lo patriótico, lo honrado, lo que les reclamamos, en nombre de la patria, es que dejen el Gobierno á otros hombres más dignos que ellos de ocuparlo en el momento histórico presente.

Es indispensable, como dejamos dicho, que las reformas social, económica y política de Cuba, sean la base de un orden nuevo, sin el cual el trabajo no puede desenvolverse en condiciones de prosperar y de salvar al país de inminente ruina. ¿Cuáles son las fórmulas de solución que estimamos necesarias para alcanzar ese fin tan anhelado? Lo diremos con entera franqueza: *la libertad verdadera del trabajador; la libertad comercial; la intervención directa de los habitantes de Cuba en el gobierno y la administración de la isla.* Veamos cómo estos tres principios pueden resolver el problema del trabajo, salvar á Cuba y preparar para un día, no lejano, su dicha y su ventura en el seno de nuestra nacionalidad española.

BERNARDO PORTUONDO.

COBDEN EN ESPAÑA.

Hace pocos meses vió la luz pública un libro importantísimo (1), sobre el que nos parece conveniente llamar la atención de los lectores de LA AMÉRICA, y que contiene una colección de «notas, correspondencias y recuerdos», concernientes al ilustre inglés Cobden, el apóstol más entusiasta y más elocuente de la libertad comercial y de la paz en nuestro siglo.

Como dice el eminente economista Mr. de Molinari en el prefacio de dicha colección, publíquese esta en ocasión oportunísima. La reacción proteccionista pretende en toda Europa destruir la obra de Cobden, y el militarismo parece querer volvernos á las épocas de barbarie, en que los hombres tienen á gloria el combatirse mutuamente como animales feroces. La evocación de la gran figura del agitador inglés y el recuerdo de su vida y de sus trabajos, tienen hoy, por lo tanto, una utilidad indiscutible.

Comprende el libro que nos ocupa importantes cartas y discursos de Cobden, y de otras personas íntimamente relacionadas con él por lazos de familia y de amistad; como su esposa, mister y misteres Schwabe, que le acompañaron en sus viajes por Europa, Mr. Jorge Combe, Mr. Horace Say, el caballero de Bunsen y otros. Proyectan estos documentos viva luz sobre la vida de Cobden en el período de 1846 á 1864 (2), y han de contribuir poderosamente á consolidar su purísima gloria, fundada en los inmensos beneficios que le debe la humanidad entera, por cuyos derechos é intereses legítimos trabajó con actividad infatigable.

Ricardo Cobden, digan lo que quieran los que en su obra sólo ven al inglés exclusivamente deseoso de mejorar la suerte de su país, vivió inspirado y luchó constantemente por un ideal humano, en el más amplio sentido de la palabra.

Profundo y firme era en su alma el sentimiento de la patria, pero no exclusivo ni mezquino á la manera de muchos patriotismos al uso, tan inteligentes como anti-humanos.

Ante todo y sobre todo, Cobden buscó la justicia y el bien universal, y por eso su nombre ha salvado las fronteras de la Gran Bretaña, y es y será perpetuamente recordado con respeto y simpatía por todos los pueblos. Talento clarísimo, gran instrucción, palabra fácil y sentida, incansable energía, desinterés, consecuencia, lealtad, amor vivísimo de la humanidad y del bien, trato afectuoso, modesto y sencillo, tales son las cualidades distintivas de Cobden, cuya conducta en la vida pública debiera tomarse por modelo, y en quien vemos un ejemplar perfecto, hasta donde puede llegar la perfección humana, de lo que han de ser en los tiempos que alcanzamos los servidores sinceros de la justicia y de la verdad.

Pero no es nuestro objeto en estas líneas formular un juicio sobre la vida y las obras del célebre economista inglés. Más modesto es nuestro propósito, limitado á recomendar el libro de la señora Salis-Schwabe, dando una idea de la parte del mismo que más puede interesar á los lectores españoles. La colección empieza, según hemos dicho, en 1846, cuando, después del glorioso triunfo de la Liga contra la ley de cereales, emprendió Cobden un viaje por el continente europeo, para reponer sus fuerzas casi agotadas en la admirable campaña libre-cambista, que durante siete años había dirigido sin un momento de descanso. Fué España uno de los primeros pueblos

(1) *Richard Cobden, notes sur ses voyages, correspondances et souvenirs*, recueillies par MME. SALIS-SCHWABE, avec une préface de M. G. de MOLINARI.—Paris.—Librairie Guillaumin.—1879.

(2) Cobden falleció el 2 de Abril de 1865.

que visitó, permaneciendo en nuestro país desde principios de Octubre hasta mediados de Diciembre de 1846, período en que visitó á Madrid, Sevilla, Cádiz, Granada, Barcelona y otras poblaciones importantes, siendo en todas bien recibido y muy obsequiado; dicho sea en honra de nuestra hospitalidad, porque en aquella época, las ideas libre-cambistas tenían poquísimos adeptos en España, y la opinión general, ménos ilustrada que hoy, rechazaba energicamente todo lo que parecía extranjero.

Dirigiéronse en general los obsequios recibidos por Cobden, más á su celebridad personal, que á sus doctrinas, pero no dejaron de hacerse algunos, que tuvieron también esas doctrinas por motivo y objeto. Había en España entonces algunos, aunque pocos, libre-cambistas, como D. Luis Pastor, D. Juan Eloy de Bona, Alcalá Galiano y otros que habían estudiado con interés las luchas y progresos de la Liga inglesa, y conocían y profesaban las buenas ideas económicas.

Dieron los libre-cambistas españoles á Cobden en Madrid, Sevilla y Cádiz, sendos banquetes, donde se pronunciaron brávidos entusiastas en pró de la libertad de comercio, á los que contestó el ilustre jefe de la Liga inglesa con tres breves discursos, que como todos los suyos, brillan por la espontaneidad, la sencillez y la oportunidad de la expresión. El interés que esos discursos tienen para España, nos ha movido á insertar á continuación de estas líneas una pálida traducción, que deseamos pueda dar alguna idea, siquiera sea ligera é incompleta, de la incomparable elocuencia de Cobden.

Escitó el ilustre libre-cambista inglés á los de España para que emprendiesen la noble y patriótica tarea de propagar la buena doctrina económica, y sus excitaciones, á pesar de ser poco favorables las circunstancias, tuvieron importantes resultados. Nótase su influencia en la prensa periódica de los años 1847 y 1848, y en la reforma de 1849, segundo paso importante dado en nuestro país (dióse el primero en 1841), para redimirnos de la esclavitud mercantil en que vivíamos bajo el arancel de 1826, que casi era una lista de prohibiciones.

El atraso de la opinión, las revueltas y la falta de libertad política, que es tan necesaria para una activa propaganda, cuya arma principal ha de ser la palabra hablada en la reunión pública, retrasaron en España hasta 1859 la creación de una sociedad libre-cambista, análoga á las que, á raíz de la reforma inglesa de 1846, se formaron en Francia, en Bélgica y en otros pueblos de Europa. Tardamos, pues, más de doce años en responder al deseo de Cobden, pero si no llegamos á tiempo para que este pudiera asistir al triunfo de la libertad de comercio en España, pudo ver, á lo ménos, antes de morir, que la semilla no había caído en tierra absolutamente estéril, y que la lucha definitiva contra el absurdo sistema protector, estaba ya entablada por una asociación de hombres convencidos y enérgicos, que, invocando el glorioso nombre de Cobden, se dirigían á conquistar la opinión pública, por los mismos medios que dieron la victoria á la Liga inglesa. Tres años después de la fundación de la Sociedad libre-cambista española, en 1862, ya se hacía una rectificación de valores, y se proponía á las Cortes una reforma en sentido liberal. Cuatro años después de la muerte de Cobden, se aprobaba por las Constituyentes de la revolución de 1868, una reforma arancelaria, que hubiera podido ser la última, si los intereses proteccionistas no hubiesen conseguido en 1875 la suspensión de sus efectos. Pero la lucha sigue, y no es difícil prever para una época próxima, el vencimiento definitivo del proteccionismo. Ante la reacción económica, la Sociedad libre-cambista ha renacido con el mismo programa que en 1859, sosteniendo, como entonces, las doctrinas de Cobden, é invocando también como entonces, este nombre ilustre, con el profundo respeto y la ardiente simpatía que á todas las almas honradas debe inspirar la memoria de los grandes bienhechores de la humanidad.

Discurso de Madrid, 14 de Octubre de 1846.

Señores: Acepto esta demostración con el más profundo reconocimiento. La acepto, como una muestra de la aprobación que daís á los principios del libre-cambio, y á los medios empleados por los libre cambistas ingleses para conseguir la victoria.

Nosotros no hemos defendido la causa de la libertad comercial por espíritu político, ni en beneficio exclusivo de ninguna clase social; la hemos defendido en interés de todo el mundo, y hemos realizado nuestro objeto por medios honrados, que aprobarán, sin duda alguna, los hombres de bien de todos los países. Desde el principio hasta el fin de nuestra campaña, hemos rechazado el empleo de la fuerza material, y puesto toda nuestra confianza en el poder de la razón y del buen sentido. La pluma del escritor ha sido nuestra arma más segura, y la voz del orador nuestra artillería.

Hemos querido siempre la conversión y no la muerte del pecador, y nuestros numerosos prisioneros han venido al campo libre-cambista convencidos y no forzados. Durante siete años se ha visto el espectáculo de un combate reñido en un pueblo de treinta millones de hombres, que no ha costado una sola gota de sangre. La lucha ha sido larga y difícil; pero las victorias debidas á la discusión libre, no quedan expuestas al peligro de las reacciones; una vez conseguidas, duran siempre.

Todos, probablemente, conocéis el fin concreto de nuestros esfuerzos por el libre-cambio en Inglaterra.

Proclamábamos un gran principio; queríamos conquistar para cada inglés, el derecho de cambiar libremente los fru-

tos de su trabajo por los productos de todas las partes del globo. Pedíamos la abolición de todos los derechos protectores, y decíamos á nuestro Gobierno: «Que tus aduaneros sean agentes fiscales, y nada más; no te metas á protector de ninguna industria contra la multitud de los consumidores, haciendo á éstos auxiliares involuntarios del contrabandista.»

Hemos aplicado este principio con una justicia igual para todas las clases. Hemos reclamado para los fabricantes ingleses el derecho de comprar el trigo, el ganado y la lana de España en condiciones iguales á las de los productos similares ingleses. Hemos propuesto que se cobren los mismos derechos fiscales á los azúcares de Cuba y á los de Jamaica, y proclamado á la vez el derecho del agricultor para hacer venir del extranjero todos los artículos manufacturados que necesita, sin la obligación de pagar por ellos más de lo que valen, bajo pretexto de protección. Tal es la política comercial que hoy prevalece en el pueblo inglés.

Señores, el libre-cambio no es la causa de un solo país; es la causa de todos los pueblos que se toman interés por la humanidad y la civilización. ¿Cómo no he de encontrar simpatía hacia nuestros principios en la ilustrada metrópoli de la nación española? Ningun país puede recibir del libre-cambio más beneficios que España, porque la naturaleza ha prodigado aquí sus dones y concedido liberalmente á vuestro país producciones importantísimas, que los demás pueblos se han de apresurar á tomar en cambio de los frutos de su industria.

No tengo necesidad de deciros que el comercio es un canje de equivalentes; si un pueblo no permite la importación, nada podrá exportar.

Ya sé que hay gentes en todos los países que dicen: «produciremos en nuestro suelo todo lo que necesitamos, porque no debemos someternos á la dependencia del extranjero.» Pero si la naturaleza hubiese querido el aislamiento de los pueblos, habría hecho bajo otro plan la tierra, y concedido á todos los países, sin distinción, las mismas ventajas de suelo y de clima. Inglaterra tendría entonces vinos y aceites y seda y los demás frutos de que ahora carece, y los demás pueblos estarían dotados de la riqueza en hulla y en hierro, que compensa para los ingleses la falta de un sol más caliente y vivificador. Pero no, la Providencia en su sabiduría ha dado á cada latitud energías especiales, para que las naciones se surtan mutuamente de lo que necesitan para el sosten y el placer de la vida y puedan unirse entre sí por los lazos de la paz y de la fraternidad.

Yo estoy seguro, señores, de que antes de poco tiempo la opinión pública de este gran pueblo, reclamará la supresión de las restricciones mercantiles, que tanto han perjudicado hasta una época reciente á la industria de mi propio país. Recuerdo que un grande hombre salió de vuestras costas, hace más de tres siglos, á descubrir un nuevo hemisferio. Sin rebajar en lo más mínimo la gloria de tal empresa, creo poder deciros, que el hombre de Estado que diera á España los beneficios de la libertad comercial, procuraría á su patria ventajas mayores y más duraderas que las que ha sacado del descubrimiento de América. El génio de Colon abrió á vuestros antepasados un continente inculdo, poco poblado y habitado por razas bárbaras; el libre-cambio abriría á vuestra actividad un mundo civilizado, y todos los pueblos os traerían con afán los variados productos de su trabajo y de su industria, á cambio de las riquezas de vuestro país, tan bello y tan favorecido por la naturaleza.

Concluyo proponiéndos que brindeis por el triunfo universal del libre-cambio, que es la más segura garantía de la paz de los pueblos.»

Discurso de Sevilla.—2 de Noviembre de 1846.

Prisidió el banquete D. Miguel Chacon y Durán, director de la Sociedad económica, quien propuso un brindis «á Cobden y á la aplicación de sus ideas en España.» Respondió Cobden en inglés, siendo traducido su discurso por D. Alberto Prats y Soler.

«Señores: Os doy las gracias por la cordial acogida que me habeis dispensado en esta bella capital de Andalucía. Sé que personalmente no tengo derecho alguno á los obsequios de que soy objeto, pero me causa gran satisfacción el encontrar aquí tantas personas ilustradas que profesan las ideas á cuya propagación me he consagrado.

Después de manifestar mi reconocimiento, poco puedo deciros. Si fuera vuestro compatriota, tal vez cedería á la tentación de pronunciar un largo discurso, para demostrar que el libre-cambio puede producir inmensos beneficios en este país, despertando la actividad de sus puertos y de sus mercados, enriqueciendo á la agricultura y proporcionando grandes recursos al Tesoro. Expondría también en ese discurso las ventajas morales que nacen de las relaciones amistosas de los pueblos, haciendo ver las consecuencias necesarias de la adopción general de los principios del libre-cambio. En fin, me esforzaria para probaros que si las naciones pudieran comunicarse libremente entre sí sus ideas, despojándose de sus prevenciones recíprocas, aprenderían unas de otras muchas cosas útiles é instructivas. Pero soy inglés, y creo que debo dejar esta tarea á los españoles, para que no se me acuse de que vengo á hacer aquí, fuera de mi país, la propaganda de doctrinas cuyas ventajas son suficientemente conocidas.

En esta reunión veo á hombres dotados de la elocuencia natural en España, y que podrán defender mejor que yo los principios de la humanidad y de la filantropía. Sería feliz, si después de haberos manifestado mis sentimientos, respondiérais á ellos, exponiendo la mejor manera de plantear mis doctrinas en vuestra patria.

Quisiera, por último, brindar por Andalucía; pero no me es fácil hacerlo en términos dignos de un país tan favorecido por la naturaleza, tan abundante en toda clase de producciones. ¿Qué podría yo desear á Andalucía? No le falta más que una cosa para duplicar su riqueza: la libertad comercial. Brindemos, pues, por su establecimiento en España.»

Discurso de Cadiz.—18 de Noviembre de 1846.

Celebróse el banquete en el Casino, bajo la presidencia de D. Jorge Urtelegui, que brindó por Cobden, pidiendo al cielo que prolongase la vida

de hombre tan ilustre, hasta que pudiese ver el triunfo completo de sus doctrinas en España, como lo habia visto ya en Inglaterra.

Cobden contestó:

«Señores: Siento no poder expresar mi gratitud en un idioma que todos entendais. No me sorprende que los principios que he defendido en mi patria, tengan tantos y tan ardientes partidarios en Cádiz. A esos principios, y no á mi persona, se dirijen, sin duda alguna, los homenajes de la reunión.

Señores: los libre-cambistas ingleses se han propuesto un objeto, que se expresa con una sola palabra: libertad. El comercio estaba sometido á mil restricciones, y el Gobierno dificultaba constantemente la iniciativa privada. Nuestros comerciantes y nuestros fabricantes podían penetrar en todos los puntos del globo, pero al volver, trayendo los productos de los países extranjeros, encontraban cerradas las puertas de la patria con tarifas absurdas y opresoras. Nos propusimos, pues, reducir las facultades del Gobierno á sus límites propios, y sustraer el comercio á las invasiones seculares de la legislación. El hombre podría de este modo ser libre y emplear su actividad como lo creyera conveniente. Tal ha sido el objetivo de la Liga, conquistado después de una lucha de siete años.

En adelante, el comerciante inglés no será contrariado en sus empresas, bajo pretexto de que el legislador debe proteger los intereses de otros ingleses. En adelante, todos vivirán en el terreno de la libertad y de la igualdad, y ninguno disfrutará un privilegio que le coloque sobre sus conciudadanos.

No necesito decir nada para convenceros de que la libertad favorece al comercio; toda la historia es una demostración de esta verdad.

Comparad entre sí las naciones del mundo en nuestros días, y vereis que el comercio florece ó decae en razon de la libertad que disfruta, ó de las restricciones que lo limitan. Comparad un puerto de mar libre con otro que no lo sea, y vereis la diferencia. Recordais que Cádiz ha tenido recientemente un año de prosperidad extraordinario. Recordais los buques que en inmenso número cubrian las aguas de la bahía; el extenso tráfico que circulaba por las calles; los productos de todos los pueblos que se amontonaban en todos los almacenes. ¿Qué causa habia transformado en un momento, como por arte mágico, esta bella ciudad? El clima, el puerto, las producciones, todo estaba lo mismo que ántes; pero durante un año, Cádiz fué un puerto libre, y este solo hecho explica aquella prosperidad.

Hay en todos los países intereses que tienen miedo á la libertad, y en Inglaterra la perspectiva de la libre entrada de cereales inspiraba verdadero terror á los agricultores. Ahora se rien de sus antiguos temores. En España, el catalán tiembla al sólo anuncio de la libertad comercial. Cuando esta venga, también se convencerá el catalán de que la libertad no puede ser causa de mal alguno. No he conocido ninguna industria que haya sido perjudicada por la libertad. La sombra de la protección ha sido mortífera para muchas industrias, pero en la atmósfera de la libertad todas han vivido, todas han prosperado.

Señores: si pensais que España puede obtener grandes beneficios por la adopción de la política comercial, que hoy prevalece en Inglaterra, servios de los medios que allí hemos empleado para hacer triunfar nuestras opiniones. Provocad la discusión por todos los caminos posibles, y que todo hombre convencido de la bondad del libre-cambio, se imponga el deber de convertir á su vecino. Las grandes verdades, así en la política, como en la religión y en la filosofía, sólo pueden propagarse y triunfar mediante grandes esfuerzos y sacrificios. No esperéis de vuestros gobiernos reformas favorables á la libertad mercantil, mientras el pueblo español no esté plenamente convencido de sus ventajas. En mi sentir, casi todos los gobiernos europeos están más adelantados que los pueblos respectivos en la inteligencia de las cuestiones económicas, pero han de esperar á que desaparezcan la ignorancia y los errores populares, para entrar de lleno en las vías del libre-cambio.

Veo, señores, alrededor de este mesa muchas personas dispuestas, estoy seguro de ello, á emprender la tarea patriótica de propagar las buenas doctrinas económicas. Yo les prometo, que cualquiera que sea la distancia que de ellas me separe, no dejaré de tomar un vivísimo interés en sus trabajos, y concluyo brindando, por la prosperidad de la antigua ciudad de Cádiz.

GABRIEL RODRIGUEZ.

GALERIA DE HOMBRES CÉLEBRES.

I

EL REY QUE RABIÓ.

Una de las investigaciones que más en actividad ha puesto la curiosidad de la ciencia moderna, es la averiguación de un sér desconocido, fuera de toda época, ignorado en las tradiciones más remotas, perdido en la oscuridad de los tiempos más lejanos, sin que haya dejado ni el más ligero vestigio de su paso por la tierra.

Viene á ser un problema planteado sin términos, cuya incógnita es siempre cero.

En rigor equivale á buscar á tientas, en medio de la oscuridad más profunda, una cosa que no se le ha perdido á nadie.

Más claro: es, en resumen, la averiguación de la autenticidad de un hecho que nadie sabe.

Ello es que la ciencia, semejante al espejo maravilloso de Dupotet, se obstina en reflejar una imagen, cuyo original no se encuentra en ninguna parte.

Este sér, digámoslo así, abstracto, realmente anónimo, y aún pudiera decirse científico, recientemente concebido por la fecundidad de la ciencia ha necesitado un nombre interino y una fecha inde-

terminada para poder hombrarse con el resto de los mortales, mientras no aparece de algun modo, bien la partida de bautismo ó la partida de defunción que dé testimonio de su existencia.

Un nombre no es ciertamente una dificultad invencible, y los sábios tenían además necesidad urgente de designarlo de alguna manera para saber á lo ménos á quién buscaban.

El nombre y la fecha resultaron espontáneamente, y de la noche á la mañana se nos anunció la próxima aparición en los fastos científicos del *hombre prehistórico*.

Hombre prehistórico, quiere decir hombre que está al otro lado de la Historia, más allá de Adam, é indudablemente más allá de sí mismo; en una palabra, el hombre anterior al hombre.

Las señas que la designación nos proporciona, no son, en verdad, inequívocas, porque *hombre*, como se ve, lo es cualquiera, y es patente que lo son muchos que no debieran serlo; y por lo que hace á lo de *prehistórico*, no es un dato bastante preciso para que sea posible identificar su persona, pues traduciendo al lenguaje vulgar la sabia designación con que se nos presenta, tenemos que *prehistórico* quiere decir simplemente: échele usted un galgo.

Sería curioso saber qué razones particulares inclinaron su ánimo para hacerle guardar durante el tránsito de su vida por la tierra, tan riguroso incógnito; mas se ocurre que debieron ser razones de mucho peso, en atención á que ha llevado la tenacidad de su propósito hasta el incógnito póstumo.

Evidentemente, no confió á nadie el secreto de su nacimiento, llevándose el íntegro al otro mundo y dejando únicamente á la perspicacia de nuestro siglo la gloria de adivinarlo.

A pesar de la oscuridad que rodea el misterio de esa existencia humana, se descubre un rayo de luz, un hecho incontestable: es de toda evidencia que nada hizo para legar á su posteridad más inmediata ni la más ligera memoria de su vida.

Esto es algo; discurramos.

Para renunciar un derecho, es preciso poseerlo; lo que no se posee no se renuncia.

Ahora bien. ¿Cómo pudo renunciar á que su vida se reflejara en la memoria de los hombres que le sucedieron, si no poseía aquella misma vida que habia de reflejarse?

Vivió, pues, en una vida oscura, solitaria, impenetrable, cierto, pero vivió.

Mas ocurre preguntar:

¿Tuvo hijos?

Necesariamente: nosotros mismos somos el testimonio de que los tuvo.

Y bien: ¿Aquellos hijos no conocieron á su padre? ¿No tuvieron nada que contar de él á los hijos de sus hijos?

No, porque en su empeño de ser perpétuamente desconocido, debió apelar al recurso de morir antes de tenerlos.

Otra vez nos sale al paso la obstinación de ocultarse, el designio tenaz de esconderse, el propósito invencible de incomunicarse con las generaciones que habian de sucederle.

Nuestra curiosidad, escitada de nuevo, pregunta: ¿Por qué?

La vida en medio de aquella naturaleza acabada de hacer, cuando todo empezaba á ser y todo convidaba á vivir, no habia de sentirse de un modo tan insostenible que el *hombre prehistórico* renunciara á la satisfacción de prolongarla más allá de la muerte, viviendo en la memoria de aquellos que á su vez le debian el beneficio de haber nacido.

No se puede creer que fuese un padre tan desnaturalizado que rompiendo en un momento de mal humor los vínculos más estrechos de la sangre, de la familia y de la especie, abandonara á sus propios hijos á la inclusa del mundo, dejando toda su posteridad condenada á orfandad perpétua.

¡Ah! ¿Quién sabe!... Acaso comprendiendo todas las desdichas que debian caer sobre sus descendientes, ladeó sencillamente el bulto dejando que Adam cargara con el mochuelo del género humano, legándole por toda herencia la responsabilidad del triste destino que alcanza el hombre sobre la tierra.

Quizá no comparece ante el juicio de las generaciones, temeroso de avergonzarse al tener que reconocer en nosotros su descendencia.

El caso es que conserva acerca de su existencia la más profunda reserva. Se pregunta á la tradición y enmudece, se pregunta á la historia y calla: nos dirigimos á la razón y mueve la cabeza, se muerde los labios y se encoge de hombros. La ciencia se cruza de brazos.

Cierto, pero hay un testigo que ha debido recibir el secreto de sus últimas confidencias... él posee en depósito el testimonio de su vida. Este testigo, mudo hasta hoy, puede hablar, y si habla se descortará el velo que ciega nuestros ojos y el *hombre prehistórico* aparecerá en toda la realidad de su sér primitivo allá en la penumbra del mundo, semejante á una sombra evocada por los conjuros de la ciencia.

Este testigo es el sepulcro, el gran sepulcro de la tierra que debió tragarse aquellas generaciones, ni más ni ménos que se traga las presentes. Hay, pues, que interrogar á la oscuridad de la muerte acerca de los misterios de la vida.

Como si se tratara de un crimen abominable que la sociedad no puede dejar impune, la ciencia ha pregonado la cabeza del culpable, y hay que presentarlo vivo ó muerto.

Se trata pura y simplemente de una exhumación, y sólo falta dar con los restos mortales que se buscan.

Se puede decir que la ciencia ha levantado un muerto y sólo falta el cadáver.

Sí, la tierra no es tan avara de los secretos que se le confían, que alguna vez no los descubra; preguntadle y contestará; porque al fin es una vieja habladora que todo lo dice: si tuviera brazos, hablaría por los codos.

Vedla; apenas puede contener el secreto de las simientes: basta un soplo de aire, un rayo de sol y una gota de agua para que publique por todas partes el misterio de su fecundidad. A lo mejor, rompe la dureza de la roca y arroja á la publicidad manantiales inesperados que no sabe ocultar en su seno. Ella es la que, golpeándose el bolsillo como un hombre satisfecho de su opulencia, ha dicho: esto es plata, esto es oro, esto es hierro; ella misma es la que, haciendo alarde de la inagotable pompa de su fausto, nos ha descubierto las variadas generaciones de sus piedras preciosas. Todo lo dice: por la boca de los volcanes, nos habla con impetuosa elocuencia del fuego interior que la devora, y con los estremecimientos del terremoto, nos cuenta hasta las más íntimas palpitaciones de su vida.

Loca, mil veces loca, hace de continuo ostentación de sus riquezas y nos habla á todas horas de sus secretos, como si pretendiera sobornarnos y seducirnos para avivar en nosotros el ciego afán de poseerla.

En la formación geológica de sus capas sucesivas, guarda como apuntes de la historia de su vida un museo arqueológico. Allí, de la misma manera que se conserva una mariposa entre las hojas de un libro, ha ido depositando los recuerdos fósiles de las más antiguas aventuras de sus primeros años.

Cada una de estas capas, representa una época, un período de tiempo; son como las señales que van marcando el paso de la tierra por sí misma, como las piedras miliarias de un camino recorrido.

Pues bien; no hay más que descender al fondo de esas capas superpuestas, y allí, como en el fondo de una cámara oscura, debe estar estereotipada, fotografiada, profundamente impresa la imagen del *hombre prehistórico*.

Ya tenemos, pues, en la mano la caja misteriosa: no hay más que abrirla: es el sepulcro donde descansa la imagen de sus restos mortales, y vamos á exhumarla: es el retrato auténtico, hecho por la naturaleza, y no nos será lícito desconocerlo; pero antes de descender el velo que nos oculta el misterio, antes de levantar la triple losa del sepulcro que nos oculta el cadáver, busquemos en el hombre mismo la filiación de su nacimiento.

Ningun sér de la creación ha podido nacer antes de que pudiera vivir. Es verdad que en el mundo en que nos encontramos viven gentes que no sabemos cómo pueden vivir; pero en este punto, la naturaleza es más exigente que la sociedad: no consiente que nadie viva sin las condiciones necesarias para vivir; por eso no permite que el cedro nazca en el fondo de los mares, ni autoriza al pólipo para que respire el aire puro de la atmósfera en la cima de las montañas.

Cada época geológica establecía condiciones particulares necesarias para que pudiera subsistir en ella la vida orgánica, y sea lo que quiera, la prisa que el hombre tuviera en venir á la tierra, debió, como el borracho del cuento, cruzarse de brazos y apoyándose en la esquina de la eternidad, esperar que pasase por allí su casa para entrar en ella; y es evidente que el hombre no nació hasta que pudo vivir; ni la Providencia ni la naturaleza habrían incurrido jamás en la extravagancia de dar vida á lo que no podía recibirla.

En el orden de la superioridad, el hombre es el primero de los seres creados sobre la tierra, y por lo mismo en el orden cronológico de la creación es el último, por que sin duda ya estaba concebida aquella idea de suprema justicia y de inmensa sabiduría en la que está prometido que los últimos serían los primeros.

Aquí nos encontramos detenidos sin poder pasar de la última transformación geológica, frente á frente de Adán que nos corta el camino diciéndonos muy tranquilamente: detrás de mí no hay nadie; yo soy el primer pié humano que ha pisado la tierra.

Muy bien; pero nosotros no nos dejamos engañar fácilmente, y no nos basta el simple testimonio de su palabra. La vanidad tan propia del hombre pudo muy bien sugerir á Adán la idea de legar su nombre á la memoria de las generaciones futuras como el del primer propietario del mundo. Si por una parte aceptó la responsabilidad de haber perdido el Paraíso, no quiso, por otra parte, renunciar el derecho á nuestra gratitud dejándonos en usufructo el patrimonio de todas las riquezas de la tierra.

Muerto una vez á las delicias de aquella existencia sin necesidades, sin dolores y sin angustias, claro es que querría perpetuar su memoria en nuestra admiración, instituyéndonos herederos del gran legado del mundo, cuya propiedad habia adquirido á costa de su felicidad y de su vida.

Ciertamente, no es Adán un testigo irrecusable, y hay que buscar en la herencia misma el testimonio del primer propietario. Se puede decir que su celebridad nace de una usurpación de estado civil, porque se nos ha metido en la cabeza que el

primer hombre que vino al mundo, es posterior á sí mismo; digámoslo de una vez, que Adán no es Adán.

He aquí por qué nos hemos propuesto encontrar en las profundidades de la tierra los restos mortales del *hombre prehistórico*; y si tropezamos con algun vestigio humano en cualquiera de las zonas geológicas en que el hombre no pudo subsistir, Adán se quedará en mantillas, y nosotros habremos conquistado el honor de una antigüedad más respetable.

La ciencia sabe muy bien dónde le aprieta el zapato, y firme en sus trece, pregunta á la sucesión de las capas geológicas si ha pasado por allí el difunto; pero la tierra esta vez calla, como un sepulcro vacío, y al cadáver del *hombre prehistórico*, tenazmente oculto en el último rincón de su ignorada sepultura, se le reirán los huesos ante la burrada curiosidad de su sábia descendencia.

Tal es el estado científico de estas ruidosas investigaciones, cuando me ha ocurrido la idea de desenterrar la misteriosa galería de los personajes más célebres que han existido en el mundo, y hallándome manos á boca con la sombra indecisa del *Rey que rabió*, he creído ver un rayo de luz en medio de tantas oscuridades; un mundo desconocido ha pasado por delante de mis ojos, y dando una palmada sobre la mesa, que no siempre ha de ser sobre la frente, y apelando al vigor de una lengua muerta para dar mis vida á mi pensamiento, he gritado como Arquímides: «Eureka.»

Si; la tradición enmudece, la historia calla, la tierra se dá un punto en la boca, la razón vacila, la ciencia se detiene; pero me parece que la intuición popular habla.

Por las rendijas de esta antigüedad penetra un rayo luminoso; parece que la oscuridad intenta desvanecerse. Veamos. Pero no; no nos anticipemos la emoción que ha de causarnos la sorpresa del descubrimiento. Tengamos la serenidad de las grandes ocasiones. Primero una cosa y luego otra; orden sobre todo.

Ya está aquí la luz.

Muy bien: mañana veremos.

J. SELGAS.

LOS DESCUBRIMIENTOS PERGAMÉNICOS.

HECHOS POR EL INGENIERO PRUSIANO CÁRLOS HUMANN.

En breve se despedirá de nosotros el año de gracia de 1879, año de júbilo para Alemania por los descubrimientos *pergaménicos*, por la maravilla que produjeron los géneos de la mágica escultura que en el siglo de Alejandro, como las flores en Abril, brotaron, por tantas joyas ingentes que el Museo de Berlín ofrece ufano á la ardiente admiración del mundo; pero año de duelo para España, la cual, si el día de las bodas de su Rey con la princesa María Cristina saboreó una de esas expansiones que, por lo legítimas y solemnes, forma, según dice un escritor español, sin estar impuestas por Santoral alguno, los pocos, pero verdaderos domingos que hay en el almanaque del sentimiento popular tuvo la desgracia de ver un *Dies irae* que de la huerta murciana hizo inmensa sepultura. Pero abrióse luego la puerta del cielo: la caridad; la caridad sacrosanta, ante la cual no hay Pirineos, la caridad cuya patria es el mundo y cuya morada es la del llanto, voló á esparcir, cariñosa, sus consuelos y á enjugar las lágrimas. Acudió la noble Francia, tendiendo su mano al hijo desnudo del Táder y la ayudó con su aliento á tornar de su desmayo. Y tú también volaste, *Colonia* mía, á trocar las espinas en perfumadas flores, á derramar piadosa un bálsamo en el herido corazón de Murcia, como si esta fuese tu hermana. No puedes organizar, como París, fiestas sin rival en las fastos de la caridad, fiestas demasiado maravillosas para no ser casi soñadas; pero cuanto puedes lo haces con afán ardiente: tus cantores, que con las canciones rrinianas que cantaron en Londres, se hicieron los Amfiones de nuestra catedral, cantarán también en beneficio del país que adoptó á tu hijo. Quien como tú, Colonia, toma parte en la desgracia de España, recordando que cerca de tus puertas estaba la cuna del padre de Hartzenbusch y que tú presentaste á su espíritu recto la devoción en tus augustos templos, habrá participado también de la satisfacción de Berlín, que ha de ser la de Alemania toda.

Si el público de nuestros días tuviese todavía aquel entusiasmo ardiente por lo bello é ideal que lo llenaba todo en los tiempos felices del *Renacimiento*, un júbilo parecido al que en Roma, á fines del siglo xv, produjeron los descubrimientos de esculturas antiguas en viñas y en escombros de casas de campo, haciendo temblar á veces á los Papas por la popularidad de sus santos, un júbilo inmenso hubiera penetrado cual rayo á la nación alemana al saber que por un favor singular de la fortuna, en los mismos años en que á nuestras expensas y merced al celo y á las investigaciones de nuestros sábios, se sacan del seno maternal de la tierra, á la luz del día, en el recinto de la sagrada *Olimpia*, obras de hermosura inmortal para ser colocadas en el Museo Nacional de Atenas como prueba de nuestro desinterés, de nuestro amor puro á la ciencia y al arte, de nuestro idealismo proverbial, se descubrieron en el suelo del antiguo *Pergamon*, merced al talento práctico de un ingeniero alemán, Mr. *Cárlos Humann*, tesoros peregrinos, obras del arte de la esclarecida *escuela pergaménica* que floreció en el siglo tercero antes

de Jesucristo, el monumento casi único de una época importantísima, aunque hoy casi desconocida de la escultura helénica, obras prodigiosas que por la cantidad de los trozos conservados son las más grandiosas de todas las esculturas griegas, no siendo superadas en cuanto á su importancia y á su valor artístico y arqueológico, sino por las del Parthenon y por algunas obras del siglo cuarto antes de Jesucristo que se descubrieron en el suelo helénico. Y estas obras antiguas de mármol, tan ricas como artísticamente bellas, bastantes para llenarnos con el encanto infalible de la desvanecida primavera del pueblo helénico, con el aliento de una revelación nueva; estos inauditos tesoros *pergaménicos*, sacados del suelo clásico por patrióticos alemanes al amparo de derechos legalmente adquiridos, son la conquista más honrosa y más bella del imperio alemán. Ya hizo su entrada en el Museo de Berlín la mayor parte de los tesoros, proporcionando al Sr. *Humann* una gloria parecida á la del cardenal Julian y al emperador Guillermo y al príncipe de Bismark, una aureola que no ha de envidiar á la de los Pío II y Julio II.

Aunque lo bello debe ser patrimonio de la humanidad, es humano y es para los pueblos cosa de orgullo nacional aspirar á la posesión exclusiva de alguna reliquia grandiosa del mundo helénico, esa plenitud de la vida, esa primavera de la humanidad. Así Italia tiene las esculturas vaticanas, las colecciones capitolinas y las de Letran y de los Uffizi; Francia y el Louvre se glorían de las *Vénus de Milo*; Inglaterra, que se creía privilegiada para adquirir los tesoros de las ruinas de la cultura antigua, posee en aquellas preciosísimas esculturas del Parthenon que, adquiridas acaso ilegalmente por lord Elgin, se llaman *Elgin marbles* (mármoles de Elgin), los únicos testigos del florecimiento más alto del arte helénico. Pero á los alemanes, poetas de la Historia universal, que siempre llegamos tarde, la suerte nos había deparado, los Eginetes que conserva el pueblo bávaro á las orillas del Isar. Y ahora, gracias al descubrimiento más sorprendente, el Museo del átomo Berlín se encuentra de improviso puesto al frente de todos, pudiendo por sus tesoros *pergaménicos* rivalizar con Londres y París, así como hace años, gracias á los descubrimientos de vasos antiguos de plata de Hildesheim, pudo disputar la primacía á los Museos de Nápoles y Roma.

Lo que descubrieron en Pergamo, llena dos salas del Museo de Berlín: véase sobre algunas mesas cantidad de piernas, brazos y dedos rotos, mientras sobre otras están narices, orejas y quijadas; pero al lado de aquel caos de *disjecta membra*, hay ya veinte trozos de figuras que forman grupos enteros; y aunque muchas cabezas magníficas llevarán siempre la maldición del fragmento, aun después de haber llegado á Berlín las 200 cajas que están todavía navegando viento en popa, conteniendo otros restos descubiertos en el Acrópolis de Pergamon, y aun después de terminado el penoso trabajo divinador de buscar en medio de esa confusión de escombros las narices que correspondan á los rostros, las orejas que correspondan á las mejillas, lo que ya se vé nos entusiasma y nos embriaga sobre manera, resultando el asunto que es la *gigantomaquia*, la lucha del mundo de los dioses olímpicos con los poderes personificados de la naturaleza, los hijos de la tierra y del mar, inclinándose la victoria hácia los dioses y lamentando la Madre Tierra la perdición de sus hijos. No hay elogios bastantes para encomiar el tecnicismo: jamás el mármol ha visto un triunfo más soberano del pensamiento, una victoria más brillante de la contemplación artística de la naturaleza. Aquí no se vé piedra, sino carne viva, carne robusta y blanda, carne juvenil y vieja, carne pingüe y nervosa; aquí se ven telas verdaderas, sandalias de cuero adornadas de oro, cabellos ondeantes, combinaciones monstruosas de cabezas humanas y troncos de serpientes, colas de peces y alas, mostrando la verdad y unidad de organismos naturales. Aquí se hermana la tradición del mito helénico con el espíritu fantástico del Asia. Demuéstrase en la formación de las cabezas el sentimiento todavía puro de la forma, la nobleza del arte griego, que en medio de pueblos bárbaros celebraba en aquel puesto solitario un segundo florecimiento exuberante.

Lo que se vé en el Museo de Berlín, arroja clara luz sobre una época del arte en la que á los antiguos ideales austeros y sencillos los substituyó un rasgo de representación realista, sobre una época de la cual se citaba hasta hoy como obras más características y excelentes el grupo de Laoconte, el *Galo moribundo* del Capitolio y aquella obra que se conserva en la *villa Ludovisi* de Roma, siendo antes conocida con el nombre de *Arria y Panto*, pero que representa, según la opinión de todos los eruditos, á un *galo que mata á su mujer* para salvarla de esclavitud é ignominia. Lo que se vé en el Museo de Berlín nos da á conocer la famosa *escuela pergaménica* que siguió las huellas y el estilo y tecnicismo de Lisipo, cultivándolos en lo animado, en lo apasionado, en lo patético y alcanzando su apogeo en la representación de escenas horribles de guerra, ejecutadas con el tecnicismo más refinado. Escusamos decir que Lisipo floreció en tiempos de Alejandro Magno como quinto de los grandes estatuarios helénicos, estando sin rival, cada uno en su género, los Fidias y Policeto, Skopas y Praxíteles.

Echamos siquiera una ojeada sobre el tiempo en que se levantó el monumento *pergaménico*,

hoy gloria de Berlín y envidia del extranjero.

El dueño del Asia Menor, Lisimaco, había nombrado custodio de sus tesoros al eunuco Filotero, que en pró de su señor, custodiaba nueve mil talentos en el castillo de Pergamon, situado en Misia, en frente de la isla de Lesbos. Pero cuando la gloria de Lisimaco se eclipsaba ante la de Seleuco Nicator, el astuto eunuco se inclinó hacia el nuevo astro brillante, y después de extinguido también éste, siendo muerto Seleuco Nicator, por Ptolomeo Kerauno, á principios de 280, antes de Jesucristo, Filotero se hizo independiente. Le siguió su sobrino Eumenes I, que reinó desde 263 á 241, empezando su reinado con la victoria que alcanzó sobre Antioco Soter, y defendiendo su reino contra las invasiones de los celtas, que se habían establecido en Galatia, poniéndose como mercenarios á la disposición de cualquier señor. Bajo el reinado de su señor Atalo I, que reinaba desde 241 á 197, el terror gálico creció de un modo insuperable; invadieron los galos á Misia, imponiendo á las ciudades tributos excesivos hasta que Atalo los aniquiló en 238 en una batalla terrible, que tuvo lugar cerca de la capital de su reino. El título de rey lo adoptó después de vuelto á su Acrópolis, haciéndose digno del nombre régio, según dice Tito Livio, por la grandeza de su espíritu y en memoria de sus brillantes hechos de armas, y en honor de los dioses mandó ejecutar muchas obras del arte ofreciendo algunas, como el *Galo moribundo* del capitolio, el *Galo* de la villa *Ludovisi* y las ocho figuras marmóreas que Bruno descubrió en Venecia, Roma y Nápoles, al Acrópolis de Atenas, y erigiendo en su capital un altar inmenso, teniendo de alto 40 piés, de que dice un escritor del siglo III de nuestra era, Ampelio, que fué adornada con representaciones de la *gigantomaquia*, poniendo aquel monumento los triunfos obtenidos por el rey Atalo, en comparación directa con las guerras de los dioses, de los héroes y de los gigantes de la mitología helénica.

El mérito de haber descubierto y reconstruido aquel grandioso altar *pergaménico*, corresponde á los prusianos *Humann* y *doctor Couze*. Siendo el primero de éstos un ingeniero de Vestfalia, encargado en 1865 por el Gobierno turco de construir una carretera entre la ciudad de Bérgamo, que ocupa el sitio del antiguo Bergamon, y el puerto de Dikeli, distante tres leguas, vió que los turcos, armenios y griegos, sacaban del Acrópolis del antiguo Bergamon cuanto necesitaban para sus escaleras, ó sus piedras sepulcrales. Después empezó, asimismo, excavaciones, logrando encontrar tres fragmentos de relieves que en 1872, sin pensar en la importancia de su descubrimiento, envió al Museo de Berlín. Parecían los tres relieves enigmas indecifrabiles por lo fragmentarios, haciéndose esperar su solución durante años enteros. Por fin, el que hoy está en Berlín al frente de la colección de antigüedades, el *doctor Couze*, después de haber descubierto el párrafo de Ampelio, relativo al altar de Pergamon, impulsó al Ministerio prusiano á conceder al ingeniero *Humann* recursos para hacer excavaciones en el suelo pergaménico; y habiendo logrado en Agosto de 1878 el permiso del Gobierno turco, merced á la habilidad diplomática del que fué embajador de Alemania en Madrid y hoy lo es en Constantinopla, el conde de Hatzfeldt, empezó *M. Humann*, ese hermano feliz del rey de los descubridores que se llama doctor Schliemann, sus trabajos de excavación el 9 de Setiembre del mismo año cerca del muro bizantino en que hace años había descubierto los tres relieves.

Del cabo septentrional de aquel muro descubrió el sitio donde se había levantado el altar. Pero las manos bárbaras habían derribado las esculturas de su lugar alto, empotrándolas con argamasa en el muro bizantino, de modo que los trabajadores de *Humann* habían de sacar cada piedra por medio de azadas, martillos y palancas. Ya el 12 de Setiembre se descubrieron once imágenes grandes, treinta fragmentos, y los fundamentos del altar. Según el cálculo de *Humann*, el friso que representa la *gigantomaquia*, se extendió en torno del altar, teniendo de largo 130 metros, y cubriendo los relieves un llano de 300 metros cuadrados. Se ha conservado la mitad del friso, habiéndose perdido una cantidad de mármol que se eleva á 20.000 quintales. Júzguese, pues, cuán inmensas deben de ser las dificultades para trasladar á Berlín esculturas de tanto bulto. Los gastos del transporte ascienden á 150.000 reales, costándonos los tesoros todos apenas 600.000, cifra baladí en comparación de su importancia. Sólo por haber guardado el secreto con prudencia tanta, mientras el Sr. *Humann* continuaba haciendo las excavaciones, pudo lograrse un resultado tan satisfactorio, pues si lo hubiesen sabido Inglaterra y América, á quienes tanto excita el vivo afán de poseer antigüedades, lo decuplo de aquella suma no hubiera bastado para asegurarnos aquel monumento único del arte.

Dentro de lo que Ampelio llama «ara» (altar), y que es un templo, descubrió *Humann* un friso menor que representa el mito de Telefo, cabeza del linaje de los Atalides, hijo de Hércules y de Auge. De aquel friso se han conservado 30 relieves que hasta ahora están encerrados en las cajas. En uno de estos se ve á Hércules en la misma postura que el Hércules Farnesio, que ostenta el estilo de Lisipo. Y eso demuestra que la escuela germánica se asociaba al gran maestro que inauguró el realismo de la escultura helénica. Después de la muerte de Alejandro Magno, los artistas que ha-

bían dedicado su génio á embellecer la corte del gran batallador, se dispersaron en todas las direcciones del viento, llevando el estilo de Lisipo, á cuyo poder nadie podía sustraerse, á las cortes de las dinastías menores que compartieron el reino de Alejandro.

Otra mirada sobre el friso de la *gigantomaquia* y concluyo.

Trasladó el artista genial el furor bárbaro de los galos á la lucha de los dioses con los gigantes, esas personificaciones de poderes sombríos de la naturaleza.

Los mismos dioses se destituyen de su grandeza y dignidad para lanzarse á la pelea con la misma pasión y con el mismo furor propio de fieras que los hijos de Gea (Tierra), participando de la lucha todos los animales simbólicos de los dioses, el águila de Júpiter, el perro de Diana, la pantera de Baco, la cual aumenta el poder verdaderamente dramático de la composición. Entre los dioses se reconoce á Júpiter que con su rayo derriba á Tifeo, el más potente de los gigantes, mientras Minerva, á la cual la diosa Victoria ofrece la corona, coje de los cabellos á otro gigante, á quien ha abrazado ya la serpiente de la diosa, mientras Gea, cuyo medio cuerpo se sumerge en la tierra, levanta sus brazos hacia Júpiter lamentando el exterminio de sus hijos. Se reconoce además á Apolo, á Aurora, á Diana acompañada de sus niñas, á Neptuno de sus centauros, y para que á la tragedia terrible no falte un rasgo cómico, vése detrás de Baco un pequeño fauno que lleno de celo cómico imita los movimientos de su señor.

Además de los dos frisos, se han descubierto en Pergamon inscripciones de gran valor científico y muchísimas esculturas, distinguiéndose entre estas una cabeza de mujer que por su hermosura imponente no podría compararse sino con la Venus de Milo.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 27 de Diciembre de 1879.

LA PSICOLOGÍA.

EN SUS RELACIONES CON LA FISIOLÓGIA.

En las primeras décadas de este siglo concurren diversas causas, en Francia sobre todo, para hacer desviar á los espíritus estudiosos del cultivo de la psicología, circunscribiendo su atención á las ciencias experimentales entradas ya en la vía de sus brillantes progresos. La psicología se había estancado por defecto de método. Fuera del análisis minucioso de nuestros sentimientos y percepciones, proyectados en el reducido foco de la conciencia, los filósofos de la era pasada no concebían otro procedimiento de investigación psicológica. De aquí resultaba que su ciencia del alma se reducía á estériles divisiones y clasificaciones aventuradas.

En vano Hobbes en Inglaterra había descubierto siglo antes la gran ley de la asociación de las ideas, verdadero hilo de Ariadna en el intrincado laberinto del mundo interno; este principio estaba destinado á quedar desconocido hasta tiempos mejor fecundados. En vano Kant, cuyo sentido crítico cada día tenemos mayores motivos de admirar, señalaba lo deficiente de la observación introspectiva y los peligros de erigirla en método exclusivo; otra época estaba destinada á recoger y practicar su doctrina. Los psicólogos continuaban ahondando el fondo inagotable de su propia conciencia, sin instrumento ni principio que los guiase, ni ayudase á verificar sus pesquisas, acumulando, según la frase del filósofo de Königsberg, materiales autobiográficos, que tomaban después por generalizaciones suficientemente depuradas. Así llegó, titubeando, la vieja psicología á la cátedra de Jouffroy, donde brilla un instante con los fulgores que le transmitía la elocuencia del maestro, para ir á morir con pálido resplandor en los últimos ecos de la enseñanza de Garnier.

Entre tanto otras ciencias que habían prestado oído más dócil á los consejos de Bacon (ó de Leonardo de Vinci, según hoy se pretende), impulsadas por los aciertos del método objetivo, habían visto extenderse considerablemente el campo de sus observaciones, y á la luz de leyes un día y otro comprobadas, desvanecidas las tinieblas que parecían insondables. ¿Qué mucho que sus adeptos, llevados de la natural tendencia del espíritu humano á la unificación, pretendieran explicar por las leyes ya conocidas todos los fenómenos, aún aquellos que estaban fuera del dominio de esas leyes? Tránsito, en este caso, ilegítimo, de la inducción á la deducción que se encuentra en la misma raíz del procedimiento científico.

Los progresos de la fisiología permitieron á Gall insistir en una verdad hasta entonces muy controvertida, señalando el encéfalo como asiento de la conciencia. Su sucesor Broussais se armó de esta doctrina para perseguir con burlas y sarcasmos la psicología. Vino Augusto Comte, y aplicó al debate un procedimiento tan cómodo como sencillo, y con el cual se descartó de todas las ciencias que no se plegaban á entrar en el estrecho círculo de su sistema: negó la psicología, y proclamó que los fenómenos subjetivos formaban la clase más elevada ó compleja de los que estudia la biología. Desde entonces la fisiología, que se había visto agobiada por las doctrinas animistas y vitalistas, reaccionó contra la psicología, y quiso explicar todos sus fenómenos por las leyes biológicas, es decir, por las leyes físico-químicas de la materia orgánica.

De entonces acá la biología, ó, circunscribiendo el término, la fisiología se ha enriquecido con tales datos, y ha enorgullado de tal modo el caudal de sus experiencias, ha legitimado tanto sus inducciones, que aparece pobre y mezquina la fisiología de los Broussais y los Comte. Ya no es aquella *novela de la medicina*, como se llamaba no hace tantos años; y aunque distinguidos maestros la consideran aún en vías de formación, no se le pueden negar los caracteres de una verdadera ciencia experimental. Tiempo han tenido y ocasión propicia sus pretensiones para depurarse. Por tanto, podemos

preguntar, sin que se nos trate de impacientes, ¿ha demostrado la moderna fisiología que los fenómenos de sentimiento, inteligencia y volición, son meras funciones del sistema nervioso? Esto es lo que vamos á ver.

Examinando los fenómenos vitales, así los más sencillos como los más complicados, encontramos que todos ellos pueden ser representados, á nuestro entendimiento, como distribuciones y redistribuciones de fuerzas, es decir, en función de movimiento.

La transformación y equivalencia de las fuerzas físico-químicas, nos explican lo mismo los fenómenos de nutrición y motilidad, que los fenómenos de cristalización. Las oxidaciones que se verifican en nuestros tejidos, no difieren de las que tienen lugar en los cuerpos inorgánicos. Pues si bien se ha objetado que la oxidación de los albuminoides, grasas é hidrocarbonados requiere en los laboratorios una temperatura muy elevada, mientras en el cuerpo de un animal le basta una temperatura de 36° á 48°; es suficiente saber que esas mismas combinaciones se obtienen á bajas temperaturas, empleando el oxígeno ozonizado; y todo induce á creer que, en los glóbulos rojos de la sangre, el oxígeno de la materia colorante se halla en el estado de ozona.

Que este movimiento atómico se transforma en calor en electricidad y en movimiento mecánico es ya un hecho comprobado; y que esta transformación se verifica por equivalentes también está demostrado. Así el calor desarrollado y el trabajo muscular están en razón inversa. Hoy sabemos que el calor producido por el organismo humano, en reposo, puede evaluarse en 1'87 calorías por minuto, y en 4'50 si está en acción; el trabajo muscular del cuerpo humano, en reposo, es igual á 59 kilogrametros por minuto y en movimiento, á 108 kilogrametros. La comparación solo depende ahora de cálculos sencillísimos.

Aquí vemos como uno de los caracteres específicos de la sustancia orgánica, la motilidad, que entra en la gran generalización de los fenómenos objetivos, conocida por ley de la conservación de la energía. ¿Podemos decir otro tanto de la innervación? Todo nos autoriza á afirmarlo. Pero ¿qué clase de movimiento es el de la fuerza nerviosa? Aquí surgen ya las diferencias. Sin embargo, no nos detengamos en ellas, y aceptemos la *hipótesis* que nos parece más satisfactoria, y que es precisamente la que tenemos por más favorable á los fisiólogos; digamos que la fuerza nerviosa es una onda de transformaciones isoméricas. El movimiento transmitido por la sustancia blanca de un nervio aferente puede ser representado como ingeniosamente lo procura Spencer, por la trasmisión del movimiento sensible á lo largo de una hilera de ladrillos puestos de canto, y colocado de manera que cada uno, al caer, dé sobre su vecino. Tenemos el conductor, conocemos en globo el receptor común; pero quiero ir más lejos, quiero aceptar las localizaciones últimamente señaladas, para que podamos decir que sabemos no solo por dónde va la impresión, sino el lugar preciso del encéfalo á donde vá á terminar; acepto también que las fibras comisurales la transmitan á otros centros, para regresar, *transformada* en impulsión motriz, por los nervios eferentes á la periferia de donde partió.

Precisaré más mi idea. Los rayos de luz, esto es, las vibraciones etéreas, que irradian de la superficie de un cuerpo vivamente coloreado vienen á caer en mi retina; las varillas ópticas desempeñan su función electiva y comunican la vibración adecuada á los filetes del nervio del segundo par. Sigue la impresión el camino de todos conocido y va á parar á los tálamos ópticos, diré más, á aquella de las cuatro divisiones de los tálamos á que se ha asignado el papel de receptor especial de las impresiones de la vista. De allí pasa por las fibras comisurales á la capa más superficial de la materia gris de los emisferios, materia admirablemente dispuesta, por su composición química y disposición molecular, para irradiar y aumentar las vibraciones recibidas; de la capa superior descende á la subyacente, de ésta á la inferior, de allí, convertida en impulso motor, á los cuerpos estriados, los cuales lo dirigen por los nervios eferentes á los músculos que mantienen en posición tan inestable el globo del ojo, y éstos colocan el órgano en la situación mejor adaptada para reconocer cuidadosamente el objeto que produjo la impresión.

Todo esto es sencillísimo. Nuestro entendimiento se lo representa sin embarazos. La vibración etérea se transforma en un movimiento de moléculas, cuyo circuito nos es dado recorrer, pues ya conocemos la topografía cerebral lo bastante para seguir sus trazas. Pero, francamente, ¿está dicho todo? ¿Nos lo hemos representado todo? ¿Lo hemos comprendido todo?

Adviértase que he reducido el problema á su más simple expresión, no he hablado más que de *impresión* y de *impulso motor*. He hecho del acto de la visión una acción refleja. Pero me ha sido forzoso decir que la una *se ha convertido* en el otro; no he podido evitarlo, y cuenta que lo he procurado muy sinceramente. Pues yo pregunto, ¿ese tránsito tan sencillo, verbalmente, de una corriente ó onda, que repete en un punto dado y retrocede por otros canales, á la nueva forma con que retrocede para producir eso que he llamado adaptación más conveniente del órgano al objeto, queda suficientemente claro á nuestra comprensión? Quiero suponer que sí, quiero suponer que esta explicación mecánica nos basta. La acción refleja está explicada. Ya se por qué una medusa se estremece al recibir los rayos solares en aquella mancha de pigmento negro que es su ojo. Mas habría sobradísimo derecho para tachar mi análisis de incompleto, de incompleto por extremo. No pasan así las cosas, cuando no es una medusa, cuando es un hombre el que ve. Allí, en esa división de los tálamos ópticos, la impresión, es decir, la vibración nerviosa ha producido eso, se ha transformado, como se quiera, en eso que se llama *sensación*. Nuestro yo *ha sentido* que ha puesto en vibración nuestros tractus ópticos. Y pregunto de nuevo ¿qué forma de movimiento conocido nos da una idea, no ya adecuada, pero ni siquiera aproximada, de cómo se verifica este cambio de la impresión, en sensación? ¿La sensación es una corriente? ¿Es una vibración? ¿Es un arreglo de moléculas? ¿Es una fuerza de tensión que se convierte en fuerza viva? Porque todo esto podemos decirlo de la impresión, porque lo concebimos; pero ¿lo concebimos de la sensación? Aquí está el problema.

No basta decir la impresión se transforma en sensación; hay que decir cuál es la forma que toma la onda nerviosa cuando deja de ser impresión y pasa á ser sensación.

La fisiología estudia todos los fenómenos de una contracción muscular, puede determinar las moléculas que se desgastan, la cantidad de calor producida, señala hasta el combustible que produce ese calor, sabe cómo y por dónde vienen los materiales que han de reparar las pérdidas sufridas; todo esto es objetivo, son tejidos que se integran y desintegran, son formas diversas de un vertiginoso movimiento de moléculas. Muy bien; pero nada de esto sucede, cuando llegamos á asistir al espectáculo de una impresión que se hace sensación, percepción é idea. Ninguna forma de movimiento nos lo explica; no hay átomos, ni moléculas, ni células, ni tejidos que con sus diversas agregaciones vengan á colmar este abismo. Estamos en presencia de lo inexplicable. Reconozcamos nuestra actual impotencia; no vayamos, en odio á la hipótesis y por horror á arqueas de quienes nadie se acuerda, á aceptar la más aventurada, la más atrevida de las hipótesis.

Estamos en el límite de dos mundos. Audaces exploradores han penetrado resueltamente en estas densas tinieblas. ¿Han proyectado en ellas alguna luz? Muy poca.

Hay una cosa muy importante que tener presente, y que conviene recordar, para prevenir cierta clase de objeciones. Todo fenómeno subjetivo va invariablemente acompañado de un fenómeno objetivo; á todo acto psicológico responde un hecho fisiológico. Pero ¿el uno es el otro? Todos lo creemos así; mas nadie lo sabe. Profesores eminentes se han dado á estudiar, con el rigor de los métodos experimentales, este lado objetivo de los estados anímicos; así se ha creado la psico-física. Mucho han adelantado, demostrando el sincronismo constante á que hemos hechos referencia; pero ninguno ha podido decirnos cómo se vuelve esta hoja para mostrarnos cada una de sus caras.

Weber formula su gran ley, su gran aproximación de la correspondencia de la excitación y la sensación. Se admite en lo general que, para que ésta crezca en proporción aritmética, tiene que crecer aquella en proporción geométrica. Delbœuf nos da su ley de la *progresión, degradación y tensión* de las sensaciones, que con escasa atención es fácil comprobar. Helmholtz, Donders, Hirsch, Marey, Wundt han llegado á determinar la celeridad del pensamiento; el tiempo trascurrido entre la impresión y la contracción muscular que le responde; así sabemos que una impresión visual recorre su círculo en $\frac{1}{3}$ de segundo, una auditiva en $\frac{1}{6}$, una en $\frac{1}{10}$. Donders establece que la solución de un dilema muy claro exige $\frac{1}{16}$ de segundo. Pero, guardémosnos de una ilusión; todo eso no es más que trabajar sobre la parte objetiva; sabemos que la onda nerviosa se propaga con tal ó cual velocidad; mas el problema tenebroso queda en pie: ¿cómo se transforma la excitación en sensación? ¿Qué clase de movimiento es la sensación, es el pensamiento? Aquí acaba la experimentación y comienzan las teorías.

Nada nos enseñan las *nativistas*, como las llama Helmholtz, cuando nos hablan de *disposiciones nativas*, de los órganos si son materialistas; de la conciencia, si son idealistas. Las teorías *empíricas* tampoco nos hacen adelantar más, cuando nos dicen que la idea es el resultado de la experiencia. Y las teorías psicológicas de la escuela alemana, cuando nos dicen que la percepción, y cuando refieren esta síntesis á un procedimiento lógico inconsciente, anuncian ideas quizás fecundas, pero que aún nos dejan rodeados de tinieblas, pues no hacen sino trasportar á campo más remoto el nudo de la dificultad. No olvidemos que el mismo Wundt, el gran sustentador de esta doctrina, confiesa que la fisiología sólo nos da cuenta de las *condiciones físicas* que presiden á los actos psicológicos elementales.

Ahora bien; los fenómenos psíquicos no pueden ser estudiados meramente bajo su aspecto fisiológico, puesto que éste acompaña, pero no explica el otro, luego la psicología no puede ser racionalmente una parte de la fisiología.

¿Quiere decir esto que esos fenómenos no pueden ser materia de conocimiento, no pueden agruparse en generalizaciones, no pueden regirse por leyes, no pueden formar una ciencia? ¿Qué necesitan mis contraditores para dar por constituida una ciencia? Desde luego me contestarán: Un objeto, una serie de fenómenos suficientemente distintos de los estudiados por las ciencias reconocidas tales; repetidas combinaciones de estos fenómenos que nos lleven á inducir leyes, últimas dentro de su dominio; el tránsito, por último, del método inductivo al deductivo, piedra de toque de toda ciencia ya formada, tránsito que permite pasar de la especulación á la aplicación, á la práctica, *desideratum* de todo orden de verdades; pues, como ha dicho muy bien un gran lógico, el supremo criterio de la verdad, es la acción. La fisiología llena hoy estas condiciones, por eso es ciencia; la psicología también las llena, voy á demostrarlo.

Comenzaré por colmar los vacíos de aquel ejemplo que há poco presentaba. La sensación lumínica que llegó á mis tálamos ópticos se transformó en percepción, y reprodujo ante mi conciencia la imagen de este tapete que cubre la mesa á cuyo derredor estamos. Este acto simplísimo ¡cuántos implica! ¡cuántas percepciones anteriores de color, de forma, de blandura, de rugosidad, que me permiten, en un instante, clasificar este matiz, esta figura, esta tela, para referirlos á un sólo objeto, el tapete, y ayudarme primero á distinguirlo de los demás objetos diferentes á él! Además, la imagen de un tapete no es sólo lo que llega á mi conciencia, es la imagen de este tapete, porque recuerdo que es un tapete con el cual estoy familiarizado; á la percepción del tapete viene á unirse la *idea* del tapete conocido, la cual como que arrastra una serie infinita de otras ideas que se relacionan con este objeto y se van aglomerando á él desde el punto en que lo ví por vez primera; los amigos que nos hemos agrupado en torno de la mesa que cubre, las obras que se han leído aquí, los juicios que han provocado; todo un mundo de ideas, que se suscitan, se llaman, se agolpan, se agrupan, se funden y se van sucediendo en el ilimitado campo de la conciencia.

De súbito, una de estas ideas despierta una emoción, actual ó rememorada, y todo mi sér íntimo entra en conmoción. Aquel sentimiento ha despertado pensamientos melancólicos, ha tenido de una tinta opaca aquel teatro, antes tranquilamente alumbrado por la luz de recuerdos plácidos, y

todo tal vez por la memoria de una carta que encontré sobre esta mesa y era portadora de malas nuevas. Nace la repulsió, nada la combate, deseo quitar de mi vista el objeto que provoca mi malestar, y ya está formada la volición; obedecen mis músculos, y vuelvo á otro lado la cabeza, llevando pintados en la fisonomía los rasgos del disgusto. De propósito, he sido lacónico, hay aquí para agotar el más abundante talento descriptivo. ¿No tenemos delante un conjunto variadísimo de fenómenos, que no pueden confundirse con ningunos otros? Es indudable. Hemos salido de la región de lo objetivo: estamos en plena subjetividad.

No me negarán esto los señores fisiólogos, pero me dirán: los fenómenos existen, ¿dónde está el método para estudiarlos? ¿El método? La psicología no tiene un método; tiene todos los procedimientos de investigación que hoy emplean las ciencias objetivas. Tiene su viejo método, el de la observación introspectiva; pero lo completa con un método puramente objetivo. Es verdad que no puede provocar los fenómenos á su capricho, alterarlos ni variarlos, según las exigencias de la observación experimental; pero el procedimiento comparativo, sagazmente aplicado, le presta los mismos servicios. Estudia el psicólogo, no ya sólo su conciencia de hombre adulto, de raza superior, de instrucción extensa, provocando artificial y dificultosamente sensaciones, percepciones, juicios y emociones pasadas, sino que estudia las manifestaciones externas de los actos psíquicos en el animal, recorriendo la escala zoológica; en el niño, siguiendo las fases de su desarrollo; en el salvaje y el bárbaro, avanzando según las etapas de la civilización; en el ignorante y el de educación mediana, para ver las capas todas de la vida social. Aeccha los casos en que la naturaleza ha introducido las variaciones que no le es lícito ensayar, y examina las neurósís vesánicas, la manía, la demencia, la idiocia, la criminalidad congénita. Llama en su auxilio á las otras ciencias y acumula los datos que le ofrecen sobre la exteriorización industrial, artística, intelectual y social del pensamiento de nuestros antepasados remotos, la paleontología, la prehistoria y la lingüística. ¿Necesitan más sólido cimiento para levantar el edificio de sus inducciones? No; y la psicología sigue con decidido empeño su obra, analizando con perseverante actividad hasta lograr síntesis completas.

Y estas síntesis las tiene ya en una de las tres regiones de su vastísimo dominio, mientras en las otras posee teorías que permiten la agrupación provisional de sus fenómenos. Las leyes de la inteligencia nos son conocidas; casi otro tanto podemos decir de las de la sensibilidad, y aun de las de la volición.

Toda aquella serie de ideas que la vista del tapete despertó en mí, formando, al parecer, una red inextricable, tiene un hilo que no se rompe jamás, las leyes de la asociación. Asociaciones en el tiempo y en el espacio, asociaciones por semejanza y diferencia, asociaciones constructivas; á esto se reduce toda nuestra vida intelectual. Su expresión en las grandes leyes de la relatividad, de la similitud y de la contigüidad forma la gran síntesis psicológica; donde un análisis sutil sabe ir á distinguir los recuerdos, la abstracción, el raciocinio, la analogía, la misma imaginación. El ejercicio de nuestra sensibilidad se reduce, en último término y por ligeras gradaciones, á fenómenos de placer y dolor. Por mi parte, con gran número de psicólogos, no veo en los actos volitivos sino corrientes diversas que se anastomazan ó resultantes del choque de corrientes contrarias; es decir, la respuesta á la sollicitación de los deseos que engendran los motivos, ya se hayan reforzado, ya se hayan combatido.

Solo me falta decir cómo ha recorrido la psicología su círculo de ciencia independiente, haciendo notar cómo ha entrado en la vía deductiva. Conocido el proceso rememorativo, ¿no es fácil construir sobre sólidas bases el arte de la mnemotécnica? Y bien, ¿cuál es el problema de la educación intelectual? Saber hacernos percibir y saber hacernos recordar. Legitimada la inducción de la equivalencia de las fuerzas mentales, las diferencias de carácter se explican, y explicadas son susceptibles de modificación; hé aquí la etología, ciencia que nos facilitará la gran tarea la educación moral. La relatividad justifica los efectos de la novedad, que abren el mundo de las sensaciones estéticas y nos llevan á la educación artística. Hé aquí, cómo á fuerza de inducir la psicología ha llegado á deducir; y como desde la esfera serena de la especulación pura ha proyectado su luz al mar proceloso de la práctica, para ser su más brillante faro.

Aquí pudiera terminar; pero me es forzoso hacer una declaración. Por lo dicho crearán algunos que estimo irreductible el dualismo entre el cuerpo y el espíritu, según el lenguaje anticuado, entre lo objetivo y lo subjetivo, según el lenguaje moderno. No estarán en lo cierto. He manifestado, como mejor se me alcanzaba, el punto á donde nos han conducido las investigaciones actuales, pero nada he dicho del punto á donde puedan llevarnos las venideras. Solo tengo una fé, la fé tranquila, pero inquebrantable, en la ciencia del hombre y en la bondad de los métodos que emplea. Un problema no resuelto no es un problema irresoluble. Esperemos. Entre el mundo interno y el mundo externo hay una región extensísima que es la de lo inconsciente. Nadie conoce sus límites; pocos de sus fenómenos han sido estudiados; el constante paralelismo de lo físico y lo psíquico puede tener allí su punto de convergencia. Nuestro intelecto busca la unidad; todas las fuerzas materiales son una; las mentales son una; estas dos ¿serán una sola? Así lo creemos; no lo sabemos. Ante esta gran penumbra nos detenemos trémulos y sobrecojidos de religioso respeto, esperando el hermoso día en que la voz del génio perseverante diga otra vez, sea la luz, ¡y la luz sea!

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

LOS BUFONES EN INGLATERRA.

De Enrique V se dice que amaba el estudio hasta el punto de pedir libros prestados y no devolverlos nunca; pero no gustaba de menestrales, juglares ni bufones. No sucedía lo mismo á su esposa Catalina de Valois. Cuando esta quedó viuda, Owen Tudor en una ocasión bailó delante de ella

una danza burlesca que conluyó por sentarse sobre su falda, escitando la risa de todos; y la viuda de Enrique V quedó tan complacida, que se resolvió á casarse con el gallardo payaso. Enviósele una diputación para hacerla desistir del propósito á causa de la condición de la madre de Owen y de su género de vida. Era una diputación de señores y estos habían encontrado á la madre de Owen sentada en un banco rodeada de cabras y comiéndose un areaque frito con sus rodillas por mesa. ¿Cómo decir esto á la reina viuda? Eligióse para esta comisión al más astuto cortesano, el cual dijo que habían encontrado á la señora madre de Owen sentada en medio de su corte, rodeada de gente astada, en un espacioso palacio, y tomando sus manjares de una mesa de gran valor, que no la hubiera dado por centenares de libras esterlinas.

En el reinado de Enrique VI, se dice que este monarca, en 1454, nombró una comisión para que le proporcionase menestrales, aunque fuese tomándolos á la fuerza. Era una especie de partida de reclutadores que echaban mano de todos los que encontraban que tuvieran buena voz, habilidad para la música y algún talento para las chanzas. Esta leva se hacía de *ministriliis propter solatium regis providendis*. Esta costumbre de enganchar gente á la fuerza duraba todavía un siglo despues, en el reinado de Eduardo VI; y cuando faltaban coristas en la capilla real se robaban de sus casas los niños que podían encontrarse á propósito para el oficio.

Después de la muerte de Enrique VI hubo en la corte un famoso juglar, llamado Scogan, el cual había estudiado en la Universidad de Oxford. Cuando la peste de 1471 invadió á Oxford, Scogan, con otros fugitivos, se refugió en el hospital rural de San Bartolomé. Allí cometió varias irregularidades, siendo notable por su espíritu antireligioso y su avaricia. Expulsado de la Universidad de Oxford, se presentó á Sir Guillermo Neville, noble que poseía grandes Estados, y se ofreció á servirle de bufón. Neville aceptó, y poco después le presentó al Rey, que le admitió en su corte y le agregó á su persona. Una de las cosas con que hacía reír era, cuando llovía, estarse debajo de un canalón por espacio de largo tiempo, según la recompensa que se le había ofrecido. El rey le regaló una casa en la ciudad y una quinta en el campo. Cuéntase de este bufón que habiendo tomado prestada del rey una gruesa suma y no pudiendo pagarla, se fingió muerto, previniendo á sus amigos que le llevasen á enterrar á tiempo que el rey pudiera encontrarse con la fúnebre comitiva. El rey la encontró, en efecto, y muy contristado por la pérdida de su bufón favorito, dijo que le perdonaba la deuda. Entonces Scogan se levantó de su ataud diciéndole que aquella muestra de la real generosidad era tan vivificante, que le había vuelto á la vida. Chanzas de este género, y aún peores, debieron ser sin duda las que obligaron al rey á desterrarle por fin de Inglaterra, mandando que no volviera á pisar el suelo inglés bajo pena de la vida. Pasó á Francia, y recogiendo tierra de una de las provincias francesas, la metió en sus zapatos y volvió con ella á la Gran Bretaña.

Viajando por Normandía, cuenta un biógrafo, que estando escaso de dinero, se puso á reflexionar cómo podría adquirirlo sin trabajo. Tomó una sotana y se vistió como estudiante, después de lo cual entró en un cementerio y tomó la calavera de un muerto, que hizo limpiar, y llevó á casa de un platero para que la hiciese un engaste de plata. Hecho esto, pasó á una aldea y se dirigió á casa del cura párroco. Le saludó, y le dijo que tenía una reliquia, y quería mostrarla en su parroquia á los fieles, por cuyo permiso ofreció al párroco la mitad de lo que éstos le dieran por vía de ofrenda. El párroco accedió muy gustoso á su petición, y al domingo siguiente dijo á sus feligreses que había llegado cierto estudiante de teología con una preciosa reliquia, que ofrecería á la adoración del público; y el que la adorase y diera una ofrenda, recibiría un perdón general de sus pecados. Después Scogan subió al púlpito y mostró la reliquia que llevaba, diciendo que aquella cabeza le hablaba y le había mandado edificar una iglesia donde depositarla, pero que no debía recibir sino el dinero que fuese bien ganado. Los fieles se precipitaron á depositar sus ofrendas; y entonces añadió Scogan:—Las mujeres que no hayan sido fieles á sus maridos, que se estén quietas, que no vengán á ofrecer nada, porque la cabeza del santo me ha mandado que no admita sus ofrendas. Con esto, todas las mujeres acudieron inmediatamente á depositar su dinero, mientras Scogan les daba su bendición con la cabeza del muerto. Las que no tenían dinero, ofrecían sus sortijas y pendientes, y con ésta astucia adquirió un caudal bastante considerable.

En el reinado de Enrique VIII había un bufón llamado Patch, del cual dicen que pidió al rey que le autorizase para exigir de contribución un huevo á cada marido que tuviera razones fundadas para estar poco satisfecho de la conducta de su mujer. El rey pensó que aquel era un buen chiste; mandó redactar una real cédula concediéndole la autorización y la firmó. Apenas se había secado la tinta, cuando el bufón, haciendo una gran reverencia al rey, le pidió el primer huevo, diciendo:—V. M. pertenece á la clase de maridos que están obligados á pagarme esta contribución. El rey no gustó de la chanza y rompió la cédula.

Este Patch había sido bufón del cardenal Wolsey y entró al servicio del rey de la manera siguiente: Wolsey, habiendo decaído de la gracia de

Enrique VIII, se retiraba de la corte cuando fué alcanzado por un gentil-hombre de la real cámara, llamado Norris, que le llevaba una sortija de oro y una carta del rey, asegurándole que pronto recobraría el favor y el poder. Wolsey en el colmo de su alegría, se apeó de su mula, se puso de rodillas en tierra y se deshizo en expresiones de gratitud, diciendo que deseaba dar al portador de tan buena nueva lo que poseyese, aunque le había quedado tan poco. Al fin recompensó á Norris con una cadena de oro, á cuyo extremo había una reliquia de la verdadera cruz que dijo Wolsey que cuando estaba en la prosperidad no la hubiera dado por mil libras esterlinas. Pagadas las albricias á Norris, el cardenal buscó entre su comitiva un mensajero que pudiera manifestar en su nombre á Enrique VIII la gratitud de que estaba poseído. Fijóse su vista en el bufon Patch y exclamó:—Patch, mi bufon, será el intérprete de mis sentimientos para con S. M. Yo se le doy á S. M., porque Patch vale mil libras.

El bufon, cuyo valor ponía el cardenal al nivel de la reliquia de la verdadera cruz, no tenía ningún deseo de ser nombrado bufon de la corte y se resistió á dejar al cardenal; pero seis hombres robustos le asieron, le subieron á caballo y galoparon con él camino de Londres, donde le presentaron al Rey á despecho suyo.

Después de Patch fué bufon de la corte de Enrique VIII Will Sommers, que parece haber sido contemporáneo de Saxton ó Sexton, bufon célebre de la corte de los Tudor y el primero que se dice que llevó peluca. La reputación de Will Sommers llegó á extenderse hasta la aldea en que vivía su tío, un campesino bastante simple que quiso ir á verle. Hallábase la corte en Greenwich, ocho leguas distante de aquel lugar, y el tío del bufon hizo el camino á pie. Al entrar en Greenwich preguntó por el palacio y, una vez allí, por el cuarto de su sobrino. Se hallaba éste durmiendo la siesta en el parque con la cabeza apoyada en un almohadón que le había dado una mujer cuyo hijo había sido condenado á la horca por piratería e indultado después por influencia de Will. Este quiso presentar á su tío al rey; pero viéndole tan mal pergeñado y lleno de polvo del camino, le llevó á su habitación y le hizo poner un vestido de los suyos con su caperuza, sus cascabeles y todo. El cándido anciano creyó que aquel era el traje que llevaban los señores de la corte, y con él se presentó al rey, que tuvo un buen rato al contemplar aquel ridículo espectáculo.

Los biógrafos de Will nos le presentan como hombre de talento y especialmente de buen corazón y amigo de complacer á todo el mundo. El rey Enrique VIII solía hacerle algunas preguntas difíciles delante de la concurrencia.—¿Qué es aquello,—le dijo un día,—que cuanto más débil es más temible?—Un puente,—respondió Will,—sobre un río profundo.

El rey, al oír esta respuesta, se sonrió. Otras le hacían reír, y otras que no pueden referirse, le ponían excesivamente alegre.

Will no caía en gracia al cardenal Wolsey, porque una vez le sacó diez libras esterlinas de la manera siguiente. Estando el cardenal Wolsey en conferencia secreta con el rey, entró de repente el bufon en la real cámara. Reprendióle Enrique VIII, y se disculpó diciendo que estaban á la puerta varios acreedores de Su Eminencia que querían les pagase lo que les debía. Wolsey juró que no debía un cuarto á nadie, declarando que si, en efecto, resultaba que debía algo, estaba pronto á consentir que le cortaran la cabeza. Sin embargo, Will dijo que debía diez libras por de pronto, y que si se las daba, le libraría de sus más exigentes acreedores. El cardenal se las dió, y Will dejó la habitación y volvió á los cinco minutos. Al volver, preguntó al cardenal:—¿A quién debe su alma Vuestra Eminencia?—A Dios,—contestó el cardenal.—Y sus riquezas, ¿á quién se las debe?—A los pobres,—dijo Su Eminencia.—Pues mándele V. M. cortar la cabeza,—exclamó el bufon dirigiéndose al rey,—porque he pagado á los pobres que estaban á la puerta las diez libras que les debía. El rey tuvo gran risa, pero el cardenal, aunque lo fingió, juzgó demasiado pesada una chanza que le había costado diez libras.

Cuando Enrique VIII se casó con la reina Catalina, Will dijo á la reina:—Ten cuidado con tu marido, Catalina, y haz provision de naranjas, porque si no, pronto te dará un limon. Hay que advertir, para comprender este chiste, que la palabra *leman*, que significa querida, suena en inglés como limon.

Al cardenal Wolsey sucedió en la cancillería el eminente Sir Tomás Moro, hombre tan decididor y chancero, que en su juventud formó las delicias del arzobispo de Cantorbery y de la corte de Enrique. Siendo page del arzobispo, éste en las fiestas de Navidad y en otras igualmente solemnes se entretenía con espectáculos y representaciones de comedias y sainetes. Cuando los cómicos estaban representando, á veces el joven Moro salía á la escena sin haber estudiado antes ningún papel y comenzaba á recitar anécdotas de su invención y cuentos tan llenos de gracia, que divertían más á la concurrencia que los actores. Por eso decía el cardenal á las personas que comían con él mientras el page servía.—Este muchacho ha de ser un hombre notabilísimo, y el que viva para entonces lo verá. Su fama de chancero llegó á tal punto, que el rey Enrique y la reina le convidaban muchas veces á cenar para que les divirtiese con sus

chistes, los cuales, siendo de calidad más refinada que los de los bufones que hasta entonces se habían visto en la corte, no es extraño que agradasen más á Enrique y á su esposa. Entonces Sir Tomás Moro se encontró en gran peligro de descender de su puesto eminente (era ya magistrado) al cargo de bufon oficial. Conoció á tiempo el camino que llevaba, y afectando gravedad y aun pesadez, logró que la corte le olvidara. Entonces tomó un bufon por su cuenta que fué Patteson, hombre feo, jorobado é ignorante, pero que sabía divertir mucho al canciller, que al morir le dejó una buena renta.

La reina María, que se casó con nuestro Felipe II, tenía un famoso bufon llamado Juan Heywood, que dicen la sacaba con frecuencia de su habitual seriedad. Heywood había sido bufon de la corte en los últimos tiempos de Enrique VIII y le llamaban el *juglar del rey*. Una vez que la reina María dijo que era necesario que los clérigos abandonaran las mujeres que habían tomado en tiempo de Enrique VIII, Heywood, aunque era muy católico, observó:—Si V. M. les quita sus medias naranjas, será preciso que les permita tomar limones, porque los clérigos ingleses no pueden vivir sin algún agridulce.

Otra vez la reina María le preguntó:—¿Qué viento te ha traído á la corte?—Fueron dos, señora,—contestó audazmente Heywood:—uno, el deseo de ver á V. M., y otro, el de que V. M. me viese á mí. En otra ocasión le digeron que cierto maestro en artes se había presentado en traje de bufon de la corte:—No hay ningún mal en eso,—dijo Heywood;—lo peor sería que el bufon se hubiese presentado en traje de maestro en artes.

Heywood fué también famoso como poeta dramático y epigramático. Escribió un poema titulado la *Araña y la mosca*, un ejemplar del cual se conserva en el Museo Británico; pero Harrison, que le describe, dice que ni él, ni el que lo compuso, ni ninguno que lo lea, ha podido, ni podrá jamás, comprender lo que significa. Como dramático tampoco merece elogios, y solamente algunos de sus epigramas son notables. Uno de ellos puede traducirse así:

Tienes un poco de sábio,
Y tambien de loco un poco,
Entre locos eres cuerdo,
Entre cuerdos eres loco.

A la muerte de la Reina María, y habiendo vuelto á establecerse el protestantismo en Inglaterra, se retiró Heywood á la ciudad flamenca de Mechlin, de cuyos habitantes se cuenta que eran tan simples, que quisieron apagar una vez la luna. Cerca de Santa Catalina, en el camino de Amberes, estaba situado el monasterio de monjas de San Alejo, el cual contenía 1.500 monjas y otra multitud de señoras que vivían con ellas. Las buenas religiosas gozaban del mayor de los privilegios; porque, no solamente se les permitía recibir toda especie de visitas en su monasterio, sino también devolverlas cuando quisieran: costumbres que no produjo ningún mal efecto, si hemos de creer al autor de *Les Pais Bas* (Bruselas 1692.) En aquella población pasó Heywood los últimos años de su vida, que se extinguió en 1589. En sus últimos momentos, todavía tuvo ánimos para chancearse, diciendo que iba á ser bufon de la reina Muerte, que le llamaba á sus dominios.

La Reina Isabel tuvo también sus bufones, y el primero de ellos fué Pace, que fué empleado por el primer ministro Francisco Knollys para romper un crucifijo y hacer quitar las luces que la Reina Isabel persistía en tener todavía en su capilla particular, á pesar de las reclamaciones constantes del arzobispo Parker. Después de Pace, el bufon más ó menos oficial, fué Chester, que ejercía su ingenio á costa de los cortesanos, y principalmente de Raleigh y de Lord Knollys, hasta que éstos, un día, para vengarse, le convidaron á cenar, y después de haberle emborrachado, le llevaron á un corral, donde tenían preparados albañiles, é hicieron construir en torno suyo una pared que le llegaba hasta la barba. Allí le tuvieron muchas horas, bajo la amenaza de emparedarle, hasta que prometió que no volvería á hacerles blanco de sus chanzonetas.

El tercer bufon de la reina Isabel fué Clod. Cuéntase de este bufon que cierto día húmedo y lluvioso, estando la Reina en compañía del dean Perne, que de católico se había vuelto protestante y de protestante católico una docena de veces, y estando presente también el arzobispo Whitgift y el bufon, S. M. se empeñó en salir á dar un paseo. Era una imprudencia porque la Reina se hallaba indispueta; pero los teólogos no se atrevían á disuadirle, hasta que Clod dijo:—Señora, el cielo disuade á V. M. de ese paseo, porque el aire está frío y húmedo; la tierra la disuade también, porque está súa y cenagosa; el cielo la disuade por medio del señor arzobispo, su ministro; y la tierra, por medio de su bufon Clod, que es un pedazo de barro. Pero si nada puede convencer á V. M. ni en el cielo, ni en la tierra, aquí está el dean Perne que no pertenece al uno ni á la otra y que, oscilando entre el cielo y la tierra, disuade también á V. M. La reina se echó á reír y quedó convencida.

Otra vez Isabel reprendió á Clod porque siempre señalaba las faltas de los demás y nunca decía una palabra de las de su señora.—Eso, respondió el bufon, es porque los diutados me evitan el

trabajo. Las faltas de V. M. están en todas las bocas y las puede oír á todas horas.

El más célebre de los bufones de la Reina Isabel fué Ricardo Tarleton, bufon, payaso, autor y actor dramático que pasó por todas las categorías, desde la humilde condición de pastor de cerdos en los Estados del conde de Denbigh. Uno de sus biógrafos dice que Tarleton sabía indicar á la Reina sus faltas mejor que ninguno de sus capellanes, y curarla de su melancolía mejor que ninguno de sus médicos.

En una ocasión, habiendo la Reina hecho una visita al primer Lord de la tesorería en su residencia de Burleigh-House, aquel ministro rogó á S. M. que pasara allí la noche. La Reina se negó á ello y mandó que se dispusiera todo para su inmediata partida. Los señores que estaban presentes acudieron á Tarleton ofreciéndole una buena recompensa si lograba persuadir á la Reina á que durmiese aquella noche en Burleigh-House. Tarleton dijo:—Si me haceis cura párroco de Serd, la Reina se quedará. Los señores mandaron estender inmediatamente el título de cura párroco de Serd en favor del bufon. Este se puso una sotana y un sombrero de cura; se situó en lo alto de la escalera por donde la Reina tenía que bajar, y cuando S. M. se presentó le dijo:—¿Soy cura ó no soy cura? La reina preguntó qué significaba aquello, y Tarleton le explicó que de su residencia por aquella noche en Burleigh-House dependía su nombramiento de cura párroco. La Reina entonces, no sólo consintió en quedarse, sino que quiso que al día siguiente tomara posesión de su beneficio. Tomóla en efecto, y al día siguiente lo convirtió en moneda sonante.

Preguntóle un cortesano en cierta ocasión para qué servían los soldados en tiempo de paz.—Para lo que sirven las chimeneas en verano,—dijo Tarleton.

En lo que más sobresalía Tarleton era en sus papeles como actor cómico. En 3 de Setiembre de 1588 cayó mortalmente enfermo é hizo su testamento dejando todos sus bienes, tierras, castillos, etc. etc., á su hijo Felipe, aunque ni tierras, ni castillos existían de que pudiera haber dispuesto. En aquel mismo año envió Felipe II su grande armada contra Inglaterra; pero entre el pueblo, la muerte de Tarleton fué un acontecimiento tan notable como el de la armada, porque para hablar de aquella fecha se decía indistintamente *en el año de la grande armada, ó en el año en que murió Tarleton*.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

UNA EXPOSICION ABOLICIONISTA.

La *Sociedad Abolicionista Española* acaba de publicar una razonada exposicion á las Cortes pidiendo la abolicion inmediata y simultánea de la esclavitud en Cuba. La extension del documento nos priva del placer de reproducirlo.

Con datos oficiales y párrafos de decretos del Gobierno de Madrid y de la Capitanía general de Cuba, la exposicion demuestra de un modo incontestable el incumplimiento de la ley preparatoria de 1870, en sus artículos 21, 14, 5.º, 20 y 19, esto es, en los capitales de la ley, de donde deduce que no es lícito esperar que otra ley de componendas y transacciones se haya de cumplir ahora. Además recuerda el tratado de 1817, celebrado con Inglaterra, para evitar la entrada de africanos en Cuba, y hace notar que el mismo ministro de Ultramar, en los debates del Senado, ha reconocido la existencia de muchísimos esclavos africanos en la grande Antilla. Niega que toda la riqueza de Cuba descansa en el trabajo esclavo, y recuerda las ventajas de la Antilla española sobre las extranjeras para pedir una ley de abolicion radical.

Los datos que sobre este punto contiene, merecen reproducirse. Hélos aquí:

38. Que la actual poblacion de Cuba (segun el *Directorio Hispano-Americano* publicado en la Habana en 1879 con autorizacion del Gobierno de la Isla, y formado con datos oficiales), es de 1.389.903 habitantes.

De ellos

873.291 blancos.
24.761 asiáticos.
22.297 colonos.
262.030 de color, libres.
2.368 esclavos coartados.
195.847 esclavos.
9.309 extranjeros.

39. Que la proporcion de los blancos con los negros es de cerca de 2 de los primeros por 1 de los segundos, y la de los blancos con los esclavos, por cada 100 de aquellos, 22,05 de éstos; y la de los libres con los esclavos, por cada 100 de los primeros, 17 de los segundos: proporciones jamás ofrecidas, ni con aproximacion, por ninguna colonia ni país alguno de América.

40. Que de los 195.800 esclavos, se acercan á 50.000 los dedicados á oficios y al servicio doméstico (en el censo de esclavos de 1871 aparecen como esclavos de esta especie 55.830 para 231.790 dedicados al campo), y que no existe provincia alguna en la isla de Cuba, en la cual el número de libres deje de duplicar, por lo ménos, al de los esclavos, pudiéndose presentar como extremos del cuadro, de un lado la provincia de Puerto-Príncipe, donde los esclavos son sólo 2.220, los blancos 46.664, y los de color libres 6.182, y de otro lado Matanzas, donde los esclavos son 70.390, los de color libres 27.901, y los blancos 119.371.

41. Que la moralidad y la cultura de los negros domésticos cubanos es análoga (por lo menos) á las de las clases jornaleras rurales de la Península, como lo demuestran la estadística criminal y un reflexivo exámen de la sociedad ultramarina, sobre todo despues de conocidos los resultados de la experiencia abolicionista de Puerto-Rico.

42. Que es absolutamente inexacto que toda la produccion cubana descanse por entero en el trabajo esclavo, como lo prueba el más ligero estudio de la explotacion del tabaco, cultivado en su mayor parte por hombres libres (blancos ó negros) y elaborado por este mismo elemento casi en su totalidad.

43. Que en el censo de 1862 aparecen 41.661 blancos empleados en los ingenios de azúcar de la Isla, y que despues de esta fecha era notorio (por haberlo consignado en un libro el Sr. D. Juan Poey, hacendado cubano) que en la jurisdiccion de Holguin habia «trece pequeños ingenios cultivados exclusivamente por hombres blancos» así como que el número de predios menores, donde se cultivaba la caña y elaboraba el azúcar por brazos libres, subia en la Isla á 200.

Y 44. Que segun el mismo censo de 1862, el número de blancos dedicados á las faenas agrícolas en Cuba subia á 454.197 (esto es, más de la mitad de la poblacion blanca de entónces), y siendo 153.242 los individuos consagrados á la agricultura, resultaba que los blancos representaban el 53 por 100; los de color libres el 12½, y los esclavos (292.573) solo el 34½: datos jamás vistos en las colonias extranjeras, donde, como en Jamaica, para 14.000 blancos habia 340.000 esclavos.

Por último, la exposicion consigna estos otros hechos:

Que, á pesar de las tremendas frases con que los elementos conservadores de España hicieron en 1872 y 73 su incondicional oposicion á la ley de abolicion para Puerto-Rico, ésta se planteó, produciendo efectos por todo extremo satisfactorios, como han venido á reconocer noblemente los mismos que la resistieron, y como lo demuestran el texto explícito del Mensaje de la Corona á las Cortes de 15 de Febrero de 1876 y el preámbulo del decreto de 31 de Diciembre de 1875, que convocó Cortes para el año siguiente, documentos todos suscritos por los Sres. Cánovas del Castillo, Lopez de Ayala, Romero Robledo y demás ardientes adversarios de las reformas ultramarinas de 1872 y 73.

Que esa ley y sus efectos sirvieron de base para que el ministro de Estado español contestara, en Agosto de 1874, á las observaciones del Gobierno británico sobre temores de que se volviese á un sistema de esclavitud disfrazada, llegando al punto de afirmarse por el Gabinete de España que «deseaba con ansia el dia en que la pacificacion de Cuba le permitiera desarrollar en esta Antilla la misma política que en la otra.»

Que los admirables efectos de la abolicion radical de la esclavitud en Puerto-Rico, han sido reconocidos, primero, por las autoridades de la pequeña Antilla en 1873 y por los cónsules de Inglaterra, Francia y los Estados-Unidos, cuyos testimonios á la letra constan en el volumen publicado por la Sociedad Abolicionista Española con el título de una *Experiencia Abolicionista* (1874), y despues, por los señores capitanes generales de aquella Isla, D. Laureano Sanz y D. Segundo de la Portilla, que en 1874 y 76 gobernaron á Puerto-Rico, y cuyas declaraciones solemnes constan oficialmente: siendo de advertir que alguno de ellos, como el Sr. Sanz, nunca fué propicio á esta reforma en su sentido radical.

La Exposicion, redactada por el Sr. Labra, lleva la firma de todos los individuos de la Junta directiva, ó sea de los Sres. D. Joaquin M. Sanromá, Gabriel Rodriguez, Rafael M. de Labra, Francisco Pi y Margall, Manuel Ruiz de Quevedo, Eduardo Chao, Félix de Bona, Estanislao Figueras, Laureano Figuerola, Eduardo Benot, Eduardo Asquerino, Gumersindo de Azcárate, Francisco Casaldueño, Agustin Sardá, José Cristóbal Sorní, Annibal Alvarez Osorio, E. de la Riva Gonzalez, Rafael Cervera, Miguel Mathet, Manuel Regidor, Luis Vidart, Manuel Pedregal, Juan A. García Labiano, A. Castro y Blanc, V. Morales Diaz, M. Torres Campos, P. Perez de la Sala, Bernardo Portuondo, Julio Vizcarrondo, M. Zapatero, Miguel Moya, Enrique García Alonso.

P. RUIZ ALBISTUR.

CRÓNICA.

Si fuera de aquel terreno limitado y estrecho en que ahora la política se mueve desterrada de la animacion y de la parlamentaria controversia que son como el aire de que necesita respirar para vivir dichosa, no hubiera destinado la casualidad á la anterior quincena algunos sucesos importantes y sino la correspondieran de derecho todos los años, algunos otros precursores del carnaval alegre y delirante, esta crónica tendria que ser la crónica del frío.

No se habla de otra cosa que del campo político, á donde como Cincinato á su pequeño huerto, irá á invernar el general Martínez Campos, y de grados bajo cero. El termómetro desciende y las esperanzas del partido conservador se disipan. No hay cuadro con más vida y calor que una chimenea donde el año tranco arde y las flamíferas llamas juguetean, ni cuadro más triste y frío que el salon de sesiones del Congreso donde las minorías faltan.

A los cristales les quita la diafanidad la escarcha, y al Sr. Cánovas le deja ver en la decadencia su orgullo olímpico é impotente. Se teme lo mismo

á las pulmonías y á los presupuestos. Fuera de la política, la animacion no falta. Dentro de ella, ahora que el partido conservador liberal la monopoliza, no hay más que nieve y hielo.

El incesante clamoreo de la multitud que como un torrente inunda la calle de Hortaleza yendo á perderse gozosa por las cercanías de la Castellana, y el galopar de los briosos potros vistosamente enjaezados que á San Anton se dirigen reventando de orgullo por la admiracion que producen sus trenzadas colas y vistosos lazos; el confuso tropel de los bailes de máscaras, exposicion de caretas negras como las historias de que algunos rostros que encubren son elocuente página, y las bromas de dejo amargo como el remordimiento; el desfile marcial y acompasado de las tropas, el bullicio alegre de las charangas de regimiento, y el rodar de los arzones de artillería que alguna vez escondieron traidores la muerte; el teatro Español lleno de un público agitado é inquieto que aspira á ser juez antes de haber aprendido á dominar sus arrebatos y sus pasiones; la caridad que alquila el salon del Conservatorio y arrastra encajes y sedas y baila rigodones, forman raro contraste con el silencio que en la política se nota, y es conocido el grave mal de la nostalgia de opinion pública que el Gobierno padece, señal indudable de recrudescencia y anuncio seguro de muerte.

De su desgracia está tan convencido el Gobierno como nosotros. ¿Qué quiere, pues? Morir con dignidad.

Encontrar como los gladiadores romanos una buena postura.

Negro crespon cubria la tribuna parlamentaria el dia que las Cortes reanudaban sus trabajos, y honda tristeza retratabase en los semblantes de los señores diputados. La voz que, robando á la de Bossuet sus inspiradísimo y sentidos acentos, supo tan bien expresar el triste duelo, habia enmudecido; y otra voz, rica en elocuencia, la del Sr. Moreno Nieto, iba á manifestar el duelo de la patria ante una pérdida que si las exigencias de la política hacen olvidar en plazo harto breve, las letras, faltas de aquella inteligencia superior que con ellas labraran pedestal eterno de su gloria, no olvidarán nunca. Pero somos injustos con la mayoría. La acusamos de olvidadiza y perdida en materia de recuerdos, cabalmente cuando nos ha dado prueba evidente de que la ausencia de las minorías la trae desalentada ó de que el dolor por la muerte de Ayala aún la embarga y domina. No á otra que á alguna de esas dos causas puede atribuirse que aprobase, sin el menor debate, como cuenta de entierro ó voto de confianza á Cánovas, varios suplementos de crédito que ascienden á 3.555.792 pesetas, y que no aprobara nadie que pensase un poco en la triste y luctuosa situacion del comercio, en que hay millares de fincas embargadas á los labradores que no pueden pagar las contribuciones, y en que el problema de la miseria, que ha escrito con trémula mano la desgracia en los campos yertos y solitarios de muchas de nuestras provincias, se presenta cada vez más airado y terrible.

Pero la mayoría no debe tener de ello gran cuidado. No ménos difícil y arriesgado que ese problema era el de la abolicion de la esclavitud, y 230 votos le han resuelto. Verdad es que la solucion dada no satisface ni al país, á quien los horrores que los esclavos sufren amedrentaron siempre, ni á la prensa que vé en el patronato una careta de la esclavitud, ni á los diputados y senadores cubanos sin cuyo concurso será ley el proyecto, ni á la mayoría, que si le otorgó su voto obediente á los deberes de la disciplina de partido impone, hále negado su opinion y su espontánea simpatía: pero todas esas consideraciones, ¿qué valen ante la formal declaracion que el Gobierno hace, asegurando que la esclavitud ha concluido? Olvidémonos de que á los tiempos de la obediencia pasiva, de la fe ciega, del milagro, de los reyes dioses y de las creencias impuestas, han sucedido los tiempos de la discusion y del libre-exámen en que todo se debate y razona; de que ya no hay institucion que no se estudie, ni duda que no se plantee, ni problema que no se discuta, y aceptemos las palabras del proyecto de abolicion como eco de aquellas divinas de Jesucristo que la revolucion francesa empezó á realizar. ¿Es esto posible? No. En España que negoció con la esclavitud de los hombres, cobrando 40 millones de reales por no permitir el tráfico de esclavos por españoles en parte alguna de la costa de Africa, la esclavitud sigue todavía. No ha muerto; no ha hecho más que cambiar de vestidura.

Lo que antes llamaba todo el mundo esclavitud, los conservadores llaman ahora patronato; las palabras son diferentes, pero el espíritu es el mismo; el nombre de esclavo no sonará más en nuestros oidos; la infamia queda, sin embargo; al lado del artículo primero de la ley que dice: «cesa el estado de la esclavitud en la isla de Cuba;» el artículo segundo declarando que, «el patronato será transmisible por todos los medios conocidos en derecho,» es sangriento sarcasmo. ¡Libre un hombre que puede venderse! Proclamar que el esclavo es hombre en el artículo primero de la ley de abolicion, para condenarle en el segundo á la eterna y triste realidad de mercancía, seria imperdonable impiedad, si no fuese absurdo que el egoísmo vende por verdad fielmente aquilatada. Y no se diga que la condicion impuesta al patrono de vender al esclavo unido á sus hijos varia en su esencia la anterior naturaleza de la esclavitud, destruyendo esta

por completo, porque ni la libertad consiste en que el esclavo tenga que venderse unido á su familia, ni el precepto de la ley ha de cumplirse. La de 4 de Julio de 1870, preparatoria de la abolicion que no acaba por lo visto de prepararse nunca, ordenaba en su artículo 21 que no pudieran venderse esclavos menores de catorce años, y algun tiempo despues anunciábase públicamente la venta de niños menores de aquella edad. Si la experiencia no es una palabra sin sentido, el pasado nos responde del porvenir y es elocuente profecía.

El proyecto de abolicion debia promulgarse para tener el mérito de la oportunidad ya que tantos otros le faltan, en Carnaval.

Porque es un proyecto en que la abolicion de la esclavitud, está de tan ingenioso modo disfrazada que nadie la conoce.

Hemos dicho que no hay cuadro más triste frío que el salon de sesiones del Congreso, y es engaño. El dia en que se votaron el proyecto de abolicion y el presidente, dos votaciones en las cuales ha intervenido mucho el patronato, el Congreso ofrecia animacion extraordinaria como pocas veces. Las muchas figuras agrupadas al pie de la tribuna, el realismo de la situacion y la verdad del colorido conservador-liberal, nos recordaban, sin motivo, es verdad, pero vivamente, el cuadro de las lanzas de Velazquez; el Salon de Conferencias poblado de húsares, un campo de batalla momentos antes de la lucha. El Sr. Romero Robledo queriendo imitar á Espartero en Luchana, se habia levantado del lecho y aún con las huellas de la enfermedad impresas en el rostro, acudia á ponerse á la cabeza de su regimiento por si habia peligro. Sus húsares estaban presentes, vestidos de gala, llenos de ardor y gozo y dispuestos á luchar... si habia lucha. La batalla se ganó en toda la línea. Por si estos datos pudieran ser algun dia de utilidad para la historia, conviene declarar que no habiendo enemigos no pudo haber batalla. Pero de todos modos, conste que se ganó.

La candidatura del señor conde de Toreno para la presidencia del Congreso, habíase discutido mucho. Se creia que el Sr. Romero Robledo, jefe del grupo más numeroso de la mayoría, reverenciado por sus amigos, lleno de ambiciones, querria ocupar aquel sillón, que es puente que derechamente conduce á la presidencia del Gobierno. Otros juzgaban que no habiéndole sido posible al señor conde de Toreno realizar como ministro ningun acto de esos que destacan al individuo entre sus compañeros de gobierno, no estaba en actitud de representar un Parlamento. Otros temian, que siendo el señor conde de los ministros que formaron el Gobierno del general Martínez Campos, y siguieron despues al Sr. Cánovas, su elevacion á la presidencia de la Cámara vendria á ahondar las diferencias, de suyo profundísimas, que dividen á la mayoría. De todo esto, deducíase lo justo de la extrañeza que la opinion pública manifestó al anuncio de la candidatura del señor conde de Toreno, y la carencia absoluta que el partido liberal conservador tenia de un nombre á la altura de los que el recuerdo de Argüelles y Martínez de la Rosa impone. Tratándose de un presidente en estas condiciones, las miradas del país le habrian aclamado antes que los votos de la mayoría. Pero se trataba de improvisar un presidente, y Cánovas quiso para sí toda entera la gloria del milagro. El señor conde de Toreno es presidente.

Durante la votacion se paseaba inquieto, desasosegado, presa de natural ansiedad, por el salon de Conferencias. De repente, notó que los ilustres tribunos allí retratados, le miraban, le miraban con atencion profunda. Sus ojos se fijaron breve momento en el retrato de Olózaga, y vieron que alegre y picaresca sonrisa animaba aquel rostro que tan hermoso era en la tribuna. En aquel momento, anunciaron al conde que el escrutinio habia concluido, y entró en el salon de Sesiones.

¡Ya era sucesor de Rios Rosas, de Rivero y de Ayala!

En su discurso de gracias, más bien que á definir su actitud política, encaminado á recordar las glorias de su padre muerto y las bondades que debe á su tutor vivo, el señor conde de Toreno declaró que estaría siempre allado de la mayoría. Esta confesion revela que entre sus méritos, tiene el señor conde de Toreno la virtud del agradecimiento, pero la creemos innecesaria. El señor conde, más que el presidente del Congreso, es el presidente de la mayoría; á ella debe los votos que le elevaron hasta el envidiable sitio, y sólo en los debates de ella intervendrá su autoridad reparadora. Las minorías siguen en el retraimiento, y los dias que pasan, lejos de aminorar la importancia de un conflicto que la prensa ministerial desdeñosa atrevióse á calificar de ridículo, se ha agrandado de tal modo, que de amenaza para el gobierno, ha pasado á ser grave y ciertísimo peligro. Cánovas ha comprendido que, retiradas las minorías al Aventino, no habia vida parlamentaria posible, y ansioso de su vuelta, ha empezado á ceder. A las negociaciones del Sr. Moreno Nieto, habian precedido las explicaciones del Senado; pero unas y otras fueron impotentes para lograr la vuelta deseada. ¿Era político esto de no llegar en el camino de la avenencia á feliz término? ¿Era ni siquiera prudente? No. Pero era lógico.

Pasada la excitacion de los primeros dias, el se-

ñor Cánovas comprendió que, alargando el conflicto, no sólo hacia imposible que el régimen parlamentario viviese vida dichosa, sino que dejaba á la situación que le sucediera una gran perturbación y una fúnebre soledad por herencia y quiso ceder. Mas su orgullo se impuso á su conciencia y á su sinceridad política. Cuando apreciando fría y serenamente su situación, y conociendo que estaba condenado á morir como el fuego con el aislamiento, se decidía por las explicaciones, su orgullo le salía al paso aconsejándole absoluto silencio. De tan reñida lucha resultó lo que no podía menos resultar; el discurso del Sr. Cánovas en el Senado, poco, muy poco expresivo para satisfacer el ultraje de las oposiciones; elocuente, muy elocuente para demostrar la debilidad del Gobierno y su afán insensato de buscar, en el vacío en que se encuentra, una solución que se resiste á ver donde únicamente se le ofrece; en la declaración de las minorías. El discurso del Sr. Cánovas en el Senado llegaba tarde. Aquellas explicaciones al día siguiente de la ofensa, cuando la comisión de las minorías deliberaba el 11 de Diciembre, y el buen deseo hubieran podido fácilmente borrar las faltas del desden, seguramente habrían matado el conflicto al nacer. Un imprudente voto de confianza otorgado al Gobierno le dió vida; la declaración de las minorías le dió forma y crecimiento, y desde entonces no es posible resolver el conflicto sino por medio de una declaración terminante y explícita.

Por dudarle, sufrió el Sr. Cánovas nueva y más vergonzosa derrota: la que hicieron pública las negociaciones entabladas por el Sr. Moreno Nieto. La reunión á que el dignísimo vice-presidente primero del Congreso citó á las minorías, hacia presumir que el conflicto quedaría en ella satisfactoriamente resuelto. El Sr. Moreno Nieto, que á su gran talento une las simpatías que su carácter y su modestia inspiran, había consagrado á esta empresa de hacer que las minorías volvieran al Parlamento grandes trabajos. Infecundados todos ellos mientras pretendió obtener de las minorías concesiones que variaban en su esencia el sentido de la *Declaración*, nadie dudó que hubiesen sido fructuosos cerca del Sr. Cánovas, toda vez que este al convencimiento de su desdenosa actitud para con las oposiciones, unia vivísimo deseo de avenencia. Por esto, la opinión preocupase grandemente del resultado de aquella conferencia, y los periódicos ministeriales no repararon en dar por cosa resuelta la terminación de la crisis parlamentaria. Nada tan lejos de esto. Desde el momento en que el Sr. Moreno Nieto declaraba ante los jefes de las minorías que no estaba facultado para concesión alguna, ni representaba al Sr. Cánovas, toda discusión era inútil y las minorías no discutieron. Esta reunión demostró dos cosas. La decadencia del Sr. Cánovas, que juzgó tan arrepentidas á las oposiciones, que un leve pretexto las bastaría para hacer confesión de sus culpas, y la actitud enérgica, decidida y resuelta de las minorías, dispuestas á no tolerar que al ultraje se una la sospecha de que son capaces de una debilidad censurable.

El Sr. Cánovas ha empleado todos los medios que su orgullo le ha permitido para resolver el conflicto; pero los medios que su orgullo le permite, no son los que la habilidad política de un lado, y de otro la reparación que las minorías han de menester aconsejar. Al conato de explicaciones, han sucedido las negociaciones de la diplomacia, á éstas los secretes misteriosos y las promesas de porvenir venturosísimo á los constitucionales. Todo inútil. Las minorías, hasta ahora, no han hecho más que resistir y ser dignas, ni han podido hacer otra cosa.

Hoy hace falta más. Urge una resolución á la altura de la confianza que el país ha puesto en ellas. De lo contrario, pareceránse á Aníbal, que supo vencer; pero no aprovecharse de la victoria.

Después de escritas estas líneas, llega á nuestra noticia, que al Sr. Cánovas le ha bastado, á ruego del Sr. Posada Herrera, explicar lo ocurrido el 10 de Diciembre, para obtener triunfo ruidosísimo. Aníbal ha pasado por la vergüenza de Zama.

Lejos del Parlamento, la política disfruta de so-laz deleitoso, y enamorada de la buena vida, apenas si hay fiesta, baile ó banquete á que no asista, segura de que para ella han de ser todas las preferencias y todas las conversaciones. Se ha dedicado á pasear por los salones más aristocráticos, en competencia con las mujeres bonitas, y es como éstas, voluble y caprichosa.

Un día se aprovecha de que la Nilsson canta en casa del señor duque de la Torre para averiguar lo que piensan las minorías democráticas; otro va al palacio de Fernán-Núñez, recorre aquellos salones sembrados de preciosidades artísticas, olvida breve rato los programas por el *menú*, y para que no se la acuse de perezosa, trabaja en la unión de centralistas y constitucionales con éxito no escaso; otro descubre gozosa una fórmula feliz en el breve tiempo que media entre un rigodon y un wals, para perder luego con el espectáculo del baile la fórmula encontrada; otro congrega en una casa del barrio de Salamanca á los pocos constitucionales que aún ven en el Sr. Cánovas un sol que ha de dar torrentes de luz; y cuando no tiene ocupación de más viso en qué emplearse, va por la tarde al salón de Conferencias del Congreso á recoger noticias del desierto templo.

Ahora lo que más la preocupa es la boda de

constitucionales y centralistas. Los novios no se quieren, pero es un matrimonio de conveniencia y las respectivas familias le verán con gran gozo. El ministerio es el que está muy disgustado; teme que si las bodas se celebran le exijan el Gobierno en calidad de dote.

La ciencia, que por inclinación y por carácter es de suyo ménos corretona y voluble que la política, acostumbra á refugiarse en el Ateneo, y si bien no es oro todo lo que reluce, preciso es contentarse con el que allí nos dan, seguros de que en muchas academias de las de número, peso y medida nos darian ménos.

En la sección de Ciencias Morales y Políticas hemos oído con gusto discutir acerca del *Ideal político de la raza latina* á dos oradores de reconocido mérito; los Sres. Arnau y Simarro, jóvenes los dos; los dos llenos de erudición y de talento, de gran porvenir. De palabra elocuente y acerada el uno, de verbosidad é ingenio notables el otro, los dos encontraron en el tema puesto á discusión motivo para defender sus contrarias opiniones, conquistando aplausos. No seríamos justos dejando de consignar que en la sección de literatura y bellas artes, el Sr. Alas pronunció, sobre *El origen del lenguaje*, un notable discurso, en el que, al mismo tiempo que su saber y su talento al analizar los diversos sistemas que informan el tema debatido, se revelaba en el ameno y chispeante lenguaje el ingenio satírico del crítico Clarín, terror de los oradores, á los que aún tiempo trábaseles entendimiento y lengua, y de poetas malos.

Las lecturas organizadas con buen acuerdo por la sección de literatura empiezan bien. Ha leído Balaguer dos cuadros trágicos; ha leído Velarde su poema *Fray Juan*, y leyó en prosa Valera algunas de sus obras.

No sabemos por qué, pero es lo cierto que el público del Ateneo, (y no se queje de esta observación, pues ya hemos dicho antes que el Ateneo es refugio de la ciencia), gusta más, mucho más de la poesía en que no cesan de salir á cuento, porque el autor no deja de llamarlas, las perlas líquidas, el celaje hermoso, las blanquecinas nubecillas, el huracán que azota, las encrespadas olas, las esmeraldas, los topacios, los velos transparentes, la gasa, la muselina y demás artículos de comercio, que de la buena prosa.

Esto es injusto, y el público del Ateneo no debe autorizar injusticias. Sabemos que podrá decir que aplaudió á Valera con entusiasmo; pero ese aplauso no le disculpa. La prosa de Valera heredada de Cervantes, de Quevedo y de Saavedra Fajardo es el manjar más grato y sabrosísimo que puede ofrecerse á los antojos literarios de un público discreto y culto. Envuelta en tan hermoso ropaje, hasta la metafísica de Valera concluye por hacerse amable. Alguien ha dicho muy bien que cuando la filosofía se llama Pepita Jimenez no se olvida jamás y Valera entre otras cosas leyó en el Ateneo un capítulo de Pepita.

Aquel en que la preciosa viuda, cuyos ojos, verdes como los de Circe, eran de un mirar dulce y honestísimo, confiesa al padre vicario, entre regocijada y temerosa, que está empecatada y perdida de amores por el seminarista D. Luis.

Tan bien pintado está allí el amor, que un racionalista decia al terminar la lectura:

—Por ser querido como D. Luis, diez años de seminario me parecen pocos.

El teatro Español la noche del estreno del drama *El cielo ó el suelo*, tenía motivo sobrado para estar orgulloso de sí mismo. Más público no vimos en él jamás ni es posible que tenga; las arañas lucían esplendorosas, el brillo del dorado de los palcos era mayor, y hasta las luces de las candelillas parecían moverse desasosegadas é inquietas, como si las hubieran dicho que iban á iluminar un cuadro de mérito extraordinario. Sellés se presentaba de nuevo ante el público. Pero con ménos fortuna que en *El Nudo Gordiano*. Venía á recoger la confirmación de su gloria de artista, y en vez de la confirmación encontró el anatema, ó mejor aun, el entredicho. Con él no se condenaban la versificación admirable, las imágenes inspiradísimas, los notables pensamientos que, al igual é superiores á los de que está *El Nudo Gordiano* sembrado, se notan en el nuevo drama de Sellés, sino su inverosimilitud y su falsedad. Sobre enamorarse de su asunto que tal como está planteado en el drama no es el problema religioso, como no es el rayo la chispa arrojada de una máquina eléctrica, el Sr. Sellés no ha sabido hacer interesante ninguna de las figuras de su obra. Aquellos personajes pasan por la escena sin que el público los comprenda ni sienta curiosidad por conocerlos. Ni sus actos nos interesan, ni sus desventuras nos comueven, ni su destino nos inquieta. Porque no hay nada en ellos que nos hable de la verdad de la vida.

El reino de Pablo no era el mundo, y huyó de él, no queriendo ser hombre.

El Sr. Sellés, que tanto puede y es un autor dramático de verdadero valer, no ha quedado en el cielo ni en el suelo.

Pero no lo dudamos. Tardará muy poco en salir del *purgatorio*.

Hemos asistido al baile de máscaras infantil que en el teatro de la Alhambra se verificó el domingo.

Un baile de ángeles, que se ponen careta para ser hombres.

MIGUEL MOYA.

DOLORES.

(Continuación.)
CLXXXIV

Matilde había enmudecido. Su mirada se había hecho vaga; en cuanto á Casquillo, no sabía donde estaba ni lo que le sucedía.

Dolores, que no podía tenerse de pie, se había vuelto á sentar, y retenía á Cármen, que callaba como callan los niños delante de las personas que ven por primera vez.

La mirada de Matilde se fijaba abstraída, siempre espantada, desesperada, en el grupo conmovedor que formaban Dolores y Cármen.

En cuanto á Casquillo, continuaba aturrido.

El señor Blas estaba sereno: dominaba la situación.

—Suponiendo,—dijo,—que la señora condesa habrá venido aquí, traída de la mano por su conciencia, sin detenerse ante lo intempestivo de la hora, oyendo sólo la voz de su deber, á estrechar en sus amantes brazos á su nieta, á sacarla de miserias inmerecidas, estamos de enhorabuena. La señora condesa es antigua amiga de un grande hombre, que es también un grande amigo mio, á quien debo ser algo en el mundo: el padre Pascual: un venerable anciano, cuya rígida virtud le ha valido grandes distinciones de parte de la justicia humana, que nunca resplandece más que cuando premia virtudes semejantes á las del padre Pascual. Pero esta situación, señora, ha debido prepararse: es demasiado violenta: esa pobre criatura, por más que se esfuerza por aparecer serena, está agonizando. La felicidad inesperada, cuando es tan grande, es peligrosa. Yo suplicaría á vuecencia que se retirase... tiempo queda; Dolores está enferma... yo me encargo de arreglarlo todo de una manera ménos violenta.

—Sí, sí, es verdad,—dijo Matilde con la voz apagada, fatigada, como si la costara una gran fatiga el respirar;—yo no debo permanecer aquí.

Y se volvió hácia la puerta.

CLXXXV

—Un momento,—dijo Dolores con la voz conmovida:—salid vosotros; quiero hablar con esta señora algunos minutos, un breve espacio es necesario no más. Salid, yo os lo suplico: yo suplico también á esta señora que permanezca: se lo suplico con toda mi alma.

—Yo sé lo que debo hacer,—exclamó Matilde aturdida.

—¡Oídme en nombre de Dios!—exclamó Dolores:—y vosotros, ¿no lo oís? ¡Dejadnos solas!

—Me parece, amiguito mio,—dijo el señor Blas, asíéndose á un brazo de Casquillo,—que debemos ser galantes.

Y se lo llevó consigo.

Casquillo se dejó conducir.

Se quedaron solos la abuela y la nieta.

Matilde tenía miedo: un miedo visible: no había perdido las creencias, por más que habían pervertido su alma, y se creía ante el tribunal de Dios.

Aquella jorobadita la espantaba.

El señor Blas le causaba un terror indecible: el del criminal sentenciado en rebeldía y que se siente asido por la justicia.

La vaguedad, el vértigo, se habían apoderado de Matilde.

Se sintió mala.

—¡Oh! ¡Por piedad! ¡Por piedad!—dijo.—¡Esto es terrible! ¡esto es un espantoso castigo de Dios!

—Yo no puedo hacer otra cosa que atenuar en cuanto esté de mi parte ese castigo de la justicia de Dios,—dijo llorando Dolores:—él no sabrá nunca que su madre murió desesperada, olvidada de Dios, con el corazón lleno de odio, dejando á su inocente hijo un horrible testamento de venganza.

—Un testamento de venganza!—exclamó Matilde.

—Sí, un testamento para perdonar, para el cual habrá sido necesaria toda la misericordia de Dios; porque un alma que se aparta de la vida mortal, llena de odio, sin una sombra de fé, ni un sólo impulso de perdón, por muchos que hayan sido los crímenes que hayan causado su desesperación, va negra, muy negra ante Dios. ¿Para qué tenemos en el alma la luz de la fe y la fuerza de la resignación, sino para sobreponer nuestra conciencia á nuestro dolor, para buscar en lo infinito, en lo santo, el valor del martirio?

Y Dolores acreció en su llanto.

—¡Oh, sí, el arcángel!—exclamó Matilde.—¡Cómo no ha de amarla, Dios mio!

—¡Amor! ¡Amor!—exclamó Dolores.—¿Y qué es el amor? La agonía, la esperanza ansiosa, el desengaño horrible, la muerte, más que la muerte, el frío del alma, la sed insuperable, la aspiración imposible. ¡Amor! ¡Amor! ¡Ay! ¡Desdichados de los que aman!

CLXXXVI

El espanto de Matilde crecía: le parecía que delante de ella se iba desenvolviendo la eternidad: que la verdad absoluta é infinita la condenaba: que para ella todo estaba perdido: que había llegado la tremenda hora: la hora suprema de la expiación.

Le acontecía lo que acontece á la mayor parte de los moribundos, ó lo que se manifiesta como un fenómeno terrible, en las extraordinarias escitaciones del sentimiento, de la conciencia: en un solo punto, en un punto de duración inapreciable, infinitamente pequeño, se ven los sucesos de toda una larga vida, de una manera clara, distinta, neta, y á la luz de la verdad absoluta, como un relámpago que contiene toda nuestra vida, toda nuestra alma, todo nuestro ser entero y nos lo trae como una acusación incontestable, como una sentencia inapelable de la eternidad.

Esto pasaba por Matilde; esto hacía en ella un espíritu condenado; esto la subyugaba, la anulaba.

CLXXXVII

—Yo tengo grandes deberes que cumplir,—dijo Dolores:—primero esta desventurada hija mia; la hija de mi pobre señora (y estreché de nuevo contra su pecho á Cármen y la besó de una manera nerviosa inundándola con sus lágrimas);

luego él, mi hermano, yo importo muy poco; pero me muero, señora: lo que voy á decir á usted es mi testamento: cuando yo muera, si usted en su conciencia vé que yo en algun modo por la ley de la naturaleza, por el sentimiento de la conciencia, tengo algun derecho á su amor, vea usted por esta pobre niña y no pierda usted, no pierda usted á Pedro.

CLXXXVIII

Nunca ha tenido lugar en el sér humano una batalla tal como la que se libraba en aquellos momentos en Matilde: sus pasiones rugian siempre terribles, y su conciencia se rehuía, recobraba sus fueros de una manera más terrible aún: estaba en los momentos supremos de la conversión ó de la condenación.

De improviso, una oleada de la conciencia envolvió á Matilde: sintió una ternura que jamás había sentido, se la dilató el alma, experimentó un placer indecible, se inclinó hacia Dolores, la abrazó, y exclamó:

—¡Ah, sí! ¡Tú eres el pobre ángel de redención, de expiación de tu familia maldita!

Y la besó en la boca.
Y al sentir el aliento corrompido de la pobre Dolores, aquella oleada de paz y de consuelo, reacción hacia el sentimiento inefable del amor, pasó; volvió el Satanás terrible que por un momento la había abandonado y en su alma se determinó esta idea horrible.

—¡Ah, no! ¡no la puea amar! ¡esta muchacha es fétida!

CLXXXIX

Una alegría odiosa se había pintado en la mirada, ántes tan dulce, tan bella, de Matilde.

Aquella pasajera emoción de ternura había sido muy rápida: el ángel había volado, dejando en su lugar al demonio.

Pero Matilde era demasiado astuta: la inquietaba la situación en que se encontraba: ya no había ambajes, ya no podía desconocer que aquella pobre niña, que aquella jorobadita, era nieta suya.

¿Y cómo era nieta suya? De una manera ilegítima, que representaba la infamia de su hijo el conde de X.

Y á esto se añadia el recuerdo de otra historia de infamia, de crimen, de adulterio, en cuya historia se encerraba el nacimiento de aquel mismo conde de X que tan villanamente había seducido y abandonado á la madre de Dolores.

Había algo que representaba una maldición terrible en los recuerdos sombríos, que en aquel momento se revolvían en el pensamiento de Matilde.

CXC

Y sobre todo esto, aquel amor incomprensible para ella, que sentía por Casquetillo; amor que la avasallaba, la enlanguidecía, la torturaba y la hacia sentir unos celos espantosos.

CXXI

Como hemos dicho, la expresion malévola, satánica, que había aparecido un momento en los hermosísimos ojos de Matilde, había pasado; la había sustituido una expresion lánguida, afectuosa, en que había mucho de ternura.

Ternura afectada, pero que falsificaba admirablemente la verdad: quien la hubiera visto, hubiera creído que Matilde amaba á Dolores; que la amaba como una madre ama á su hijo.

Con aquella expresion, Matilde, no sólo aparecía en toda su espléndida hermosura, sino conmovedora.

CXXII

—Que yo haga por tí lo que me inspire mi conciencia— exclamó con acento insinuante y lánguido, en que sentía una dulce emoción;—¡oh, Dios mío! y cómo puedes tú dudar... y esta pobre niña... yo os tomo á las dos bajo mi protección.

—Concluyamos, señora—dijo Dolores;—es necesario que nos separemos; que yo pueda cuidar de esta desdichada hija mia, que debe sufrir una gran debilidad... yo he suplicado á usted además, que no pierda á Pedro.

—Que yo no pierda á Pedro,—exclamó Matilde dejando ver una expresion de extrañeza que parecia de todo punto natural;—Vamos, tú estás enamorada de él, y todo te causa celos.

—Pedro es mi hermano; no puedo sentir celos de él, pero sí cuidado. ¿Y sabe usted quién es Pedro, señora? Esos papeles lo dicen: ahí está la partida de desposorio de sus padres, la partida de bautismo y una informacion de nobleza.

CXXIII

Aquellos papeles que acababa de indicar Matilde habían tendido para ella una atracción irresistible.

Tendió á ellos la mano y tomó la partida de desposorio y la leyó. Desde el momento en que vió los nombres de los contrayentes, una palidez intensa, horrible, cubrió su semblante; sus ojos se extravieron, se nublaron, la acometió una convulsion violenta, y exclamó con la voz ronca:

—¿Conoce Pedro estos papeles?

—No,—dijo con la voz tranquila, dulce y triste Dolores; pero los conocerá: es necesario que sepa de quién es hijo: que conozca su apellido y le conocerá.

Y Dolores recojió aquellos papeles, los dobló, los metió en el sobre amarillento que durante tantos años los había contenido, y guardó aquel sobre en el cajón de la mesa.

—Pero,—continuó Dolores;—Pedro no conocerá otros papeles terribles que acompañaban á esos otros.

—¡Terribles!—exclamó con la voz trémula Matilde.

—Sí, espantosos: esos papeles son el testamento de venganza que una madre desesperada, asesinada por el dolor y la pena escribió para su hijo aún en la cuna; esos papeles contienen una historia que debe ser horrible, y digo que debe ser horrible porque yo no he leído más que la introducción. Pedro no conoce esa historia: no; sería una maldición, sería un crimen: yo no puedo conservarlo tampoco: yo no lo puedo desconocer: yo vengo de usted, mi sér proviene de usted. Mi situación es lo más extraña, lo más difícil, lo más irresoluble que puede darse. Pedro debe ignorar siempre esa historia: yo no quiero tampoco que usted la lea: sería inútil: usted la conoce sin duda detalle por detalle, y la liberto del tormento que pudiera causarle, estando escrita por la madre de Pedro moribunda: debo quemar esa historia, y la quemó señora.

Y Dolores sacó aquellos papeles de su pecho, donde los había escondido cuando apareció el señor Blas, y los aproximó á la luz.

—¡Ah! no,—exclamó Matilde con un acento ronco en que había mucho de rugido,—yo quiero ver esos papeles.

Y asió de una manera vigorosa la mano de Dolores, y se los arrebató.

Aquello era odioso. Quería tener la seguridad de que Dolores no hacía una farsa, quemando en vez de la historia de que le había hablado, otros papeles cualesquiera.

Dolores no resistió. Comprendió la intencion de Matilde.

Esta acercó la silla á la mesa, se aproximó á la luz y leyó de una manera ávida.

Hé aquí la historia de que no conocemos más que la introducción, como había dicho muy bien Dolores.

CXCIV

«La condesa de X, ó Matilde, hijo mio, es una mujer á quien el infierno ha dado todos los incentivos de la hermosura, todas las seducciones de un alma aparentemente levantada á aspiraciones sublimes; es un demonio. Tu padre la conoció por desdicha nuestra y enloqueció. Esa mujer le atrajo, le sedujo; se apoderó de él, devoró, no solamente su corazón y su alma; devoró también nuestra fortuna, que era considerable, y cuando ya nada tuvo que devorar, le dejó, le arrojó de sí, le hizo presa de una desesperacion mortal, porque tu padre había enloquecido: había olvidado completamente el amor que había sentido por mí, hasta el punto de que yo le inspiraba odio, aborrecimiento, como si me hubiese considerado como un obstáculo para su felicidad, por que esa maldita es viuda; viuda indudablemente á causa de un crimen. Ella no se detiene ante nada; lo que la estorba lo destruye, pero de una manera misteriosa, á cubierto de las leyes y de la opinion pública. Ni tiene ni ha tenido jamás corazón; no la mueven más que la soberbia, la avaricia y el goce de un materialismo grosero. Dios que permite los grandes malvados, la ha dado lo supremo de la infamia.

Ella enloqueció á tu padre; ella le hizo el más desventurado de los hombres; ella nos redujo á una miseria horrible, y la miseria es la muerte. Tu padre enfermó de dolor, de remordimiento, y murió con el alma desgarrada por la desventura entre mis brazos. Yo le ví salir de nuestra mezquina vivienda en el ataud de los pobres, conducido por los sepultureros, representando la altivez de las desdichas: yo me fui tras él, porque quería saber en qué lugar de la fosa comun le arrojaban. ¡Ah, hijo mio, hijo mio, si te salvas, si llegas á ser hombre, si esa miserable vive, vénganos, véngate. Se me acaban las fuerzas, me siento morir, mañana tal vez acompañaré en la fosa comun á tu padre.»

Sobre este relato había tambien señales de lágrimas. El aspecto que durante la lectura había presentado aquel ángulo de la boardilla, había revestido una solemnidad sombría, imponente. Carmen, sentada en las rodillas de Dolores, reclinaba la cabeza sobre el hombro derecho de la jóven y miraba con sus grandes y hermosos ojos, serenos, lípidos inocentes, dilatados, con una expresion de curiosidad incoherente, á Matilde en quien la lectura causaba horribles crispaturas, agonías supremas. En tanto Dolores permaneció inmóvil con la cabeza inclinada sobre el pecho, agoviada por la situacion. El delicado perfil de su cabeza, alumbra á medias por la luz, se destacaba sobre el fondo oscuro de la pared y tomaba una apariencia fantástica.

Matilde, iluminado de lleno el semblante por la luz, aparecía terrible; su belleza era satánica: la expresion de sus ojos revelaba una espantosa tempestad que se revolvía en el fondo de su alma.

Cuando acabó la lectura, puso aquellos papeles en la luz. Prendió la llama. Matilde tuvo en la mano aquellos papeles, hasta que, por no quemarse, arrojó el último fragmento.

Luego se alzó y dijo:

—Tú has cumplido con tu deber: yo cumpliré con el mio. Y llegó á la puerta, le abrió, y salió.

Dolores permaneció inmóvil: como sino se hubiese apercebido de la salida de Matilde.

CXC V

Así pasó algun tiempo. El ruido de los pasos de Matilde se perdieron en el descanso de las escaleras. Dolores permaneció aún algunos momentos inmóvil: luego dijo con la voz apenas perceptible:

—Yo no he podido hacer otra cosa. En cuanto á lo demás, Dios me inspire, Dios me ampare.

Luego besó con un amor infinito á la niña, se levantó; puso sobre la mesa la cena que había llevado el señor Blas, y dió de comer á la pobre criatura; cuando ésta hubo satisfecho su apetito, Dolores la llevó á la cama y la acostó; poco despues Carmen dormía: Dolores esperaba con ansia: ¿á dónde habían ido el Sr. Blas y Casquetillo? ¿Por qué no volvian?

De improviso sonaron pasos precipitados en las escaleras y llegaron pronto á la puerta de la boardilla que se abrió: apareció don Pedro.

CXC VI

Traía en el semblante las señales del espanto.

—Mi lugar es aquí, hija mia, cerca de tí, de mi paloma; es necesario que yo vea por tí. ¿Dónde está el que con algunos pretestos me hizo salir de aquí espantado? He andado dando vueltas á la ventura con la fiebre en la cabeza y el espanto en el corazón. ¿Cómo ha venido aquí esa infame? ¿Qué quería? Me la he encontrado al pié de las escaleras. La luz de mi fósforo ha iluminado de lleno su semblante. ¡Cuánto tiempo hacía que yo no la veía! ¡Cuántos años! Me he estremecido y he sentido pavor, como si hubiera visto un espectro maldito. ¡Ah! y no está vieja: no parece sino que la juventud se ha eternizado en ella: ¡sesenta años! y apenas si se la pueden atribuir cuarenta. ¡Oh, qué día! Yo no sé lo que siento: se me anda todo alrededor. ¡Oh! ¡Ella, ella! Ella no me ha reconocido: yo tenía el semblante en la sombra; y luego ella iba como una exhalacion: yo creo que ni aun ha reparado que otra persona se había cruzado con ella en las escaleras. ¿Pero á qué ha venido aquí ese demonio?

—No lo sé,—dijo Dolores.

Y en efecto, no lo sabía.

CXC VII

Don Pedro se había sentado en la misma silla en que había estado sentada Matilde.

Había en su semblante laxitud, como si durase todavía en él la influencia de una borrachera.

—Que no sabes por qué la ilustré, la hermosísima condesa viuda de X., ha venido aquí?

—No,—repitió dulcemente Dolores.

—¿Y ella sabe quién eres tú?

—Sí; me ha reconocido al verme.

—Como yo! Pero en fin, ¿ella habrá venido á algo?

—Repito que no sé á lo que ha venido.

—Vamos; veo que eres profundamente reservada á pesar de tu juventud.

—¿Ha encontrado usted á Pedro?—preguntó Dolores.

—No,—dijo don Pedro;—es ya tarde, hace mucho frio, la calle está solitaria, no pasa nadie por ella. Yo estoy fatigado, muy fatigado: han pasado hoy por mí cosas incalculables. Mi vida ha salido de su monotonía para meterse en agitaciones que yo creí no podrian ya conmoverme. Y esa maldita que me he encontrado y cuya sola vista ha removido en mi alma los tormentos de lo pasado. ¡Tormentos amargos como la hiel! ¡Ah, ah! Los recuerdos se nos presentan á veces como espectros vengadores. ¿Y no te ha ofrecido su protección tu abuela?

—Sí,—respondió Dolores, pronunciando apenas su afirmacion.

—¡Ah! Es necesario desconfiar de ella; es necesario que yo no te pierda de vista; es necesario que yo tenga una explicacion con Matilde. ¡Oh, Dios mío! Crece la vaguedad de mi cabeza: ha sido este para mí un día del diablo. Y bien, bien, es injusto. Lo importante es otra cosa. Pero hija mia, yo me descuaderno todo. Me creo obligado á irme á mi palomar. Necesito descanso. Buenas noches, hija mia.

—Buenas noches, señor.

Don Pedro salió: cerró la puerta: poco despues Dolores lo sintió subir por las desvencijadas escaleras que conducian á su empinada habitacion.

Dolores continuó esperando.

¿Dónde estaban entretanto el señor Blas y Casquetillo?

CXC VIII

Este último había seguido maquinalmente al primero.

—No debemos escuchar lo que ellas hablen;—dijo el señor Blas;—y además debemos aprovechar el tiempo: yo soy impaciente. Lo que se puede hacer al momento no se debe dejar para más tarde.

—¿Y quién es él?

—¿El padre Pascual? ¿No me preguntaste por qué estubo en presidio el padre Pascual? Pues mira, él mismo lo va á decir.

—¡Eh!

—Sí, él; yo no sé dónde vive; pero tú lo sabes: tú me guiarás.

—Yo no sé lo que me sucede, yo estoy aturdido, mi pensamiento se embrolla,—dijo Casquetillo.

—Naturalmente, estás hechizado por esa serpiente: yo te curaré de la enfermedad. ¡Rayos, y si es hermosa! Yo no la conocia. Pero conozco algunas historias suyas, historias de crimen.

—¡De crimen!

—¿Pues no te digo que yo te curaré de la enfermedad que te ha acometido? Es preciso que vuelvas á Dolores, á la pobrecilla Dolores, y que vuelvas desencantado, espantado, despues de haber visto el tenebroso abismo, á cuyo borde te he encontrado yo. ¡Milagrosa carterá! No sabia yo hasta qué punto habia de ser útil. Sé franco: ¿no es verdad que no se apresuran mucho á rescatar la carterá que habias perdido?

—Y bien —dijo Casquetillo;—¿fue usted quien me quitó la carterá?

—Sí;—respondió tranquilamente el señor Blas.

—¿Y por qué me la quitó usted?

—Por proteger á Dolores. Por protegerte á tí. Es necesario que yo vea por vosotros. Esa carterá es un tesoro: ya verás. Pero apretemos el paso, y silencio, que lugar tenemos; y cuando se va de prisa y se habla, falta la respiracion.

Continuaron: algunos minutos despues llegaron á la puerta de la casa del padre Pascual.

El señor Blas llamó al sereno, que abrió; entraron: llegaron á la puerta de la habitacion del padre Pascual; llamaron. Se oyó á poco un paso firme; la puerta se abrió y apareció el padre Pascual con una luz en la mano.

MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(Continuará).

El Banco Hipotecario de España acaba de hacer, con un éxito muy lisonjero, una emision al tipo de 98 por 100 de 5.000.000 de pesetas en billetes hipotecarios, que gozan de 6 por 100 de interés, pagadero por trimestres, y amortizables en nueve años, garantidos por pagarés de bienes nacionales, que ha descontado al Tesoro. La emision ha sido cubierta por las primeras personas que de ella han tenido conocimiento, y los pedidos que se han hecho en la plaza de Madrid como de provincias, han sido tantos, que hubieran cubierto una emision de mucha mayor importancia.

Con el expresivo título de *Le Gazetin de Madrid*, ha comenzado á ver la luz en esta córte un periódico que, tanto por el interés de las materias que se propone desarrollar, como por la galanura de la forma, bien merece el favor que desde el primer número le ha dispensado el público.

El idioma en que está escrito, poco ménos que familiar en todo el mundo, es además un aliciente que contribuirá á popularizarlo en España, donde se habla y escribe el francés con la misma correccion que la lengua nativa.

La aparicion, en suma, de *Le Gazetin de Madrid*, ha venido á llenar un vacío. Dámosle la enhorabuena y le deseamos todo género de prosperidades.

ANUNCIOS.

GUERLAIN DE PARIS

Artículos recomendados.
15 rue de la Paix.

Agua de Colonia imperial.—Sapoceti, jabon de tocador.—Crema jabonina (Ambrosial Cream) para la barba.—Crema de Fresas para suavizar el cutis.—Polvos de Cypris para blanquear el cutis.—Stilboide cristalizado para los cabellos y la barba.—Agua Atenie se y agua Lustral para perfumar y limpiar la cabeza.—Pao Rosa.—Bouquet Maria Cristina.—Ramillete de Cintra.—Ramillete de la condesa de Edia.—Heliotropo blanco.—Exposición de Paris.—Ramillete Imperial Ruso.—Perfume de Francia, para el pañuelo.—Agua de Cidra y agua de Chipre para el tocador.—Alcoolat de Achicoria para la boca.

HOTEL SAN GEORGES Y DE AMÉRICA
Paris, 10, Rue St. Georges
Cerca de la nueva Ópera y de los Boulevares.
BERNARDO FERRAS, PROPIETARIO.
Mesa redonda y á la carta. Cocina española y francesa.
Esta casa se recomienda por sus precios módicos y esmerado servicio.

CASA GENERAL DE TRANSPORTES
DE
JULIAN MORENO
CONTRATISTA DE LOS FERRO-CARRILES
DE MADRID Á ZARAGOZA Y ALICANTE,
Y
UNICO CONSIGNATARIO DE LOS VAPORES-CORREOS DE

A. LOPEZ Y COMP.^a
MADRID.—ALCALÁ, 28.

PALACIOS Y GOYOAGA
SASTRES.
3. PUERTA DEL SOL PRAL 3.

NUEVAS MAQUINAS DE COSER
Los mejores para Familias, Costureras, Sastres, Zapateros Guanteros, etc., etc.
La "UTIL" 50 fr. La "PRÉCIEUSE" 90 fr.
La "NUEVA SILENCIOSA" verdadera "Expeditiva" completa de 40 guias accesorios. Garantía 10 años.
MÁQUINAS HOWE, SINGER, etc.—MÁQUINAS PARA GUANTEROS MÁQUINAS PARA PLÉGAR, CLAVETEAR, etc., etc.
Maison A. RICBOURG (E. s. g. d. g.)
Delegado de los Mecánicos de la Villa de Paris en la Exposicion Universal de Londres de 1862.—Medalla de Honor en la Exposicion Universal Paris 1867 y 1878.—Miembro del Jurado en la Exposicion 1879.
(Envío franco de precios y Catalogo) **20, Boulevard Sébastopol, 20** (Envío franco de precios y Catalogo)
Tarifa reducida y condiciones excepcionales á los Agentes, Comerciantes y Exportadores.

DIGESTIONES ARTIFICIALES
VINO CHASSAING
BI-DIGESTIVO DE
PREPARADO CON
PEPSINA Y DIASTASIS
Agentes naturales é indispensables de la DIGESTION
12 años de éxito
DIGESTIONES DIFÍCILES O INCOMPLETAS
MALES DEL ESTOMAGO,
DISPEPSIAS, GASTRALGIAS,
PÉRDIDA DEL APETITO, DE LAS FUERZAS
ENFLAJECIMIENTO, CONSUMICION,
CONVALENCIAS LENTAS,
VÓMITOS...
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6.
En provincia, en las principales boticas.

CABELLO y BARBA — COLOR NATURAL
Proveedor de S. M. la Reina de Inglaterra y de S. M. el Emperador de Rusia.
1 MEDALLA DE ORO Y 3 DE PLATA
REPARATEUR AU QUINQUINA
Preparado por F. CRUCQ, Químico Privilegiado s. g. d. g.
PARIS — 11, RUE DE TRÉVISE, 11, — PARIS
y en casa PINAUD, 37, boulevard de Strasbourg, Paris
El unico producto que sin ser una tintura restituye progresivamente al Cabello y a la Barba su color primitivo.
PUEDEN EMPLEARLE UNO MISMO — CURA LA CASPA
Por Mayor: Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.
Por Menor: En todas las Perfumerias y Peluqueras.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
Unico Dentifricio aprobado
POR
LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARIS
POLVOS DE BOTOT
Dentifricio con quina
VINAGRE LE SUBLIME
de tocador superior impide la caída del pelo
DEPOSITO GRAL: 229, rue Saint-Honoré, Paris
Venta al por menor: 18, boulevard des Italiens
En Francia y en el Extranjero: En Casa de los principales comerciantes

BANCO HISPANO-COLONIAL.
El Consejo de Administracion del Banco Hispano-Colonial, ha resuelto que desde 1.º de Febrero se satisfaga á los señores accionistas el décimotercero dividiendo de intereses correspondiente al trimestre que vence en dicha fecha. El pago se efectuará presentando las acciones, acompañadas de una factura impresa que se facilitará en la secretaría del Banco, Ancha, 3, principal, en Barcelona; en las oficinas del Banco de Castilla en Madrid, y en las de la Junta delegada en la Habana.
Se señala para el pago los dias del 1.º al 12, de once de la mañana á una de la tarde. Trascurrido este plazo, sólo se destinarán á este servicio los lunes de cada semana, á las horas expresadas. Barcelona 12 de Enero de 1880.—El vice-gerente, P. Aleu Arandas.

LA REFORMA ARANCELARIA DE 1869,
POR DON LAUREANO FIGUEROLA,
ministro que fué de Hacienda.

Precedida de una reseña histórica de los aranceles de aduanas que han regido en España durante este siglo, y que señalan la marcha progresiva de las reformas, demuéstrase la de 1869 por las ventajas que el Tesoro público ha obtenido, así como los productores y los consumidores, con la abolición de todas las prohibiciones y rebaja de derechos arancelarios. Contiene cuadros estadísticos de los principales artículos importados y exportados, segun los datos oficiales publicados hasta el día, que deben ser conocidos y estudiados para razonar con acierto en las discusiones de los grandes problemas de la produccion y el consumo.
Véndese al precio de cuatro pesetas el ejemplar en la librería de San Martin, Puerta del Sol, núm. 6, y en las principales librerías del reino.
Los pedidos se dirigirán á casa del autor, calle de Alcalá, número 72 duplicado.

NEVERAS ARTIFICIALES
TOSELLI
194, rue Lafayette, en Paris.
EL LIBRO DEL CIUDADANO ESPAÑOL.
CONTIENE:—1.º Advertencia.—2.º Decretos y bandos sobre la paz y reconstrucción de Cuba, publicados en la Gaceta de la Habana.—3.º Constitucion de la Monarquía española, promulgada en 30 de Junio de 1876.—4.º Ley Municipal, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—5.º Ley Provincial, con las reformas en su texto comprendidas en la de 16 de Diciembre de 1876, publicada en 2 de Octubre de 1877.—6.º Ley Electoral para Municipios y Diputaciones provinciales, de 23 de Junio de 1870, con las reformas de la de 16 de Diciembre de 1876.—7.º Ley Electoral para diputados á Cortes, de 18 de Junio de 1865, mandada cumplir por decreto de las Cortes.—8.º Ley Penal para los delitos electorales.—9.º Circular de 5 de Agosto de 1877, dictando reglas para la ejecucion de la Ley Electoral.—10. Ley Electoral del Senado, de 8 de Febrero de 1875.—11. Ley de Extranjería, de 4 de Julio de 1870, fijando la condicion civil de los extranjeros domiciliados y transeuntes, sus derechos y obligaciones, matriculas, pasaportes, emigrados, etc., etc.—12. Ley Moret, de 4 de Julio de 1870, para la abolicion gradual de la esclavitud.
Obra de actualidad, de unas 200 páginas, encuadernada á la rústica, en PESOS FUERTES 2-50 billetes, franco de porte al Interior. Gran rebaja en los pedidos mayores, que se dirigirán á La Propaganda Literaria, O'Reilly, 54.—Habana.

MANUAL DEL
SECRETARIO
O PRÁCTICA DE OFICINAS
Obra útil á todos los que desempeñan aquel cargo y á cuantos deseen instruirse en lo concerniente al despacho de Secretarios, por
ILDEFONSO ESTRADA Y ZENEA.
UN TOMO EN 4.º DE BILLETES 3 PESOS
unas 100 páginas. fuertes ejemplar, franco de porte.

LA AMERICA

Año XXI
Este periódico quincenal, redactado por los primeros escritores de Europa y América, y muy parecido por su índole é importancia á la REVISTA DE AMBOS MUNDOS, se ha publicado sin interrupcion durante diez y nueve años. En él han visto la luz más de ocho mil artículos, todos originales y escritos expresamente por sus numerosos colaboradores, lo que puede justificarse consultando el índice que figura al fin de cada tomo. Para comprender toda su importancia, bastará decir que el Gobierno español, años hace, lo ha recomendado de real orden á los capitanes generales y gobernadores de la Isla de Cuba, Puerto-Rico y Filipinas; así es que nuestra REVISTA UNIVERSAL cuenta en dichos países con numerosos suscriptores, como en toda la América, España, Francia, Inglaterra y el resto de Europa. El número de nuestros comisionados ó corresponsales excede de 400.
Bastan, pues, estas indicaciones para comprender las ventajas que ofrece un periódico tan antiguo y acreditado á los que acierten á escogerlo como medio de publicidad.
LA REVISTA UNIVERSAL consta de 8 páginas (4 pliegos marca española) y hace tres grandes ediciones: una para España y el extranjero, esto es, toda Europa y Filipinas, remitiéndose á este punto por el Istmo.
Otra que vá directamente desde Cádiz á Canarias, Puerto-Rico, Cuba, Santo Domingo, Haití, Jamaica y demás posesiones extranjeras en Ultramar.

Los VINOS DE CATILLON son los únicos Vinos de Quina ó Quina ferruginosa que han obtenido
MEDALLA Exposicion Universal 1878
VINO DE CATILLON
con GLICERINA Y QUINA
El mas poderoso de los tónicos reconstituyentes en los casos de LANGUIDEZ, ANEMIA, CONSUMICION, FIEBRES, DIABETES, MALES DEL ESTOMAGO, DIARREA CRÓNICA, CONVALENCIA, etc.
El mismo vino con hierro: VINO Ferruginoso de Catillon regenerador por coherencia de la Sangre pobre á incalor permite que toleren el hierro todos los estomagos, y no estorbe.
Paris, rue Fontaine, 1, et rue Chaptal, 2.
Deposito: M. J. CHAVALARI, Atocha 87 y 89
Y en todas las principales Farmacias de España.
Medalla de oro, Paris 1879.

No mas Tinturas Progresivas PARA EL PELLO BLANCO
ORZALINE
JAMES SMITHSON
Un solo Frasco
Para devolver mas quickly al Cabello y á la Barba el color natural en TODOS LOS MATICES
207 rue S. HONORÉ, PARIS
CON ESTE LIQUIDO no hay necesidad de LAVAR la CABEZA antes ni despues
APLICACION FACIL Resultado inmediato No mancha la piel ni perjudica la salud.
En todas las Perfumerias y Peluqueras

OPRESIONES ASMA NEURALGIAS
Tos, Catarrros, Constipados, Cigarrillos Espic
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. (Escribir esta Firma J. ESPIC.)
Venta por Mayor J. ESPIC, 128, r. St-Lazare, Paris.
Y en las principales Farmacias de España: 27, la casa

BANCO DE ESPAÑA.
Realizados de las oficinas de la Direccion de la Deuda los intereses del semestre vencido en 1.º del actual, correspondientes á los valores que se detallarán depositados en este establecimiento, se avisa á los interesados que pueden presentarse á percibirlos desde el dia 22 del actual,
previa exhibicion de los resguardos respectivos.
Acciones de Obras públicas.
Idem de Carreteras de Julio.
Deuda del material del Tesoro.
Obligaciones del Estado por subvencion del ferro-carril de Alar á Santander, é
Inscripciones de Renta perpétua al 3 por 100 interior.
Madrid 20 de Enero de 1880.—El secretario, Manuel Ciudad.

LA PESTE
El mas seguro preservativo son los Polvos Ferray, desinfectante energético y sin olor, muy superior al Fenol, Sanca y conserva el aire puro en las habitaciones, evita la infeccion de los canales, zanjas, retretes, etc.—Numerosas certificaciones. Su empleo es facil y económico. Pues la caja conteniendo la cantidad necesaria para 15 litros de agua desinfectante cuesta 1 fr. 20 tomada en Paris.
E. FORCADE y C.^a, 17, rue Grange-Batelière, Paris.
POR MAYOR, CENTRO DE IMPORTACION, PIZARRO, 15, MADRID.

VIRUTAS DE ALOUITRAN
del Doctor BRISSAUD, Privilegiadas.
Producto natural, preserva y cura los Resfriados, Bronquitis, Pneumonias, Tisis, Catarros, etc., etc.
Deposito general: LIEUTARD & C.^a, 88, Boulevard Sébastopol.
Por mayor, Centro de Importacion, Pizarro, 15, Madrid.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO
DE LOS SEÑORES M. F. MONTOLYA Y C.^a
Caños, 1.